



Artemio de Valle-Arizpe
LA GUERA
RODRÍGUEZ

«La Güera Rodríguez» presenta «un momento de la sensibilidad mexicana en torno a una de sus figuras más brillantes», tal y como lo dijera el mismo Artemio de Valle-Arizpe, e instala al lector desde un principio en las postrimerías del periodo virreinal y en los primeros brotes insurgentes del patriotismo criollo. Antes que una biografía novelada, de Valle-Arizpe se propuso reconstruir las jornadas emblemáticas en la vida de María Ignacia Rodríguez de Velasco, mejor conocida como la Güera, para formar a partir de ahí un animado fresco histórico. Las páginas de «La Güera Rodríguez» son entonces una crónica amenísima, minuciosa, salaz y en extremo ágil por cuyos derroteros deambula en toda su plenitud la enorme pasión por la trama que caracterizara a don Artemio.

Lectulandia

Artemio de Valle-Arizpe

La Güera Rodríguez

ePub r1.0

IbnKaldun 26.08.13

Título original: *La Güera Rodríguez*
Artemio de Valle-Arizpe, 1949

Editor digital: IbnKhalidun
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Isagoge

El propósito de este relato es presentar un momento de la sensibilidad mexicana en torno a una de las figuras más brillantes. Como esta figura nos parece rodeada de episodios un tanto cuanto picarescos que dan al cuadro de época su íntima y acabada razón, se ha preferido que este libro circule sólo entre contados estudiosos del pasado mexicano, que seguramente se acercarán a él con el mismo ánimo candoroso que ha inspirado al autor. Nadie ha querido aquí halagar bajos estímulos. Digamos como Montaigne: «Éste es un libro de buena fe».

A. de V.-A.

Jornada primera

BODAS DE ORDEN SUPREMA

Eran dos hermosas doncellas, muy godibles, cuyo gusto las llevaba a diario al cuartel de Granaderos, por la acera del cual iban y venían muy gentiles con asiduidad constante, tarde con tarde, para que en ellas se fijaran los ojos de los oficiales. Éstos eran mozos de la nobleza o de los encumbrados de México, los de más gallardo porte, los de mejor parecer. Para formar parte de este cuerpo se necesitaba casi información de irreprochable limpieza de sangre, tal y como si se aspirara a unpreciado hábito de Alcántara, de Calatrava, de Montesa o del señor Santiago.

Por fin dos de aquellos galanes y lucidos oficialitos les hicieron el gusto; las galantearon con exquisitos conceptos y ellas, con las miradas, correspondían ampliamente la fineza, después con la palabra. Novios se hicieron. Pero los rapagones no salían a buscarlas, sino que, antes bien, las muy atrevidas mozas eran las que iban al cuartel de Granaderos todas las tardes sin que faltase ni una sola, a tener pláticas con los apuestos mancebos, a quienes parece que les nació un frenesí de amor grande. Con ellas pasaban buenos ratos muy al descubierto. Los cuatro tenían regalo y contento, divirtiendo el ánimo deliciosa y regaladamente. Se hallaban todos ellos abrasados con el encanto de sus dulcísimas palabras; estaban iluminados con amor, y rayos de luz revertían del corazón a la cara. Con sus constantes coqueterías daban las dos doncellas recreo a las almas de sus bizarros amadores y éstos se deleitaban con la gala y frescura del hablar florido de las novias. Sus conversaciones se hallaban siempre regadas de risas caudalosas.

Al pasar una tarde por ese cuartel el virrey don Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, conde de Revilla Gigedo, vio a las dos damiselas en conversación retozona acompañadas de sus procos cuya esbeltez airosa realzaba bien el brillante uniforme de múltiples rojos y dorados. Otra tarde tornó a ver Revilla Gigedo, a través de los cristales de su carroza, a las dos gentiles doncellas vestidas con refinada gracia, que parloteaban bulliciosamente con los mismos buenos mozos y otro atardecer, y otro más, volvió a contemplar Su Excelencia a las elegantes y alegres muchachas muy metidas en pláticas con los gallardos oficiales y de fijo sería muy gustoso lo que éstos les referían, porque las risas de las dos tintineaban en el aire argentinas e inacabables.

Chocó al Virrey el irreflexivo atrevimiento de esas doncellas de andar solas por las calles sin dueña ni rodrigón que las cuidara y les diese respetuosa compañía. Le chocó más aún que fuesen a buscar de amores a los apuestos oficiales, siempre

decididos y audaces, con la mano muy suelta y muy larga. Eso era falta de juventud; más bien, sobra de juventud. Se dijo para sí el Virrey aquel dicho decidero que afirma, con razón, que el hombre es fuego, la mujer estopa, y que llega el diablo y sopla, y este adagio le trajo a las mientes el otro que manda que entre santa y santo, se ponga pared de calicanto. Preguntó Revilla Gigedo cómo se llamaban esas gentiles damiselas de tanto bullicio y belleza.

—Doña María Josefa Rodríguez de Velasco y Osorio y su hermana menor doña María Ignacia.

Tornó a preguntar el Virrey quiénes eran los padres de las muchachas y le dijeron sus nombres pomposos:

—Era la madre doña María Ignacia Osorio y Bello de Pereyra. Fernández de Córdoba, Salas, Solano, Garfias; don Antonio Rodríguez de Velasco Osorio Barba y Jiménez, el padre, muy enhiesto señor de la aristocracia mexicana. Pertenecía al Consejo de Su Majestad y era Regidor Perpetuo de la Ciudad de México.

—Pues que llamen en el acto, aquí, a Palacio, a ese buen señor don Antonio Rodríguez de Velasco Osorio Barba y Jiménez, del Consejo de Su Majestad, a quien Dios guarde, y Regidor Perpetuo de la Ciudad de México. Que venga pronto a mi despacho.

Apenas un gentilhombre manifestó a don Antonio Rodríguez de Velasco la orden del Virrey, fue casi corriendo a la Real Casa en donde entró muy ceremonioso, repartiendo saludos y caravanas hacia todos lados junto con las largas mieles de sus sonrisas. Revilla Gigedo le dijo:

—Dígame, mi señor don Antonio Rodríguez, ¿qué es lo que hace usted por las tardes?

—¿Por las tardes, Excelentísimo Señor?

—Sí, sí, por las tardes, me parece que lo he dicho bien claro, por las tardes, señor don Antonio.

—Por las tardes acostumbro, invariablemente, Excelentísimo Señor, ir a la Profesa a rezar el santo rosario, después voy a la Catedral a orar en la linda capilla de Nuestra Señora de las Lágrimas. ¡Ay, pero qué bien estoy allí! Es una antigua devoción que viene de mis pasados contar nuestras cuitas a esa Señora y pedirle sólo a ella por el bien de nuestras necesidades. En seguida me marchó al locutorio de la Encarnación, que es tan oloroso. ¿Por qué serán así, Excelentísimo Señor, de fragantes todos los locutorios de monjas? Allí estoy buen rato, rato venturoso, de parleta deliciosa. Deliciosos son también los dulces y pastelillos con que siempre me regalan esas santas mujeres; Dios se los pague en gloria. En seguida parto a toda prisa al convento de San Francisco a conversar un poco con Fray Fernando de Arévalo y con Fray Lucas de Berlanga, mis buenos amigos, y nuestra plática siempre es sabrosa y provechosa, porque yo, aquí donde me ve Su Excelencia, gusto mucho de las

buenas conversaciones, y si no hablo con esas monjas y con esos benditos frailes franciscanos, me parece a mí como que no me satisfizo la comida. De la santa casa franciscana me voy al Parían, a sentarme un par de horitas en la agradable tertulia que hay en una de las relojerías que están sitas frente a la Catedral. Es mi preferida la de Simón de Olmos, en donde se murmura con moderada maledicencia, porque dicen que en la conversación la maledicencia es...

—¡Basta, señor don Antonio! ¡Basta ya! En vez de ir a rezar a la Profesa esos rosarios, a orar en la capilla de Nuestra Señora de las Lágrimas, de estar las horas muertas en el locutorio de la Encarnación y en el convento de San Francisco a gustar pláticas de frailes sabios que no dudo le aprovechen, y de irse a sentar a la chismorrera tertulia de ese habladorísimo Olmos, debería usted de rezar en su casa y cuidar más del honor de sus dos hijas.

—¡Ay, ay! ¿Pero qué es lo que dice, Excelentísimo Señor? ¿El honor de mis dos hijas?

—Sí, señor, he dicho y repito el honor de sus dos hijas, don Antonio.

—¿Dice Su Excelencia que cuidar el honor de mis dos hijas? ¡Válgame Dios! Pero ¿qué es lo que le acontece a ese honor del que me enorgullezco? Aclare esto, señor Virrey, se lo ruego, porque estoy en un puro ¡ay! En mi linaje el honor se ha mantenido limpio como una patena, la más reluciente.

—Pues lo que es ahora, señor don Antonio, se anda empañando esa patena y seguirá más su opacidad si no se pone pronto y eficaz remedio.

Acto seguido el Virrey le explicó muy bien explicado, al prócer señor Rodríguez de Velasco para que lo entendiera pronto, pues no regía muy de prisa su cerebro, cómo contemplaba tarde a tarde, en qué lugar y con qué compañía a sus dos bellas hijas. Y agregó que era de todo punto necesario y aún urgente, para detener las hablillas maliciosas que andaban corriendo por toda la ciudad disparadas en diáspora maligna, que casara cuanto antes a sus lindas damiselas con esos oficiales a los que no tenía pero qué ponerles en cuanto a lo ilustre de sus casas.

El Regidor Perpetuo de la Ciudad de México se quedó alhelado con semejante noticia. La sorpresa le cuajó las facciones en seriedad pétrea. Cuando volvió en sí no hacía sino acongojarse, apretábase las manos contra el pecho y alzaba, desolado, los ojos al cielo. La pena lo atravesó de parte a parte y no balbuceaba más que palabras incoherentes. Al fin pudo decir con voz opaca:

—¡Ay, Dios me valga! ¿Eso, Excelentísimo Señor, mi María Josefa y eso también mi María Ignacia? ¡No, no, no!

—Sí, sí, sí, eso hacen sus hijas, don Antonio. Y ya márchese, váyase a arreglar pronto las bodas de la linda doña María Josefa y de doña María Ignacia, que también es muy hermosa, con esos dos jóvenes militares.

—Yo concertaré esos casamientos y les juntaré las manos a esos muchachos. ¡Ay,

pero no salgo de mi sorpresa! ¡Mire usted que mis niñas!... ¡Caramba con los militarcitos esos! No, si le digo a Su Excelencia que en estos tiempos... ¡Ay, Dios!

Trastabillando salió el pacato caballero del Palacio Virreinal. Con ese bamboleo semejaba haber bebido muchas copas de licor fuerte, del que embeoda, y que, las traía todas subidas a la cabeza. Andaba el pobre señor, como se suele decir, que no le calentaba el sol y también que no le cabía una lenteja.

Su disgusto subió más de punto al oír a los padres de los mozos que oponían tenaz y altiva resistencia a las bodas con las loquillas de sus hijas. Se negaban con obstinada firmeza y no oían razón alguna, solamente respondían por negaciones. De una vez cerraron la puerta a la petición. Decían que no y que no y que era por demás tratar de ello. Tanto los marqueses de Uluapa como los señores López de Peralta, vivían arrebatados de orgullo como toda la gente imperiosa.

Fue menester que el virrey Revilla Gigedo antepusiera ante ellos todo su valimiento y aún con energía toda su autoridad, para que, sólo por darle gusto, se dejaran vencer. Perdieron lo estirado de su firmeza. Ya llevados al parecer ajeno otorgaron de mala manera y refunfuñando con lo que se les pedía, que era pactar los enlaces para con ellos echar un velo negro de tinieblas y olvido a los devaneos locos de esos mancebos. Recibieron lo que no creían digno de ser admitido.^[1]

Muy a regañadientes fue dado el consentimiento para esos matrimonios y ya los reacios suegros acogieron a las nueras con benignidad y agrado. Celebraron después las bodas con brillante suntuosidad, y asistió a ellas toda la gente de más alta alcurnia y hacienda. Fueron con sus más lujosos atavíos, pues era propicia la ocasión para entrar en lucida competencia en el vestir y en las alhajas que lo realzaban. Fue un fastuoso acontecimiento lleno de regocijo y fiesta. Un gran sarao con baile, largo banquete, invención de juegos, muchas flores, sedas, terciopelos, tisúes, agitación perfumada de abanicos, reverencias, profusión de luces, fulgor de joyas, canciones, y sobre todo esto, flotando la gracia sutil de los perfumes.

Doña María Josefa casó con don Manuel Cossio Acevedo, hijo consentido de los marqueses de Uluapa y ya fue la más honesta y sosegada señora, muy de su casa y de su marido. Pasó mucho tiempo extendiendo y propagando la generación. Vida feliz y admirable hasta que la muerte llamó a sus puertas para pasarla de este a mejor siglo.

Doña María Ignacia llegó al gozo de desposada, acomodándose bien al estado del matrimonio, con don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo. El padre de este tontucio mancebo cazado, era un vano y estiradísimo señor con ese mismo nombre, y, claro está, con idénticos apellidos, descendiente directo del famoso conquistador Jerónimo López y poseedor del mayorazgo que el hijo de éste y su esposa, doña Ana Carrillo de Peralta, fundaron en 1608. La madre de dicho mancebo fue doña Josefa Primo de Villanueva, altiva y orgullosa señora.

El vacuo mentecato, don Antonio Rodríguez de Velasco, que parecía tan

comedido, muy sumiso, meloso y condescendiente con Revilla Gigedo, haciéndose la gata muerta, cuando al gran Virrey se le hizo su imprescindible juicio de residencia, lo acusó con reconcentrada saña de cosas baladíes, sin maldita importancia, que sólo creía graves delitos ese pobre zonzorrión. Entre los cargos que le imputó y que no lo eran ni con mucho, le hizo la acusación de que pretendía separar a México de España. Invenciones malignas del tontucio señor Rodríguez de Velasco. Quería del árbol caído hacer leña, pero ignoraba él que no estaba por los suelos, sino de pie y muy enhiesto, pues en la Corte se le tenía al eximio Revilla Gigedo especial estimación y respeto, le prodigaban mil atenciones por lo ejemplar de su gobierno en el que no hizo sino derramar ampliamente grandes bienes en toda la Nueva España. México, para honrarlo, le dio su nombre famoso a una de sus principales calles. Solamente el vil ladronazo del virrey don Juan de la Grúa Talamanca y Branciforte, le amontonó acusaciones y, para no quedarse atrás, hizo lo mismo el mequetrefe Rodríguez de Velasco, de cerebro flojo y sin brújula. Parece mentira que de un hombre tan extremadamente tonto nacieran unas hijas tan extremadamente inteligentes.

Revilla Gigedo solamente se contentó con escribir una carta al Consejo de Indias en la que decía brevemente «que don Antonio Rodríguez de Velasco lo acusaba porque se había visto obligado a casar a sus hijas con unos militares de la guarnición de México». Eso fue todo. ¿Para qué más?

Este documento está entre los papeles que forman el abultado juicio de residencia del virrey don Juan de Güemes Pacheco y Padilla, conde de Revilla Gigedo, que se guardan en la sección de Consejos del Archivo Histórico Nacional de Madrid.

Jornada segunda

LÍNEAS DE ETOPEYA

Poseía doña María Ignacia Rodríguez de Velasco empaque, apostura; una gallardía de rosa de Castilla en alto tallo. El ademán fácil iba de acuerdo con el dicho gustoso y gracioso, lleno de sabrosura, como toda ella; sus ojos gachones, tunantes, se entrecerraban con fatiga de sueño o los abría en fingido pasmo para colocar la frase que decía, para ponerle más hondo sentido, o bien una zalamería mimosa, o darle un sesgo de malicia ¡Esos ojos azules, cuánto sabían decir! ¡Y cómo lo decían! Su luz interior le salía a doña María Ignacia al rostro en la gracia de los ojos, en la imponderable seducción de sus sonrisas. El sonreír y su mirar formaban un pacto gozoso y perfecto.

Como si saborease sus palabras, se pasaba a menudo por los labios la lengüecilla regustadora. Siempre le bailaban los ojos de ansia, de una ansia por algo desconocido, hasta de ella misma. Era armoniosa de cuerpo, redonduela de formas, con carnes apretadas de suaves curvas, llenas de ritmo y de gracia; cuando caminaba y las ponía en movimiento, aun al de sangre más pacífica le alborotaban el entusiasmo. Alta no era, su cabeza llegaba al corazón de cualquier hombre. Las mujeres chicas eran muy del gusto del señor arcipreste de Hita, quien les encontraba muy cumplidas excelencias e hizo sonar largos loores en su obsequio.

Oír la voz de doña María Ignacia era lo más lindo que había. Cuando la oyó hablar el barón de Humboldt quedóse todo confuso y turbado, pues nunca, dijo, escuchó cosa más armoniosa. Su habla era como un gorjeo continuo, música suave de fluir de agua, de fino manucordio de cristal o de claro rehilar de campanita de plata que estremece el aire con su voz y deja halago en los oídos. Mucha gente que desde niña la oyó hablar con esa dulzura cantarina, decía: «¡Con qué voz dirá *te quiero* cuando un amor le llene el alma!».

Era cosa de contento y deleite el olor natural de su persona, muy fragante, como dicen de Alejandro, no parecía sino que sólo anduvo entre ámbar y flores. Caminaba con mucho garbo, gentileza, soltura y agilidad airosa. La gracia traviesa de sus palabras eran un fiel trasunto de su andar. En el gentil meneo de su cuerpo mostraba su galante generosidad muy a las claras, pues era dada a solaces.

*Dícele el aire de echar
la mano al sombrero, y dar
cuerpo y pie con tal donaire,
que parece hija del aire*

Se antojaba que Lope escribió estos alados versos sólo para ella, adivinando que iba a existir en la Nueva España una señora con esa elegante euritmia al dar el paso. Por donde iba doña María Ignacia alzaba incitaciones, pues no era posible de ninguna manera que pasase inadvertida para nadie su muy gentil presencia, así fuese en la iglesia como en el paseo; por más aglomeración de gente que hubiera, ella sobresalía. Entre millares se diferenciaba. Echábase de ver y descubría. Era dechado de toda beldad, pues su belleza tenía excelencia, no como quiera, sino absoluta. Era telenda la Güera Rodríguez, es decir, viva, airosa, gallarda. Llevaba todo el rostro siempre lleno de sonrisas y siempre, también, andaba compuesta como una novia, con refulgencias de joyas y rumorosa de seda, la más fina.

Gustó del lujo de los buenos atavíos. Arreaba siempre su persona con cosas de valor y regalo. Las telas de sus trajes eran de las mejores que se urdían en ultramar, los rasos más gustosos al tacto, las tiesas estofas brochadas, los brocados de tres altos o urdimbres, los terciopelos rizos, el contray que hace visos y aguas, las gruesas tercianelas de cordoncillo, los floreados tisúes que eran como una primavera, los buratos, los leves tafetanes y tiritañas. Muchos cortes de sus vestidos le venían bordados con nimio primor de la China con sedas versicolores o de los famosos obradores toledanos.

Sus joyas, si no eran las mejores que había en la ciudad de México, sí de las más esplendorosas, pues para conseguirlas era señora de superior caudal. ¡Qué flexuosos sartaes de perlas caían en ondas y ondas en su pecho levantado! ¡Y en sus manos, blancas y leves, qué sortijas fulguraban! ¿Y sus brazaletes, y sus cadenas, y sus broches, y sus profusos prendedores y largos zarcillos? ¿Y qué decir de sus altas diademas, de sus gargantillas y de sus aretes, de sus clavos y clavillos para el pelo? Todas sus doñas estaban titilando con las luces de los diamantes, de los rubíes, de las esmeraldas, de los topacios, de los grandes almandinos. Y con estas joyas magníficas, de extraordinaria suntuosidad y brillo, y con estos trajes, y con su belleza, su ingenio y el ímpetu de su amor, no había en México dama más sobresaliente y singular que la Güera Rodríguez.

Pero en cuaresma, días de estrecho recogimiento y devoción, trocaba todo ese vistoso atuendo de sedas relucientes, con trepas de encajes, abalorios y hojuelas, y las alhajas con que a diario se ataviaba y en las que la luz bullía, por ropas de estricta sencillez, negras, azul oscuro, pardas color de tierra, a la que hemos de volver, y que en esos tristes días cuaresmales se nos recuerda que en eso se ha de trocar nuestra pobre humanidad, puesto que estamos hechos de barro fragilísimo que cualquier soplo lo quiebra. La Güera Rodríguez estaba tan sobresaliente y gentil vestida de vigilia como cuando andaba de día de carne.

Su belleza poseía la singular particularidad de ser más atractiva y deslumbradora

al primer golpe de vista; cuanto más se la miraba más hermosa parecía. Se pudiera decir con justeza de esta simpática y atractiva mujer, lo que Saint-Simon ha dicho de la duquesa de Borgoña, «que su aire era el de una diosa posando sobre nubes». Todos la querían, todos se disputaban sus sonrisas. Alguien escribió: «Canta, danza con facilidad y destreza admirables, tiene dulce hablar, mímica expresiva y mil otras cualidades que sería superfluo enumerar».

El color de sus largos cabellos, de un oro fluido, le daban el mote con el que todo el mundo la designaba con familiaridad: la Güera Rodríguez. No se le llamaba de otra manera en todo México más que así, con ese apodo, y así con él ha pasado muy donairoso a las historias que de ella se cuentan ricamente salpimentadas. En México no había quien no la conociera, quien no refiriese de ella algo picante y sabroso que levantaba borbotones de risa. Sazonaba con un espolvoreo de mucha especia fina todas sus pláticas que se paladeaban con encantador deleite por lo agradable de su picor.

Linda era la Güera, llena de fácil despejo y desenvoltura. Poseía todo primor, perfección y garbo. Su rostro era idea de su claro ingenio. Hablaba con lengua pintoresca, con mucho chiste torcía el sentido de las voces. Tenía, además, donaire y gallardía en el obrar. La vida le fue siempre dulce y sabrosa. Anduvo a lo holgado y vivió a sus anchuras. Moviése entre esplendores y pasó su existencia blanda y regaladamente. Si quería algo, al punto lográbalo con mucho obsequio, pues en sus ojos y en toda su persona había perpetuamente una promesa imprecisa, así era como no se le podía decir nunca una negativa a sus deseos que manifestaba con voz tan dulce como una confitura.

El 20 de noviembre del año de gracia de 1778 hizo su entrada en el mundo y le dio la primera luz. En la pila bautismal le pusieron por nombre este calendario: María Ignacia, Javiera, Rafaela, Agustina, Feliciano. En buena consonancia con tal retahíla eran sus apellidos: Rodríguez de Velasco, Osorio, Barba, Jiménez, Bello de Pereyra, Fernández de Córdoba, Salas, Solano y Garfías.

Gobernaba por entonces la Nueva España el buen virrey don Fray Antonio María de Bucareli y Ursúa. Desde la fecha en que María Ignacia vino a la vida, causó gran admiración su belleza; todos se hacían ojos para ver a tan linda criatura; a sus padres no les cabía en su capacidad el gusto. Y dijimos que lo eran doña María Ignacia Osorio y Barba de Pereyra... y don Antonio Rodríguez de Velasco y Jiménez. Estos honrados señores y todos sus antepasados, destilaron en la Güera grandes virtudes esenciales, que ella se cultivó siempre a lo largo de su vida con delicadeza esmerada.

Desde muy niña su ingeniosidad se daba la mano con su aplicación y se le notó su gallardo entendimiento y también que quería ir a rienda suelta por sólo sus caprichos. Únicamente apetecía gastar el tiempo en cosas de gusto y contento. No tenía número en sus demandas y antojos. Desde muy criatura ostentaba su fértil inventiva y tuvo

gracia de buenos dichos; volvía con agudeza una frase y lindamente jugaba del vocablo. Aún era muy moza y con una palabra sazónada y risueña hallaba expediente y daba salida. La fama de su gentileza volaba muy alto por toda la ciudad de México. Era amiga de mirar y de ser vista e iba abriendo con sus pestañas heridas de las que no cierran.

Jornada tercera

VIDA RISUEÑA Y CORAZÓN DOLORIDO

La donairosa y vibrante Güera duró en la para ella sencilla sujeción de casada con el calatravo don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo hasta once largos años. En los primeros de matrimonio fue toda amor y sumisión agradable a su marido, de hermosura verdaderamente viril. Su voluntad era la de su amado. Con su querer sin límites se adivinaban mutuamente el pensamiento. Estaban los dos en constante embeleso de enamorados. También estuvo pacífica en esos once años, conteniendo los fáciles hervores de su sangre, lo que fue hacer gran hazaña, porque su naturaleza era hartamente difícil de domar. En ese tiempo no tenía más querer o no querer que el de su esposo, siempre con ella cortés, agradable y condescendiente. Servía don José Jerónimo con gusto a los antojos de su mujer. En él sí no deteníase su corazón, que a un amante fino y verdadero nada se le hace imposible. Don José Jerónimo estaba puesto a los pies de la soflamada Güera y vivía abrasado con el encanto de sus dulcísimas palabras. Ambos estaban presos y encadenados de amores.

Pero en los últimos años de ese enlace ya no los hubo, ni menos fidelidad. Amor y desamor nunca paran en el medio. Había constantes admiraciones, pasmos y embelesamientos en torno a su beldad. Oyéndola conversar se quedaba la gente absorta, encandilada con los vivos tornasoles de su palabra fácil; no se hacía sino estar pendiente de la gracia feliz de sus donaires. La miraban y oían con tan gran atención que ni siquiera pestañeábales el pensamiento a quienes la escuchaban.

En su oloroso estrado de mujer elegante estaban las delicias y el mayor entretenimiento de las personas de viso que se juntaban allí a conversación. Sabía la Güera Rodríguez, sazonar y no hacer pesadas las ocupaciones graves, por la vistosa fascinación de su palabra, y por eso se la buscaba con ahínco porque estar al lado suyo era darse un baño de gloria. Si su lengua arrojaba tiros contra alguien o le roía la fama y burlaba de sus cosas, era entonces mayor el placer, ya que siempre es gustoso para muchos oír menguas ajenas.

Doña María Ignacia ponía donosos adornos de todos colores a cuanto decía, y así era como sus murmuraciones resultaban de un sabor profundo, incomparable, que gustábanse largamente y solazaban el espíritu. Sus agudos decires iban y venían por todo México, regocijantes, donairosos, y la gente les desentrañaba el sentido, dándoles muchas veces siniestras interpretaciones, un enlace malicioso que, acaso, no iba en ellos. Los cuentos, loas, anécdotas, quisicosas y agudezas de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco no tenía par, por las sabrosas sales y especias, con que

finamente los espolvoreaba.

Si alguien en su presencia se le atrevía o enterábase que murmuraban algo en su contra, ¡ay pobre!, poníalo con mordacidad desembozado, en carnes vivas. Si alguien también se trataba con ella de palabra, veíase tomado entre puertas por el ingenio de la Güera, que siempre encontraba la nota aguda y picante y decía con suave malignidad mil lindezas. Nadie podía con doña María Ignacia, pues era plena poseedora de una capacidad hiriente y con reconcentrada concisión soltábale una fresca a cualquiera, hasta al mismo lucero del alba, lo ponía de vuelta y media como quien no quiere la cosa. Le afrentaba con acrimonia acerbidad, echándole en rostro lo que sabía del cuitado que intentó ofenderla.

Era muy popular, conocidísima no digo de las personas encumbradas, de alto porte, que era su clase, sino de la gente del estado llano. Su nombre andaba graciosamente en la boca de todos, y de mano en mano por cantones y estrados iban sus hechos y dichos. Estaba México entero lleno de su presencia y así afamó su nombre y persona hasta estos tiempos. No había en la ciudad quien no la admirase. Los de arriba se preciaban de su amistad y compañía, los de abajo contentábanse solamente, alegres y admirados, de verla pasar muy hermosa, sonriente y vertiendo agrados por sus ojos. Era, como siempre, el centro de todas las miradas y de todos los deseos. Hasta a los pobres de muy abajo llegaba en corriente placentera todo lo que hacía y decía la singular Güera Rodríguez y pregonaban sus ocurrencias chistosas y oportunas y contaban sus cosas con dulzura y frecuencia; entre más picantes eran las gozaban mejor y en su boca se les hacían miel.

A ella se le atribuye la desdeñosa frase en la que se dice que «fuera de México, todo es Cuautitlán», con la que se quiere significar que después de la capital no hay lugar en toda la República que valga algo o que se destaque en alguna cosa importante, no son sus poblaciones sino tristes pueblos en los que no se encuentra nada digno de ver, como en ese quieto y terroso lugarón.

Corrían infinidad de cuentos y chascarrillos sobre doña María Ignacia, lo que demostraba su popularidad muy en creciente. Voy a referir aquí sólo una anécdota, ligera y picante, otras saldrán después con su traviesa malicia:

Se contaba que un fulano de por el barrio popular de Peralvillo, prieto él, reparado de un ojo, feísimo de rostro en el que se veía el indeleble adorno de una ancha y roja cicatriz de cuchillada, hallábase prendado furiosamente de la Güera Rodríguez, a quien se le quedaba viendo embobado con la dulce mirada lagrimeante de su único ojo. Como para él era cosa imposible el acercársele por la enorme distancia social que los separaba, discurrió, para hacerla suya, llamar al diablo y darle el alma a cambio del celestinesco servicio.

Una noche bien oscura se fue el tal por uno de los muchos descampados de ese barrio bajo y en el suelo hizo un círculo con una vara de acebo dizque cortada

precisamente el último amanecer del año, día de San Silvestre, y en el palo ese enredó buen trozo de una cuerda de ahorcado. Dentro del círculo puso unos signos enigmáticos que por paga le había enseñado a trazar un brujo de por ahí; luego roció todo aquello con la sangre de un gallo prieto nacido el mes de octubre y al cual en ese mismo sitio le retorció el pescuezo. Apenas había acabado de recitar a sovoz la nefanda invocación, misteriosa y eficazísima, cuando oyó un grande estruendo, multiplicado por los ecos, así como de palos que se caían unos sobre otros, y de entre una gran humareda muy pestilente surgió un diablo que a pesar de la tenebrosa oscuridad se veía bien claro que era muy espantoso, con el cuerpo de color verde de rana, cola movediza y altos cuernos.

El enamoradizo sujeto sin inmutarse, ni con temblores en el corazón ni menos en la voz, le dijo muy decidido:

—Diablo, dame veinte mil pesos que necesito, tráeme a la Güera Rodríguez que necesito mucho más y en cambio te daré mi alma.

El horribilísimo demonio respondió:

—Oye tú, no me ofrezcas tu recochina alma que ya es mía por todo lo que haces a diario. ¡Si quieres tener dinero, trabaja para que lo ganes, grandísimo sinvergüenza, y en cuanto a la Güera Rodríguez, para mí la quisiera, tuerto desgraciado!

Al decir el maligno cada una de estas palabras, le salían como largas fosforescencias de la boca y al terminar la filípica oyóse otro gran ruido de palizada que se derrumba sobre hojalatas, brotó de la tierra una alta columna de humo pestífero en la que de un salto se metió el infernal señor y junto con ella se deshizo, pero dejó, como todo demonio que se respeta, un fuerte olor de azufre. A lo lejos sonó gran risotada.

—Demonio, anda y tizna a tu madre —dijo concisamente el despechado media luz y lanzó al aire un brazo en un amplio ademán de desprecio, y para más acentuar este desdén echó gruesa escupitina por un colmillo y se fue muy triste a su casa.

No estaban muy avenidos la Güera y su marido, señor frío y cortés, debido, ¡y es razón!, a las incontenibles turbulencias de ella con el ampuloso pavón don José Mariano Beristáin de Sousa, canónigo de la Metropolitana, con el que tuvo hasta la desfachatez de aposentarle en su misma casa, ya que en la suya propia dizque no tenía sosiego para dedicarse a sus pacientes estudios bibliográficos, con los que siempre estuvo atareado para componer su extensa Biblioteca *Hispano Americana Septentrional*, con la que ha engrandecido más el nombre de México. Al menos esa fue la razón explicativa que dio la Güera para llevarlo a vivir a su morada y creo que así sería y hay que acallar malignos pensamientos si se imagina que por otra cosa. No hay que ser mal pensados, sino que, tal vez, en la biblioteca de la residencia de la Güera había libros suficientes que sólo allí se podrían consultar sin llevarlos a otra parte, y muchos por no sé cuáles razones recónditas, deberían de leerse únicamente

en la alcoba, dándoles calor dos personas para que resultase no sé qué. Sólo así sería fructuosa la lectura. Pero como don José Jerónimo supo tales y cuales cosas, de seguro mentiras, y vio tales y cuales otras, de seguro amplificadas afiguraciones, y malició algunas más, que esas sí podían ser, ya que la imaginación no tiene riendas que la detengan, y como este señor era dueño de un temperamento impulsivo y calderoniano, muy a menudo le daba golpes a su gentil esposa con los que hasta temblaba el sursum corda. Tenía este noble señor la sobresaliente cobardía de pegarle a su mujer. Ya más adelante pondré, donde vienen a pelo, los claros testimonios de estas inicuas aporreadas para que se vea lo caballero que era este ínclito caballero de Calatrava. La Güera, impertérrita, soportaba los malos tratos de su marido que le dejaban visibles moretones en el rostro y ocultos en otras partes del cuerpo en las que caían los rudos golpes que a todo dar le regalaba el bellaco, igüedo sulfurado.

Al fin pidió su separación. Hay un abultado expediente de ese escandalosísimo negocio que tuvo chistosos incidentes que hicieron las delicias del México chismoso y novelesco. Está ese mamotreto en el Archivo General y Público de la Nación, es el tomo 582 del ramo Criminal. Más adelante, en la jornada VI, enumero todo, o casi todo, lo que contiene ese papellorio de letra desvaída, que viene a formar centenares de folios.

Mientras que se resolvía el pleito, al noble y sensible señor López de Peralta de Villar Villamil y Primo lo pasaron con su regimiento al sosegado Querétaro, ciudad levítica, sahumada con inciensos rituales, en donde, a pesar de todo, no podía soportar don Jerónimo el vacío de la ausencia de su mujer, la de los ojos claros, el cabello de oro y la dulce habla. Don Jerónimo estaba triste a toda hora, absorto en sus tragedias interiores, andaba cabizbajo y lleno de melancolía. Ésta, cada vez, apretábale el corazón, pasaba sus días sin gusto y su desconsuelo no recibía consolación. Enfermó y dijeron que de pasión de ánimo, y se le fue agravando el mal con tanta prisa que al fin, en la dulce paz de esa ciudad, lo agarró la muerte el año de 1805, con lo que ya fue definitiva la separación. Esa fría señora que a todos nos avasalla, echó el fallo a favor de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco.

Un hijo varón con el nombre del padre y del abuelo, José Jerónimo, muchacho cacoquimio y tristón, quedó de ese enlace que principió con tantísimo amor y acabó con el querer todo deshecho. Existió paz y cariño fiel al comienzo, después lo contrario. Hubo entre el señor López de Peralta de Villar Villamil y Primo y doña María Ignacia verdadero matrimonio.

Este tercer José Jerónimo, mayorazgo de López de Peralta, andando el tiempo casó con doña Luz Díaz y Sandoval, hermosa dama. Vivió una vida lisa, sin alteraciones tumultuosas como la de su madre, sino en la paz de su hogar con amor. Vida sosegada, sin que la enfadosa popularidad turbase su modestia. También quedaron tres hijas, de tan soberana hermosura todas ellas, que causaban maravilla.

Su belleza vencía cualquier otra belleza. Tenían ojos como estrellas, les relucían y centelleaban de gran manera. Llevábanse tras de sí todas las miradas. Nadie hartábase de contemplarlas. Vencía todo encarecimiento su hermosura.

«Venus y las tres Gracias», se llamó a la madre y a las hijas, María Josefa, María Antonia y María de la Paz. Las cuatro con su belleza deslumbraban al sol. Magnates que fueron a la Corte de las Españas, llevaron con mucho elogio la fama de esas esplendorosas hermosuras, cantábanles himnos y alabanzas. Tanto y tanto hablaban de esas soberanas bellezas mexicanas, celebrándolas con tan amplísimos elogios, que Su Majestad mandó pedir a su visorrey de México le enviase un retrato de esas dizque singulares beldades, encargándole que debería de encomendar al pintor de pincel más afamado que las pusiera en el lienzo.

Se cuenta, con visos de verosimilitud, que cuando ese cuadro fue a Madrid dijo el rey que lo que le habían contado de esas cuatro damas de la Nueva España pensó que eran loores afectados y amplificadas mentiras, pero que viéndolas en esa tela, ya ninguna hipérbole era encomio y ninguna exageración arrojo, y que los grandes bienes que de ellas se referían, cortos se quedaban ante lo que él tenía ante sus ojos admirados.

Esto de la belleza de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, no era cosa fabulosa y de conseja. No había mentira ni exageración alguna, sino era extremo de la hermosura. Han dado fe por escrito de su belleza el barón Alejandro de Humboldt cuando estaba la Güera en la verde primavera de sus años, y la marquesa Calderón de la Barca cuando llegó doña María Ignacia al sazonado otoño de su vida.

Refiere el Barón que fue la mujer más bella que había visto durante todos sus viajes. En un sarao que hubo en el Palacio Virreinal durante el mando de don José de Iturrigaray, cuando entró doña María Ignacia en la gran sala esplendorosa, muy llena de luces, un gran ¡ah! de admiración corrió acelerado por toda la concurrencia, y un impulso de curioso alzó de sus asientos a la que hallábase sentada. Un incontenido pasmo envolvió a la Güera Rodríguez por lo radiante de su hermosura que realzaba espléndidamente con la primorosa magnificencia de un traje azul de brocado de oro, de los que por su peso se tienen en pie, y por sus joyas, turquesas en fulgurante cerco de diamantes. «Brilló entre la multitud como una dulce claridad».

La señora Calderón de la Barca, sabiendo que fue amiga de Humboldt, creyó, cuando le anunciaron su visita, encontrarse con una linda, espiritual y trémula vejezuela, muy blanca ella, muy pulcra y bien vestida, y escribe al final de la carta IX de su delicioso libro *Life in México* «... tengo que decirles que recibí esta mañana la visita de una personalidad muy señalada, bien conocida aquí bajo el nombre de la Güera (la rubia) Rodríguez, de quien se cuenta que fue hace muchos años celebrada por Humboldt como la mujer más hermosa que había visto en todo el curso de sus viajes. Considerado el tiempo que ha transcurrido desde que ese distinguido viajero

visitó estos lugares, casi me pasmé cuando vi que, a pesar de los años y de los surcos que el tiempo se complace en arar en los rostros más bellos, la Güera conserva una profusión de rizos rubios sin una sola cana, preciosos dientes blancos, muy lindos ojos y gran vivacidad».

»Su hermana, la marquesa de Uluapa, que acaba de morir, se dice que era también mujer de gran talento y extraordinario don de conversación; es otra de las personas de la vieja nobleza que se ha ido. El médico que la asistió en su última enfermedad, un francés llamado Plan, que aquí goza de gran reputación, ha presentado a los albaceas una cuenta por diez mil pesos, suma que, a pesar de no causar gran sorpresa, la familia se niega a pagar, por lo cual hay un pleito pendiente. Las extorsiones de los médicos en México, especialmente de los extranjeros, han llegado a tal extremo que una persona de mediana fortuna tiene que pensar antes de ponerse en sus manos. Una anciana rica, sin enfermedad especial, pero delicada de salud, constituye para estos sujetos una fuente de rendimientos más segura que una mina de plata.

»Me pareció la Güera muy agradable y una perfecta crónica viviente. Está casada en terceras nupcias y ha tenido tres hijas, todas ellas bellezas afamadas: la condesa de Regla, que murió en Nueva York, en cuya catedral está enterrada; la marquesa de Guadalupe, que también ha muerto, y la marquesa de A... (de San Miguel de Aguayo) que es ahora una hermosa viuda.

»Conversamos de Humboldt, y hablando de ella misma como si fuera una tercera persona, me refirió todos los detalles de la primera visita del Barón, y la admiración que para ello tuvo. Me dijo que entonces ella era muy joven, aunque casada y ya dos veces madre, y que cuando él fue a visitar a la mamá de la Güera, estaba ésta sentada en un rincón, cosiendo, por lo cual el Barón no la vio al pronto. Habló con mucho interés sobre la cochinilla y preguntó si podría visitar cierto distrito donde había una plantación de nopales. “Por supuesto”; dijo la Güera desde su rincón, “podemos llevar allí en nuestra compañía al señor de Humboldt”; con lo cual, percibiéndola por vez primera, él se quedó maravillado, y al cabo exclamó: “¡Válgame Dios! ¿Quién es esa muchacha?”. Después de esto estaba constantemente con ella...

»Uno de los cuentos de la Güera es demasiado original para que deje de referirlo. Una señora de alta alcurnia murió en México. Sus parientes se dispusieron a conducirla a su última morada, ataviada, según la moda de entonces, con sus más suntuoso traje, el que había usado cabalmente el día en que se casó. Este vestido era una maravilla de lujo, inclusive en México. Estaba hecho enteramente del más fino encaje, y los olanes eran de una especie de puntilla que costaba cincuenta pesos la vara (yarda mexicana). No se conocía nada igual. Estaba también adornado y abrochado de trecho en trecho con lazos de seda fina y ricamente bordados en oro. Vestida así la Condesa de... fue colocada en su ataúd. Millares de gentes de su amistad acudieron para contemplar su precioso *vestido de muerte*. Al fin fue llevada a

la tumba, cuya llave fue confiada al sacristán.

»De la tumba a la ópera la transición es muy brusca; sin embargo ambas tienen sitio en esta historia. Una compañía de bailarines franceses, un “ballet” de vigésima categoría, llegó a México. La primera danzarina era una francesita famosa por lo corto de sus enaguas, su coquetería y sus asombrosas piruetas. La noche en que se representaba uno de sus bailes favoritos, Mademoiselle Pauline hizo su entrada con una serie de cabriolas, y, parándose en la punta de un pie, miró en derredor esperando los aplausos, cuando un estremecimiento de horror acompañado de un murmullo de indignación dominó al público: ¡Mademoiselle Pauline estaba ataviada con el mismo vestido con el cual fue enterrada la difunta condesa! Encaje, olanes de puntilla, listones de oro: imposible equivocarse.

»Apenas cayó el telón, la pequeña bailarina se vio rodeada de las autoridades competentes, que le preguntaron dónde y cómo había obtenido su vestido. Contestó que lo había comprado a un precio exorbitante a una modista francesa de la ciudad. No había violado tumba alguna, sino pagado, con honradez, onzas de oro a cambio de su legítima propiedad. Los funcionarios de la justicia fueron a ver a la modista. También se declaró inocente. Lo había comprado a un hombre que se lo llevó a vender; y a quien en pago le dio mucho más que su peso en oro, porque realmente lo valía.

»A fuerza de investigaciones se identificó al hombre, y se probó que era el sacristán de San... ¡Imprevisor sacristán! Fue arrestado y encarcelado, y de su codicia se sacó un beneficio, pues para evitarles tentaciones a otros sacristanes, en lo sucesivo, se estableció la costumbre de que después de haber permanecido el cuerpo expuesto solemnemente por algún tiempo, ataviado con un magnífico traje, se cambia éste por otro sencillo antes de depositar el ataúd en la bóveda. Mísera vanidad, al fin y al cabo».

Dice Mathieu de Fossey en su libro *Le Mexique*, página 282, que: «La anciana dama Elizalde, más conocida con el nombre de la Güera Rodríguez, es la mujer más aristócrata que he conocido. Cuando hablaba de las costumbres republicanas, del tono que se daban los advenedizos, era para desternillarse de risa. Se chanceaba con ingenio».

»La Güera Rodríguez fue la Ninón de Lenclos de su época. Era encantadora y conservó durante mucho tiempo la belleza. Antes de ser víctima del cólera en 1833, (es un error, de De Fossey, no murió de esta enfermedad), la vi muy seductora en un sarao y aunque frisaba en los cincuenta, había comenzado a los catorce su vida galante. Se dice que en 1804 encadenó a su carro a un sabio viajero (alude aquí al barón de Humboldt), y que en 1822 Iturbide fue sensible a sus encantos. La Güera Rodríguez tuvo tres hijas, que se casaron, una con el conde de Regla, la otra con el marqués de Guadalupe y la tercera con el marqués de Aguayo. Las dos primeras eran

hermosas como ángeles. Murieron todas en la flor de la edad».

Jornada cuarta

FALLECIMIENTO CALLADO Y NACIMIENTO PREGONADO

Cuando murió el marido de doña María Ignacia, don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, tuvo esta dama una viudez deliciosa, sin estorbos. La pasaba muy a sus anchas, regaladamente, cogiendo la flor del placer. Andaba como pisando rayos de luz y manojos de estrellas. No importábale nada ni nadie, sólo iba en seguimiento de sus contentos y apetitos. Ponía en divertirse un anhelo apasionado.

Una tarde salió de su casa a esparcirse, a dar una vuelta a la ciudad y dejarse ver, y fue al lucido paseo de la Alameda. Con el muelle movimiento de su carruaje de relucientes barnices y charoles, suspendido en anchas sopandas, salía del mundo con el pensamiento y con éste fabricaba su gusto. Traía dentro de sí algunas especies como intencionales de la felicidad próxima a llegarle, aunque este pensamiento tenía algo de quimera. Las cosas no le robaban la atención. Sus ojos de desleído azul andaban perdidos como en una lejanía sin fondo. De repente se paró su coche de suave bamboleo, porque se detuvo otro delante de él y con esto volvió a la realidad, saliendo de su grato ensimismamiento.

Saludó a este señor, a otro, a muchísimos más, y a aquellas damas lujosas muy sus amigas; dijo un fino donaire a unas damiselas, hijas de personas de alto bordo de las que frecuentaban su casa y por fin sus miradas fueron a dar a un carruaje servido por lacayos, palafreneros y cochero pomposo encaramado en el alto pescante, quien con gran destreza conducía a los caballos fogosos y braceadores, y cada uno de ellos

*de anhelantes espumas argentaba
la razón de metal que lo regía.*

Las miradas de doña Ignacia fueron a posarse en el provecto ocupante del vehículo, un señor más cerca de los setenta que de los sesenta, de rostro céreo y enjuto, como triste, de mirar lánguido, con la indiferencia inexpresiva de unos opacos ojos de vidrio; sus manos pálidas, huesosas, se juntaban temblorosas encima del puño de oro de su bastón de ébano.

*De los espíritus vivos
de unos ojos procedió
este amor, que me encendió
con fuegos tan excesivos,*

*no me miraron altivos,
antes con dulce mudanza,
me dieron tal confianza,
que, con poca diferencia,
pensando correspondencia,
engendra amor esperanza.
Ojos, si ha quedado en vos
de la vista el mismo efeto,
amor vivirá perfeto,
pues fue engendro de dos;
pero si tú, ciego dios,
diversas flechas tomaste,
no te alabes que alcanzaste
la victoria, que perdiste
si de mí sólo naciste,
pues imperfeto quedaste.*

En boca de don Alonso pone Lope de Vega estos versos en la escena con que da comienzo el primer acto de su *Caballero de Olmedo*, incomparable maravilla. Entre paréntesis diré, ya que viene a pelo, que el matador de éste vino a dar a México y murió siendo fraile profeso de Santo Domingo.

Continúo con mi relato. También el anciano señor del lucido carruaje, con cansada vaguedad, puso los ojos en la dama muy ataviada y compuesta, pero al verla un repentino toque de viveza como que lo despertó y tuvo un movimiento mocil, que le irguió el busto y agrandóle las pupilas con el embelesamiento. Salió de su lánguido abandono y no cabía de gozo y admiración ante aquel gentil portento aunque ya lo conocía, pues ¿quién en México no conocía a la Güera Rodríguez? Pero como aquella vez no habíala contemplado nunca tan hermosa. Rimaba su belleza con la frescura del aire, con la transparente claridad de la tarde, con el lento cabeceo de las frondas, con las nubes, con el cielo, con el rumor que hacía el viento entre los árboles, con la música de la fuente. Sonrió la Güera y el caballero creyó que le había echado por el rostro los pétalos de una rosa y que por él le resbalaban lentamente dejándole frescura e imponderable fragancia.

Doña María Ignacia robó con su agrado y gracia el alma del adinerado vejete don Mariano Briones, que este era el nombre y apellido del septuagenario caballero de vida pausada y blanda, que tenía cargo muy principal en el Gobierno. Le ganó el corazón y la voluntad, encendiéndole el deseo.

*No hay alma tan helada
que amor no agarre,*

prenda y engarrafe.

Al día siguiente se hizo don Mariano llevar a casa de la Güera y fue recibido por ésta con agrado ceremonioso y estuvo buen rato en la visita y tanto él como su acompañante fueron agasajados con aguas nevadas y leves canutillos de suplicaciones. El hombre se hallaba embobado, con lo que escuchaba de aquella boca agranada y fina; encontrábase salido casi de su entendimiento, pero sentía una suavidad interior muy deleitosa.

Al otro día mandó a la Güera un obsequio de precio en prenda de amistad y benevolencia. Salió de México por la apurada premura de no sé cuál negocio grave relacionado con su empleo, y los tres días que permaneció en Toluca, porque en esta fría ciudad fue la cosa, se le hicieron otros tantos siglos de duración inacabable; pero eso sí, le escribió a la Güera muchas caricias y le envió también muchos regalos y presentes. Las dádivas ostentosas o superfluas han sido siempre medio seguro para ganar la voluntad femenina.

A su regreso a la ciudad le dijo con un acento que el amor calentaba, que la tenía escogida para que fuera su esposa y su deseo era que, cuanto antes, se concertasen los desposorios, porque era grande su ansioso frenesí de contraer nupcias. Ella le respondió que estaba dispuesta a que la tomara por su mujer. Como la Güera le tenía afición a don Mariano y también había entrado en su gracia muy de improviso, se metió a ojos ciegos en el casamiento y un segundo matrimonio le ató las manos con él, muy perdido de amores. Atenágoras escribió: «El segundo matrimonio es un adulterio decente». ¡Quía! Frases. Paradojas.

Doña María Ignacia volvió a tender en plácida tranquilidad su vida. Gozó sosiego y calma y dizque se puso treguas. Había gran desigualdad entre los floridos años de ella y la edad caduca de él, pero al de Briones se le iba el alma por la Güera y ardía con incendio de amor, y la preciosa viuda le daba constantes pruebas de su aprecio particular, salido de un pecho sensible que comenzaba a agitarse con un querer puro y sin máculas.

Hacia doña María Ignacia sentía don Mariano Briones una adhesión tierna y verdadera que lo había convencido de que esa mujer bonita iba a constituir la felicidad de su vida y con las buenas disposiciones que él, a su vez, tenía, estaba seguro, segurísimo de poseer, para hacer la de ella, no dudaba que sus días iban a deslizarse blandamente por una inacabable ventura.

*Amor, yo nunca pensé
que tan poderoso fueras
hasta agora que lo sé.*

Se casaron y el señor de Briones apenas si podía creer en la dicha de que doña María

Ignacia le hubiese dado la mano de esposa. No sólo el corazón llenábasele de contento y ventura, sino que hasta los huesos se le regocijaban. Pero poco duró esa felicidad, fue pasajera, un cántico de breves compases. La dicha no es durable, ni persevera su flor, la inconstante fortuna la muda. Nadie a su voltaira rueda le puede echar clavos para fijarla.

En vida feliz y maridable pasaron unos meses, pues poco vivió don Mariano Briones; se dijo, con visos de verosimilitud, que la Güera, sin querer, en una vuelta que dio en la cama, le quitó de repente las cobijas en una noche helada, dejándolo largo rato al aire y que con esto tomó frío el buen señor y ya se sabe y lo asegura un adagio, que viejo que se destapa, sólo la muerte lo tapa. Y otro afirma y no miente ni falla tampoco, que casamiento a edad madura, cornamenta o sepultura. Y para no desmentir al pobre don Mariano la verdad de esos proloquios, fue a dar a la huesa con sus huesos caducos, después de unos cuantos meses de matrimonio que supo apurar con ansia de ardoroso amator.

Quedóse el infeliz destuetanado por la gran sabiduría de su mujer y así fue como el amor se lo llevó pronto y corriendo. Breves, pero intensos, fueron los gustos que disfrutó con la sabrosa Güera Rodríguez. Decían que desde que con ella se casó estaba muerto, o, al menos, muy al cabo, y la fuerza amatoria, como se ha dicho, le secó hasta el cuajo y faltándole eso en un dos por tres se le acabó la menguada existencia que tenía entre aquel cuerpo raquítrico y endeble y pasó de esta vida trabajosa a gozar, tal vez, de la bienaventuranza de la gloria.

Doña María Ignacia, poniendo vaga tristeza en su rostro, vistió ropas negras que cubría con luengo manto de viuda, pero en esta ocasión era de esas damas que convierten su luto o su hábito no en señales de penas o penitencia, sino en un medio más de acicalarse y llamar la atención por lo vistosas, galanas y elegantes.

Doña María Ignacia quedó en estado de buena esperanza. Con el tiempo algo le crecía y se le acortaba el vestir, como se dice en un romance viejo Los parientes de su marido dijeron que ese preñado era sólo mañoso artificio, pues de ninguna manera podía ser cierto, ellos sabían por qué lo afirmaban así con tanta seguridad, pues conocían bien las hechuras de don Mariano; que ese bulto no era sino engaño manifiesto para parecer grávida cuando no lo estaba, engatusando así a los incautos con el fin de recibir en herencia todo el grueso caudal del desdichado difunto, sin compartir nada con sus legítimos herederos que se habían opuesto tenazmente, y con razón, a ese matrimonio desastroso; que con esa falsa treta que usaba, pretendía cínicamente hacer pasar las apariencias por evidencias.

Se empeñaron con terca impertinencia en demostrar que el embarazo ese no era sino pura mentira, disimulación astuta, que con lo que se amontonaba en la cintura quería echar cataratas y trampantojos a la razón, por lo que acudieron a acusarla de una pretendida substitución de infante, y pues aseguraban, que sabían bien —no sé

cómo tenían conocimiento de lo que no existía—, iba a conseguir por ahí un chiquillo llorón y acabado de nacer para decir luego que ella fue quien lo lanzó a la vida en un bien alumbrado parto.

Entonces la jocunda doña María Ignacia decidió que cuando le llegara la hora terrible, su hijo le saliera de las entrañas a los ojos del mundo, delante de testigos fehacientes. Pero el arduo suceso no llegó en el tiempo en que lo esperaba, pues las mujeres, ya se sabe, aun las más listas en cuestiones numéricas, siempre pierden o equivocan esa clase de cuentas, que, se asegura, son las únicas que llevan, y un buen día de tanto se vino la cosa aquella muy de prisa sin espera posible, y, sin embargo, la endiantrada Güera, sintiendo ya los fuertes dolores premonitorios del castigo bíblico, salió muy decidida y sosegada a la puerta de su casa y soportando el espanto de esas dolencias atroces, como si fuese un torzón pasajero, que alivia una taza de cocimiento de manzanilla, de muicle o cedrón, o como si tuviera las leves punzadas de una jaqueca baladí, de las de pocos más o menos, que se quitan con un simple pocillo de chocolate caliente, hizo entrar en su residencia hasta seis señores que pasaban muy tranquilos por la calle, unos a la iglesia a oír misa o a conversar a sus pacíficas tertulias y otros iban a los precisos menesteres con los que se ganaban la vida, y luego, con la sencilla fascinación de su palabra, les pidió que subiesen a su alcoba, a lo que accedieron gustosos aquellos transeúntes azorados y más se pasmaron y abrieron tamaños ojos, grandes como tazas, cuando les dijo la dama que en ese instante iba a dar a luz y quería que testificaran el acto. Parece que iban a ser testigos de un apeo o deslinde, hacer una información *ad perpetuam* o dar fe en otra cualquiera diligencia curialesca.

Turulatas estaban aquellas buenas personas. Las hizo sentar la Güera, por si iba a haber espera y espera larga, en sendos y cómodos sillones, muy cojinados para reposar bien y no sentir cansancio por no tener molesta dureza en asiento y respaldo. Se hallaban esos sillones frente al ancho lecho matrimonial de madera, pintado de verde olivo, para que estuviesen presenciando el grave suceso sin que nada les estorbase la vista, y luego doña María Ignacia empezó a desnudarse pausadamente, que para lo que iba a acontecer no necesitaba ningún vestido y menos aún los suntuosos que ella usaba a diario.

Sin la más leve agitación se despojaba de sus ropas, sin un temblor, sin el más ligero gesto que denotase sufrimiento, hasta tarareaba una cancioncilla alegre que echó en boga una de las farsitas del Coliseo. Con parsimoniosa calma iba desatando cintas, soltaba corchetes, abría broches y lentamente sacaba los botones de sus ojales. Se subió a la cama y se acostó con la mayor pausa del mundo y cubrióse con

*una colcha de holanda tan delgada
que podía servir de celosía*

Estaba tan apacible doña María Ignacia que no parecía sino que iba a echar el sueñecito sabroso de una siesta y no a esperar aquella cosa tremebunda que iba a suceder por culpa suya y de su marido.

Aguardó tranquila el momento crítico y a poco principió el acto.

No hubo tremolina, ni gritos, ni lamentos, ni pujidos, ni levantar los brazos, ni abrirlos, ni retorcerlos con desesperación. ¡Nada! No se oyó ni siquiera un débil ¡ay! Solamente doña María Ignacia se daba aire, lenta y acompasadamente, con un lindo abanico para alejarse el calor y sonreía, sonreía plácida y feliz, también sonreían los chinillos de cara sonrosada de marfil que paseaban plácidamente por el multicolor del ventalle. La Güera no se movía ni alterábase, parece que estaba pasando por una suave ventura. La que sí andaba atareada de aquí para allá, como buscando algo, era la diestra comadrona, sudaba en sus múltiples maniobras, y era torpe de manos por tener encima la pasmada curiosidad de tantos ojos que contemplaban la terrible escena.

La Güera estaba en aquel trabajo «riendo y burlándose, entre juego y burlas», tal y como afirman los puntuales historiadores que estaba en ese paso difícil doña Juana, después, con razón, llamada la Loca, porque lo estaba de remate la enamorada señora. Salió el parto a luz entre las miradas absortas de aquellos seis caballeros, todos descoloridos y temblorosos, pero sí muy tiesos, muy dignos, muy en su papel de importantes e inusitados testigos en caso tan extraordinario para el que nunca se llevan, a no ser a los partos reales, a los que asistían por obligación para testificarlos varios personajes y los fieles Monteros de Espinosa. Muy solemnes aquellos señores presenciaron el trance aquel repantigados cómodamente en sus sillones, como si estuviesen en divertida tertulia o en el Coliseo admirando en una comedia de enredos las gracias de una cómica o se hallaran en torno de un palenque gozando con una pelea de gallos.^[2]

Fue una niña de las más hermosas que pudieran imaginarse la que empezó a gozar de nueva vida. Doña María Ignacia regaló a los testigos con pasteles y una copa de buen vino claro y con lo que más valía: con el vistoso encanto de su conversación. Tomó ella también de ese vino oloroso para acompañar, llena de gusto, a sus agasajados y todos ellos hicieron la razón, es decir, correspondieron a un brindis con otro igual a su salud. Cuando se marcharon estos señores pidió un libro que hacia poco estaba leyendo y con mucho interés reanudo la lectura.

Con este nacimiento chasqueó bien a los tontos parientes de su marido, a quienes les salió en blanco la esperanza o el tiro por la culata. Los envió para necios. Donosamente se burlaba de ellos y mezclaba el desdén con la risa. Tomó por vía de entretenimiento estas graciosas mofas y los que se las oían decir soltaban la carcajada. Hablaba bernardinas y echaba chiculíos como dice el Estebanillo González, hombre de buen humor.

Doña María Ignacia puso a la niña el bonito y en este caso simbólico nombre de Victoria, para conmemorar así la muy grande que había tenido con sus porfiados contendientes. Esta niña, a los pocos años salió de la vida.

Jornada quinta

UNA BUENA MUERTE HONRA TODA UNA VIDA

¿Dónde vio por primera vez la lozana doña María Ignacia Rodríguez de Velasco a don Juan Manuel de Elizalde? ¿En qué lugar trabó con este señor buena amistad hasta llegar al matrimonio? Tal vez en algún besamanos del Palacio Virreinal o en otra fiesta que con gran solemnidad y aparato se hizo en sus salones; o, acaso, en algún paseo, en el bullicioso de la Orilla, en el de Bucareli, en el Nuevo, en el de la Alameda, en el que andaba tarde con tarde porción de gente de alto porte, ya a pie para manifestar su lujo, ya en carruaje para lucir más las preciosidades de su enjoyado atuendo.

Acaso lo hizo su amigo, ¿por qué no?, en uno de los frecuentes días de campo que hacían los ricos señores en las huertas de San Cosme, de Coyoacán o de San Agustín de las Cuevas; o se amistó con él en un esplendoroso sarao de alguna casa de personas eminentes y ostentosas de la corte, o en la comida o en el baile, lleno de luces, sedas y cintilante refulgencia de alhajas, que daba alguno de los encopetados y dispendiosos títulos en la cumbre de la prosperidad y amantes de sobresalir, mostrando ufanos su fausto y proceroso abolorio.

O, acaso, donde lo conoció fue en alguna de las quintas de placer de San Ángel o de Tacubaya, a donde iban a solazarse los adinerados; o en algún acto público de la Real y Pontificia Universidad o del Seminario Tridentino o en algún fragante locutorio de convento; o en la profesión de un fraile o ya en la toma de hábito y velo negro de una monja al desposarse con Cristo; o en la solemne cantamisa, de esas con bastantes padrinos de lo mejor de México y con numerosas luces, flores, señorío elegante, mucho estoraque o incienso a través de cuyas fragantes y barrocas humaredas se descubría el precioso tisú brochado de la casulla del misacantano.

Como la Güera tenía muy exquisito arte para enlazar a los hombres en las finas redes de sus hechizos y pulía y agudizaba más su nativa habilidad en este trabajo si eran extranjeros, dígalos, si no Simón Bolívar y dígalos también el barón de Humboldt, se atrajo a don Juan Manuel Elizalde, sin la menor dificultad y con la mano en la cintura como se dice, para denotar que se hace algo con mucha facilidad y sin mayores trabajos.

Don Juan Manuel de Elizalde era chileno de nación; bien portado él, elegante, con mucho señorío. Hombre llano, afectuoso, muy conversable, con un mirar vago de espiritualidad y de comprensión honda. Era también muy apuesto este don Juan Manuel, con lo cual más se amarteló la dama fogosa, pues siempre hizo caso de la buena figura y se aficionaba al buen parecer. Vino este señor con amplias cartas

comendatorias para personas de sobresaliente calidad y con esto ya fue franca su entrada en el Real Palacio, y en las casas de más sonada prosapia tuvo gran cabida y privanza. Todos se mostraban devotos y serviciales con don Juan Manuel de Elizalde, lo llevaban y lo traían y bebíanse los aires por tenerlo contento.

La Güera Rodríguez desde un principio lo miró con gusto, puso en él los ojos con el mayor agrado y don Juan Manuel de Elizalde hizo gran lugar en la estimación y amor de ella, le ganó la gracia y servíala con obsequio. Halló doña María Ignacia, en toda sazón, dulce y agradable acogida en el caballero y ella, a su vez, para él, era también tan dulce y sabrosa que excedía a la miel. La lucida señora se atrajo a sus amores el blando corazón del chileno. Lo privó de seso y de juicio, nada más ella estaba en su pensamiento, en su voluntad y deseo. Todas sus potencias le arrebató con la grandeza de su deleite. Se entregó gustoso don Juan Manuel a la prisión de los ojos que lo habían cautivado.

Pasó a terceras bodas la donairoso y desaprensiva dama, que en vida libre y feliz estuvo mucho tiempo. Dice San Gregorio que «la primera boda es ley; la segunda, la tolerancia; la tercera, la iniquidad; la cuarta...» pero como la Güera no incurrió en cuartas nupcias, no completaré, pues no hay caso, la cita del santo. En perpetuo embeleso vivió don Juan Manuel de Elizalde con la agradable viuda; no miraba sino por los dulces ojos de ella. Estaba el noble varón atento a sus deseos más mínimos para complacérselos con el mayor de los gustos de enamorado. Parece que cada día le iba creciendo más el amor. Una era la voluntad de entrambos, unos los pensamientos, una el alma que en los dos había. Vivían con mucha pasión y gusto. Escribió el Fénix Lope de Vega en *La Cortesía de España*:

*Quien sabe el bien del casamiento
no diga que en la tierra hay gloria alguna,
que la mujer más necia e importuna
la vence el buen estilo y tratamiento.*

Al fin sosegó su vida la Güera Rodríguez. El tiempo al amortiguarle la libídene, se la pacificó, la puso en orden, pues él apacigua el ardor del genio más alborotado. Sus pasiones quedáronse dormidas y estuvieron de reposo sin romper la suave tranquilidad de sus días. Comunicaba paz y quietud. Tenía uno como tedio resignado. Vio como el sabio rey Salomón que todo había sido «vanidad y aflicción de espíritu». Pero los años no le robaron su hermosura, no le araron la frente sus arrugas, ni le despostillaron algunas almenas de su boca, siempre agranada; sus ojos seguían en consonancia con ella, lumbrosos; el cuello no perdió la noble ondulación, conservó la dignidad elegante de una estela de marfil, a pesar de que la vejez es la más artificiosa y sutil ladrona que se puede pensar, está siempre royendo, desmoronando y arañando de continuo todo lo hermoso y de precio.

Su inquietud de antaño quedó puesta en mansa dulzura; quebrantó el brío de su cuerpo afligiéndolo con abstinencias y trabajos que no creyó nunca soportar y que ahora hacía muy gustosa. No pensó más en idílicos holgorios, aunque así como estaba no le hubiera faltado un viejo hermoso, de sus mismos años, que con ella se emparejara o un garrido mozo muy salaz, de los que gustan saborear fruta en sazón y les placen los esplendores del otoño.

Ya no usó la Güera Rodríguez su ingenioso desparpajo. Su natural, que fue tan alegre, se le volvió misántropo. Avisaba las faltas con suavidad y amor. Echó fuertes grillos a sus deseos; sus apetitos estuvieron sujetos con jáquimas y frenos apretados. Aquella gran resistencia suya para todo ejercicio de diversión se le trocó en un paso menudito y lento y todavía así su talle se gallardeaba muy frágil, señalando ciertas curvas osadas, mórbidas aún, que a muchos les ponían el deseo de seguirlas con mano lenta en todo su contorno.

Dejó visitas, dejó paseos, tertulias y saraos y sumióse con indiferencia en la penumbrosa paz del hogar. En él tenía un bienestar reposado. Sólo encaminábase a la Profesa a estar con Dios por medio de la oración. Hallábase ya muy por encima de las cosas de la vida. No echaba de menos nada ni apetecíalo. Tomó con gran fervor el procurador su perfección. Sucede al ímpetu el freno de la templanza. Iba a los locutorios de los conventos, no como antes al chismorreó sabroso, sino a tener santas pláticas con monjas doctas a quienes consultaba dudas y sutiles escrúpulos de conciencia, e iba a los hospitales a llevar su ardida caridad. Ya no se ocupó más que en apacibles cosas de religión. Su voz era lenta y sumisa.

Profesó llena de humildad en la Tercera Orden de San Francisco, cuyo hábito vistió hasta el fin de sus días y la blanca cuerda de los cinco nudos simbólicos ciñó ya su cintura perpetuamente, la que antes apretó el vigor de brazos fuertes. Todas estas cosas no fueron más que los detalles del fondo a los que ella ponía decorosos arreglos para dar gracia y relieve al cuadro de los menesteres de su vida.

Se encontró cierta vez y a la salida de una iglesia, con don Manuel de Agreda y trabaron pacífica conversación y a propósito de algo que salió en ella le dijo el caballero, ya que venía muy a pelo la pregunta:

—¿Cuántos años tiene usted, María Ignacia?

Y ella, mirándolo con penosa tristeza, al mismo tiempo que hacía un mohín desdeñoso, le respondió lacónicamente:

—¡Mire!

Y pasándose entrambas manos a lo largo del cuerpo le mostraba al señor de Agreda el hábito de San Francisco que llevaba. Con lo que muy a las claras le quiso indicar que ya estaba más allá de las tentaciones, pompas y gustos mundanos y que para el caso lo mismo era tener éstos o los otros años, que los floridos y alegres ya pasaron a los que aún no llega el arrepentimiento para vestir sayal penitente.

Su gracejo natural no se extinguía, de tiempo en tiempo le brotaba un pícaro donaire. Se cuenta que cierta ocasión al bajar de su coche se le alzó el vestido y se le vieron las piernas y dijo un boticario frente a cuyo establecimiento se había detenido el carruaje:

—¡Uy, qué piernas de cañafístula! —queriéndole decir con esto que las tenía muy delgadas.

—¡Pero con esta cañafístula no se ha de purgar usted, bellaco!

Claro está y se sobreentiende, que no llamó bellaco, ni mucho menos, al bellaco boticario, sino que le echó un encendido carbón que quemaba junto con un ajo muy redondo.

Un caballerete de esos elegantes y buenos para nada, figuroncillos de sociedad y parásitos inservibles, andaba contando por donde quiera que decía su padre —otro linajudo y tonto figurón—, que la Güera Rodríguez era tan vieja que ya no tenía dientes. Un día se encontró doña María Ignacia con ese vacuo quidam y, sin más ni más, se le prendió en un brazo con una encarnizada mordida. Clavóle los dientes y casi le sacó bocado. El pulido lechuguino, de profesión haragán, dio largo grito de sorpresa y dolor y cuando lo terminó le dijo la Güera blandiendo el índice ante los ojos azorados del pobre mequetrefe:

—Mira, niño sangolotino, dile al corninoble de tu padre, más bien dicho, al trasto viejo que ahora funge como marido de tu señora mamá, que todavía muerdo... Corre a decírselo, precioso.

El zascandil ése, de vida inútil, se quedó turulato ante este encargo, no sabía qué hacer el infeliz papanatas, si ponerse a sudar o a temblar de frío.

Pero estas graciosas salidas de tono que eran el encanto de las gentes que las comentaban y se reían, pocas veces brotaron ya de su boca. Para todo eso la tenía, como se dice, cosida a dos cabos. No se le pudo coger palabra de esas de malicia, de las de dos visos. Hablaba con cuidado y recato. Siempre tenía en su lengua la consideración que debía.

La salud se la empezaron a quebrar continuos achaques. Se cortó el hilo de sus famosas jornadas. Nuestro Señor le atajó los pasos con una parálisis que la privó de todo movimiento. De la cama a su sillón y de éste otra vez a la cama. Estaba en un triste sosiego. Ya no podía andar doña María Ignacia, cuando antes lo hacía con tan graciosa soltura, aun en terreno resbaladizo. Caminaba en otrora con mucha gala y lozanía y llegó a quietud forzosa. Sus dedos, largos, finos, anacarados, ya sin el reluciente adorno de cintillos y sortijas y sin la movable gracia del abanico, sólo pasaban y repasaban las negras cuentas del rosario. Sus miembros hallábanse inmóviles, pero en su cerebro no se cuajó la razón, estaba con la clara luz que siempre tuvo.

Ya únicamente tenía arrobados y embebidos los sentidos en la consolación de sí

misma. Con libros devotos que le enviaban prestados los padres de la Profesa, sus buenos amigos, henchía el alma de consuelos. Con esa constante lectura hacía feliz la adversidad.

Algunas veces su sola diversión mundana consistía en que la acercasen al balcón y tras de los cristales miraba con ojos tranquilos el ir y venir, lento o apresurado, de los transeúntes; el corretear de pilluelos haldraposos; los pordioseros que en inmóvil quietud a entrambos lados de la maciza puerta del templo, con la sarmentosa mano extendida, imploraban, por amor de Dios, un bien de caridad y decían oraciones y jaculatorias con las que agradecían la dávida; contemplaba el paso de los carruajes que hacían vislumbres con sus charoles y barnices y en los cuales iban elegantes personas de su amistad, o miraba a los bien plantados charros, jinetes en fogosos caballos, que se dirigían o tornaban con claros retintines de espuelas, del bullicioso paseo de la Alameda. En contraposición de éstos, veía con verdadera lástima a los pobres indios de amplios calzones blancos, trotando y trotando, inclinados con su agobiante carga a la espalda y a las indias, ligeras y ágiles, enredadas en sus cuéitl a modo de falda ceñida por el bordado chincuate y el busto con sus huipiles de vivos colores; se deleitaba en la contemplación de los numerosos y elegantes caballeros que por ahí discurrían, con sus levitas o fraques ajustados, casi adheridos a las piernas los pantalones con trabilla por debajo de los zapatos alargados de punta cortada, los chalecos de sedas vistosas y la blancura almidonada de los cuellos que llegaban casi a las orejas con sus picos doblados sobre la ancha y negra corbata del dogal de varias vueltas y ésta con su perla o alguna reluciente joya de oro, y lucían sombreros de alta copa; las señoras con ancho miriñaque que ahuecaba ampulosamente la sonante falda de seda, prolija de pliegues, que cubría el sonoro chapín de raso, e iban con mantilla de leves encajes españoles, ya con tápalos de burato, floridos por Ayún o Senqúa, o bien con sombrerillos como cofias rizadas que sobresalían por entrambos lados de la cara, y con el sobrio adorno de flores o listones siempre de tonos suaves, enmarcando así el rostro con su gracia, en las manos con quirotecas, los impertinentes o el abanico de los petifes o de descubre talle, o bien una levísima sombrilla, llevada sólo como gala placentera. Muchas señoras de éstas que sabían bien que estaba tras de los vidrios la Güera, alzaban el brazo para saludarla con rápido movimiento de los dedos a la vez que sonreían para aumentar la cordialidad efusiva del saludo. Todo esto era la vida que pasaba, varia y pintoresca.

O bien ponía largamente aquellos lindos ojos azules en la simplísima fachada de la Profesa como queriendo traspasar con ellos los muros para ver la dorada suntuosidad de sus altares, las preciosas imágenes de su particular devoción: aquella Dolorosa con puñales de plata, el Santo Cristo del Consuelo que tantos y tantos le dio en apretadas horas de angustia, la grácil Purísima de flotante manto que labró su amigo don Manuel Tolsá y en la que puso inefable idealidad.

A veces se sonreía levemente doña María Ignacia porque algo grato cruzó por sus plácidos jardines interiores, Henos de vaga bruma. Entrecerraba los ojos, oyendo la voz sonora y larga de las dulces campanas filipenses. Con sus sonidos se mecían recuerdos. En los amaneceres entraba hasta su alcoba de enferma su tañido, acompasado y claro: después, en el decurso de la mañana, las continuas, afanosas llamadas a misa; tintineaba varias veces una campanita, ligera y fina, que reglaba las horas de los frailes; por las tardes los toques rítmicos, espaciados, para los trisagios, para las novenas, para el ejercicio del santo rosario, y en la hora lenta e inefable del crepúsculo, la límpida querella del Ángelus que se extendía por el cielo pacífico de dorada lumbre y uníase al coro de las demás campanas de las múltiples iglesias que hacían melódica a toda la ciudad y como que idealmente la levantaban al cielo en alas de aquella música numerosa que iba traspasando el alma. En seguida el toque de ánimas, clamoroso y punzante; la queda después, que acrecentaba más el sosiego para que México se pusiera a dormir muy en calma. En los días de fiesta se llenaba toda la casa con el exaltado gozo de los repiques.

La Güera Rodríguez se arrojó a Dios y fiaba de él. Toda ella se puso en sus manos. La voluntad divina es regla de la humana. Ella sentía que a grandes pasos veníase acercando la muerte y la esperaba con tranquilo sosiego, en serena paz, sin temores ni sobresaltos miedosos. Su resignación le daba gran quietud de espíritu. Ya estaba del todo apartada del tumulto de la vida para oír sólo las voces hondas de su mundo interior.

De pronto se le encendió una gran calentura que la derribó totalmente en la cama. Tuvo luego lesión de algún órgano esencial y la enfermedad le apretó gravísimamente. Estaba doña María Ignacia marchita y sin color. En los labios de antaño, no hay claveles hogaño. Cuando en la agonía iba ya pasando por los umbrales de la muerte, abrió en pasmo sus grandes ojos azules al ver junto a su lecho a su hija María Antonia, la única que le quedaba en esa fecha, pues las otras dos, María Josefa y María de la Paz, que con aquélla formaban las Tres Gracias, ya habían muerto, y pensó haber llegado al cielo por la gran misericordia de Dios, pues creyó que era un ángel, por lo hermosa que estaba, trasunto fiel de lo que fue ella en los esplendores de su vida. Reconoció al fin la estancia y bajó blandamente los párpados, y llevó con ánimo generoso el trago de la muerte cercana. Pagó el cuerpo gentil la deuda humana.

*Todo pasó como nave
sobre las ondas del mar
sin camino.*

Su deceso fue en su casa morada, el número 6 de la 3.^a calle de San Francisco el año de 1850, el día primero del mes de noviembre, fecha que consagra la Iglesia a la festividad de Todos los Santos, Cumplió los setenta y un años, once meses más diez

días, de su edad, nació el 20 de noviembre y año de 1778.

Su partida de defunción es ésta:

D^a M^a Ignacia Rodríguez de Velasco.
Cas^a. 71 años.

Paralítica.

“1850-2220.—En primero de noviembre de mil ochocientos cincuenta hechas las exequias en la Iglesia del Tercer Orden de San Francisco, se le dio Sep^a Ecce, en la misma, al cadáver de D^a María Ignacia Rodríguez de Velasco, casada que fue en terceras nupcias con el Sor. Lic. Don Juan Manuel Ilizalde, recibió los Santos Sacramentos y murió, hoy, 3^a Ce. de S. Francisco núm^o 60.

*Dr. José Ma. Díez
de Sollano
rúbrica.*

Fue doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, más conocida por la Güera Rodríguez, muy hermosa, de deslumbrante presencia. Mostró una humanidad virtuosa y pecadora, espiritual y carnal, apasionada y arrepentida, pero, en todo caso, lo suficientemente caracterizada para dejar una huella profunda en el tiempo y mantener latente, como viva, su personalidad. Vivió su vida, como dice el tópico moderno. Murió «de dolencia natural y muerte pacífica y sosegada, vio cosas adversas y contrarias, pero fue bienaventurada porque nunca sintió adversidad de la fortuna».

El dolor le atravesó el corazón a don Juan Manuel de Elizalde. Hizo mil ansias y mil lástimas, mil extremos de sentimiento, cuando a su mujer la tomó por suya la muerte. El alma hervíale de congoja. Enfrenó para siempre la alegría, y sus ojos se vieron hechos dos fuentes. El fino rosicler del rostro de doña María Ignacia se trocó en amarilla palidez, en rígida quietud aquellos ágiles y donairosos movimientos.

Entre sollozos se preguntaba a sí mismo el triste caballero al mirar el cuerpo muerto: «¿Éstos son aquellos ojos azules y rasgados? ¿Éstas las facciones tan alabadas? ¿Dónde están los cabellos rubios que al oro de Arabia oscurecían? ¿Éstas son las manos blancas, curadas y enguantadas? ¿Dónde se ha escondido el buen talle, el buen donaire?». Y la muerte contestaba a sus preguntas mojadas en lágrimas con la muda afirmación de aquel rígido cadáver.

Le dieron tierra a su cuerpo vestido con su hábito café, en la iglesia de Tercer Orden de San Francisco. Acudieron al mortuorio de doña María Ignacia no sólo las personas más alcurniadas y las de mayor riqueza en la ciudad, sino un sinfín de gente popular entre la que ella tenía grande, firme admiración, pues entre los menesterosos repartía muchas ayudas y consuelos. No eran solamente éstos en dinero, sino que con su palabra halagadora daba descanso y alivio a la pena. Les hacía mucha caridad. Levantó a bastantes hombres honrados que cayeron en la miseria. Por eso asistió gran

aglomeración a su entierro en el que se honró con fúnebre pompa a su cuerpo. Todos le deseaban gloria y eterno descanso. Yo también digo ahora: *Requiescat in pace*. Amén.

Don Juan Manuel de Elizalde, «de mucha religiosidad y honradez», como lo califica la misma Güera en su testamento, tenía más y más afligida y acongojada el alma. Su dolor lo sacó de paciencia y lo puso en grandísima desesperación, pero su frenesí no recurrió ni a veneno ni a pistola para irse pronto por el camino de la muerte en seguimiento del bien perdido. Vivió. Que un amor, hasta el más sabroso, es dignísimo de ser vivido hasta el fin. El hombre puede ser más generoso que su destino.

Volvió don Juan Manuel de Elizalde todo el pensamiento a considerar en lo que viene a parar la hermosura Todo pasa y se va como agua de río Transido de desilusión sufrió el mismo desengaño que el marqués de Lombay, San Francisco de Borja en los altares de la cristiandad, ante el cadáver putrefacto de la emperatriz doña Isabel de Portugal. Un rayo de luz se extendió por toda su alma, absorta, escéptica y fina. Ya no más amor que se pueda morir, dijo como el santo, y enjugó los ojos que lloraron inconsolables, sintiendo un gran bien que le endulzoraba lo agrio del padecer. La tribulación se volvió gloria.

Una mañana tranquilo, sosegado, muy paso a paso, se dirigió al Oratorio de San Felipe Neri y pidió lleno de suave humildad, un hábito de filipense. De los oratorianos era muy amigo el señor de Elizalde. Con esa comunidad fue largo con mercedes. Le hizo muchos y continuos dones con mano franca y liberal. Fue, andando el tiempo, un fraile excelente lleno de unción, virtud y letras divinas. Murió anciano de ochenta años, el 13 de diciembre de 1876.

En el *Ensayo poético, literario, teológico dogmático* del doctor Javier Aguilar de Bustamante, se lee en la parte que intitula *Gobernadores*: «Pocos ha habido como el señor licenciado Elizalde, hoy eclesiástico de la Profesa, el ex Conde de la Cortina, ex Marqués de Salinas y don Miguel Azcárate, de honradez proverbial, cuyas buenas disposiciones no han sido auxiliadas como debieran».

A una de las imágenes de la Virgen que estaban en la Iglesia de la Casa Profesa, le regaló don Juan Manuel Elizalde, para ataviar su hermosura, la espléndida suntuosidad de las joyas de su difunta esposa, doña María Ignacia, la mentadísima Güera. Sobre el pecho de esa imagen se desbordaba una límpida catarata de diamantes y en sus dedos saltaban las multicolores luces de las sortijas. Con tesón ejemplar se puso don Juan Manuel a los estudios y pronto se ordenó de sacerdote y en el convento fue un verdadero humilde, que siempre se reputó y estimó en menos que ninguna otra criatura. Fue apacible y suave, blando a todos, sólo áspero y riguroso para consigo. Se le apartó el alma del cuerpo para ir a vivir con Dios, lo dije antes, viejo ya de ochenta años.

Jornada sexta

SE JUNTÓ LLAMA CON FLAMA

A parte de estos tres amores lícitos, bien bendecidos por nuestra santa madre la Iglesia, Católica, Apostólica y Romana, tuvo doña María Ignacia Rodríguez de Velasco otros casamientos en los que no terció Dios. Galantes devaneos que le pedía su alma, siempre con sed de amor. En todo tiempo tuvo esa loca apetencia, pues los años no lograron nunca abatirle los bríos, ni tampoco rendirle la apostura. Por eso cobró nombre famoso y de estruendo, pero se le han perdonado, alegremente, sus enredos, por el mundo de color que creó en la vida apacible de la ciudad, de ritmo pausado y monótono. Yerro por amor, dignos son de perdón.

Llegó Simón Bolívar a México con buenas cartas comendatorias para el oidor don Guillermo de Aguirre y Viana, a quien aposentaba en su caserón, vasto y claro, de la calle de las Damas, la marquesa de Uluapa, la entonada y seria doña María Josefa, hermana de la fascinadora Güera Rodríguez. El mozo era de elegante gallardía y apenas le sombreaba el labio una rubia esperanza de bigote. Sus dieciséis años tenían muy suelta gracia, lozanía, atracción y desenfado de muchacho inteligente. Ágil de palabra y pronto en las respuestas. También así de ágiles eran sus movimientos. Vestía el uniforme de teniente de las Milicias de Aragua, cuyo grado tenía a pesar de su juventud, y con esa ropa bien entallada, con discretos azules y dorados, adquiría más elegante prestancia su figura airoso, siempre con actitudes gallardas. Parecía un San Jorge juvenil.

La simpatía de este apuesto mozalbete, se llevaba la gente tras de sí con fuerza gustosa. Vio a la inflamatoria Güera y con el ¡zas! de su belleza le dejó aturcidos los sentidos. Se repuso pronto y sin más ni más doña María Ignacia le dirigió los fuegos, lanzándole una mirada promisorio, que no era sino buena solicitadora de sus deseos incontenibles a los que con ese ojeo les quería soltar la trailla. El tuvo inmediata afición de llegarse a ella y se le acercó con natural propensión de muchacho rijoso, con lo que fue bastante para que la dama lo sacara de seso con sus sonsacadores y múltiples encantos y ya ambos siguieron su natural inclinación y pasiones. En la carne y en el espíritu fueron conjuntísimos. Ya no era el fuego y la fácil estopa de que habla el refrán, sino llama y flama que unieron sus lumbres.

Simón Bolívar o el Caraqueñito, como cariñosamente lo llamaba en México todo el mundo, y que más tarde sería por antonomasia el Libertador, en vez de andar callejeando por la ciudad con el mansueto oidor Aguirre y Viana, prefería salir con la resplandeciente Güera por esas rúas desviadas y solitarias, con hierba en las junturas de las piedras de su pavimento desigual, que es como un florecer del olvido; calles

formadas por largos tapiales musgosos de huertas y paredones traseros de las casas nobiliarias y en los que se remansa una paz aldeana.

Entre este sosiego y este abandono, su presencia no daba motivo para revolver la curiosidad. Prefería Simón Bolívar la palabra ágil, liviana de la Güera Rodríguez, haciéndole pintorescas descripciones un tanto absurdas, de lo que veían, a la pausada y sabia del señor oidor don Guillermo de Aguirre, siempre tan reverente y cargado con el solemne peso de cosas graves, eruditas y, por lo mismo, aburridas. Cuando la mano breve y delicada de ella, señalaba algo, parecía que lo que indicaba volvía al punto más hermoso, alegre y exquisito, y si el índice del grave y parsimonioso señor de Aguirre y Viana le apuntaba la misma cosa, antojábasele eso tosco, pesado, carente de gracia y finura. Pero, a pesar de esto, gustaba Bolívar con más goce quedarse con la gentilísima señora para pasar las horas en el descuido de un fácil entretenimiento.

El virrey don José Miguel de Azanza gustaba mucho de conversar con el desenvuelto Bolívar; recibía placer oyéndolo discurrir, siempre con amenidad y soltura, sobre todas las cosas. Convidaba al desparpajado Caraqueñito a pasear en su ligero quitrín, lo invitaba a su tertulia, sentábalo complacido a su mesa y no se cansaba nunca de su presencia, y menos aun de su charla ingeniosa, pues era Simón Bolívar afable y gustoso en sus palabras, iluminadas siempre por su mirar risueño, aclarado de alegría.

Pero una tarde en Palacio resbaló lo ameno de la conversación a cosas de la política y ¡qué ideas terribles fueron entonces las que Bolívar sacó a relucir de modo brillante! ¡Con qué habilidad y talento las desarrollaba ante los ojos asombrados, atónitos, de los pacatos tertulios! Criticó el régimen de gobierno; los enormes gravámenes que se imponían para llevarse ese dineral a la Corte, no para emplearlo en nada útil para el pueblo, sino para derrocharlo en fiestas y en cosas baladíes y tirarlo a manos llenas; los justos derechos de la independencia de América, de la libertad de pensamiento y otros temas vedados no sólo para decirse en público, pero ni en voz baja y tras el alto embozo de las capas y ni siquiera pensarlos a solas.

Nadie en la ciudad se atrevía a comunicarse esas ideas si por acaso las tenían, pues en ese México feliz no podíase discutir nada; aquí los vasallos del monarca, habían nacido sólo para callar y obedecer, no para discutir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno, como bien claro lo había expresado así el afrancesado y siempre furibundo virrey don Carlos Francisco de Croix.

Bolívar seguía dando su parecer y con desaprensiva despreocupación, pero don Miguel de Azanza echó con habilidad la plática por otro apacible sendero y quedóse horrorizado de que así pensara su joven amigo el Caraqueñito. «Va este muchacho — se decía con dolor a sí mismo—, por caminos muy extraviados y malos, pues, ¿qué es eso de la independencia de América? ¡Vamos, que no está en sus cabales, no puede

estarlo ese mozo de espíritu tan fino y tan ágil!»

Pero a la tarde siguiente y ante las muchas personas que acudían a la tertulia en una antecámara del Real Palacio, la conversación llevada con inconsciente timidez por alguien, volvió a caer en el sucio hondón de la política de Carlos IV. No le importó a Simón Bolívar ni mucho ni poco la entonada presencia del virrey Azanza, sino de nuevo, con el fácil desenfado de sus años mozos, puso todo su entusiasmo en alabar y justificar la conspiración que hacía poco tiempo se descubrió en Caracas y volvió a defender con más ardoroso fervor los justos anhelos de la independencia americana; elogió a los hermanos Ávila por su deseo de separar a la Nueva España de la Corona, y dijo después muy lindas cosas del bonachón Carlos IV, quien ocupaba lugar muy prominente entre los más esclarecidos y mansos cornúpetas.

Todos los apacibles tertulios estaban sin alma, pasmados de la audacia y valor del Caraqueñito. Tenían helado el corazón. Se miraban los unos a los otros con asombro, removiéndose en los asientos de damasco. Los dedos tremuletos no podían coger las jícaras de chocolate, ni siquiera partir los frágiles pasteles, ni los encanelados rosquetitos. Para disimular la turbación se llevaban a los labios la copa con agua nevada o ya con clarea o rosoli y el fino cristal se entrechocaba en los dientes por el temblor que le comunicaban las manos; algunos señores, con dedos agitados, extraían de sus lindas tabaqueras pulgaradas de rapé que con avidez llevábanse a las narices y casi ni sabían el lugar donde éstas estaban; poníanse algunos a oler la canilla de su barrilito de ámbar y los más, con los finos pañizuelos, se enjugaban ya el sudor que perlábales la frente o dábanse aire con él porque tenían acaloro en el rostro que se les ponía lívido. Había toses discretas y discretos cuchicheos.

Bolívar continuaba hablando con exaltación ardorosa. El virrey don Miguel Azanza con mucha gentileza le cortó la palabra. Se disolvió en el acto la tertulia y todos los angustiados señores se fueron a sus casas, llevando muy alterados los pulsos. No podían concebir cómo ese mozo tenía esas terribles solturas de lengua.

El Virrey detuvo al manso y asustado oidor, don Guillermo de Aguirre y Viana, sin hacer aspavientos, pero arqueando las cejas, clara e inequívoca señal del enfado muy quemante que le andaba por dentro, y dijo a Su Señoría que cuanto antes despachara para Veracruz, él sabría cómo, a ese inquieto mancebo de quien ya se habían dado cuenta que era harto peligroso, y, sobre todo, era arriesgado que permaneciera más tiempo en la ciudad por la que pronto, sin duda alguna, se pondría a desparramar sus malas y dañinas ideas, que al soltarlas allá en la Metrópolis de fijo que lo echarían a la cárcel o fuera del reino como era merecedor, si andaba con esas fantasías de iluso, porque era indiscutible la política sabia y benévola del buen rey don Carlos IV, a quien Dios guardara y prosperara por muchos años.

Cuando esto supo la Güera Rodríguez reía y reía interminablemente de sólo imaginarse las aflicciones, sudores, congojas, temblorinas y espantosos asombros por

los que pasaron los tertulianos de Azanza, a quienes bien conocía, gentes tímidas, indecisas, encogidas. Se burlaba con mucha risa de esos timoratos señores y también le retozaban mil carcajadas al pensar en el circunspecto y pacato don Guillermo de Aguirre y Viana. Igualmente Bolívar daba en lo risueño demostraciones de gozo. Le reventaban los ojos de alegría. Contó, además, la Güera con el saladísimo donaire que acostumbraba, algunas historias e historietas de esos entonados señores cuyas faltas andaban de mano en mano por cantones y estrados.

El oidor Aguirre y Viana, muy espantado, indicó el fogoso Simón Bolívar, con los más suaves y largos circunloquios que encontró, que ya era tiempo de que dejara México y se fuese a tomar el navío a Veracruz, porque según fieles noticias, el *San Ildefonso*, el barco en que llegó a estas playas, iba a anticipar la partida, levando anclas en unos cuantos días y que sólo yéndose en seguida podría alcanzarlo, pues ya en las semanas en que había estado en México había visto lo que encerraba esta ciudad de más hermoso y principal.

Bolívar, como que no era torpe, entendió al punto que había vehementes deseos de que se fuese y que por eso era la premura grande con la que lo acuciaba su huésped el Oidor. Comprendió bien que echábanlo del país, aunque con dulce amabilidad cortesana. Ya no fue a ver a nadie y se marchó de México el gallardo mancebo como vino, sonriente y afable. Quedó la Güera en perpetua memoria de él. Tuvo presente las cosas con las cuales ambos a dos se deleitaron. A lo largo de sus años siempre estuvo embebida y regalada con este pensamiento agradable. Tenía fijos y firmes en el espíritu los hechos y palabras del apuesto Caraqueñito. Le quedó memoria de la que no se acaba. Dejóle Bolívar plantados en el fondo del corazón buenos, deliciosos recuerdos, que le estuvieron floreciendo toda la vida aromándosela delicadamente. Recordar es volver a vivir.

Jornada séptima

HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE

Tuvo la Güera Rodríguez a pesar de estas remembranzas que como una miel le endulzoraban el pensamiento, tuvo amenas trapisondas con don José Mariano Beristáin de Sousa, que ejercía de canónigo en la Santa Iglesia Metropolitana y hasta llegó a ser su deán. Los nombres y apellidos del canónigo papelero, eran José Mariano Beristáin, Martín de Sousa y Fernández de Lara, pero nadie, claro está, lo cita con esta larga cáfila de apelativos, sino se le nombra solamente Beristáin, o, cuando más, Mariano de Beristáin y Sousa como se pone con su título de Doctor, en la portada de su magnífica *Biblioteca Hispano Americana Septentrional, o Catálogo y Noticias de los Literatos que o nacidos, o educados, o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa.*

La Güera llevó a vivir a su casa al señor canónigo dizque para que trabajara con sosegada calma en aquellas largas listas que hacía de escritores mexicanos y de la América septentrional, seguidos de la pormenorizada enumeración de las obras que compusieron, a veces un solo folleto o libro y en ocasiones una extensa ringlera. Para enlistar esos trabajos movía Beristáin un sin fin de papeles polvorientos y de volúmenes en donde se les mencionaba. Leía insaciablemente mucho de lo que produjeron esos escritores, para emitir un juicio certero y no sólo se echaba a pechos sus libros sino hasta los manuscritos que dejaron sin que fueran a las imprentas.

¿Cómo para hacer este dilatado y pacienzudo trabajo iba a tener Beristáin de Sousa más sosiego y tranquilidad en la casa de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco que en la suya propia —esquina que hacían las calles de Tacuba con las de Santo Domingo—, en donde no habitaba más que él con criados meticulosos que no alzaban el menor ruido, y estaba, por lo mismo, llena de paz y de hondo silencio en el que se metía la voz de cristal de una fuente?

¿Qué, acaso, para trabajar a gusto, trasladó a la residencia de la gentil Rodríguez gran parte de su biblioteca, o, al menos, los numerosos cuerpos de libros para no suspender su acuciosa, larga y meritísima labor? ¡No, por Dios, en qué cabeza cabe el hacer esta suposición tonta! Allí trabajaba, contento, contentísimo, y bien, en otras cosas muy distintas en las que eficazmente le ayudaba con su fuego la incomparable y linda señora.

¿Pero en bibliografía? ¡Ca! ¡Bueno estaba él para hacer en esa casa biografías y bibliografías! No perdía el tiempo don José Mariano en la calmosa aburrición de esas arideces, la aprovechaba placenteramente en cosas de más enjundia y entidad Era de

buena data el señor Beristáin. Sabía bien encomendar sus fines y conveniencias. Sacaba de todo provecho y utilidad.

La Güera Rodríguez no hacía sino el gusto de Beristáin y Sousa con puntualidad y agrado. Tenía con el señor Canónigo perdidos los sentidos, de suerte que no veía más que por los ojos del orondo capitular, no gustaba sino de aquello que a él le daba gusto, no pía sino por sus oídos, ni hablaba sino por su boca, ni sentía contra lo que él pudiera sentir. Estaba en un puro embelesamiento que hacía salir de sí. ¡Vaya un juntamiento infeliz que hizo, cuando tenía ojos excelentes para acotar lo mejor del campo!

En verdad no sé que le contempló la Güera a ese presumido señor lleno de sonora, hinchada y vacua ampulosidad de hojarasca. ¿Tal vez su vasto saber? ¿Su fachendoso estilo de predicar, acaso? Es posible que Beristáin de Sousa tuviera secreta alguna gracia muy particular que no se manifestaba a la vista; algo opulento que la satisfacía más, mucho más, que su larga erudición libresca, que a la Güera no le interesaba ni mucho ni poco. No era, ¡quién!, de buen parecer Su Señoría el vanidoso Beristáin: era el hombre feo de estampa, achaparrado, regordetillo, pero, en cambio, una linda cosa debería de esconder muy del íntimo gusto de la señora para tenerla a su voluntad. Tendría, como se suele decir, una cajita de música.

Es por demás tonto, cosa de necios, el querer descubrir las razones del corazón, preferencias, gustos del instinto, o alguna otra causa, aun las más vulgares y prosaicas necesidades de la vida, que hacen entregarse a las mujeres que en ocasiones caen en brazos de quienes menos las merecen. «Precisamente, es señal del amor la agudeza con que el instinto femenino ve cualidades capaces de rendirse allí donde nosotros no vemos más que la vulgaridad.»

Este hombre finchado, redundante y salaz, se adormitaba con placidez en el coro catedralicio, oyendo el vago arrullo del canto o de los gangueados rezos de los otros señores capitulares sus conmlitones, que no perturbábanle el grato soporcillo de su digestión que elaboraba con tarda lentitud; pero en las siestas con la Güera, a pesar de la abundante suculencia de los guisados de la comida y de los vinos y licores de los más rancios viñedos españoles, que si encienden de pronto el espíritu, luego aduermen con suave somnolencia, a pesar de esto y del calor de la tarde, se mantenía despierto y ágil, vivos sus ojos le relumbraban saltarines de puro gusto.

En el anchuroso templo de la Casa Profesa, un atardecer ya rebosante de noche, sólo el fulgor de una que otra vela de promesa y de alguna lamparilla veladora delante de una imagen, ponían su amarillo trémulo en la vasta oscuridad. La llamita de estas lámparas veladoras se debatía temblorosa entre aquella sombra fragante a incienso y a rosas. En esto acertó a pasar por una nave el prepósito don Matías Monteagudo y por un rincón en el que se amontonaba más la tiniebla, no sé qué oyó, no sé qué vio el bueno del filipense, pues parece que tenía ojos como los de la

lechuza para los que la oscuridad es luz que los alumbran, o que sus oídos eran los de un tísico que dicen que están tan afinados que perciben claramente el leve volinar de una mosca lejana. El caso es que con lo que oyó y miró dijo el inevitable: «¿Quién anda por ahí?». Y sin contestar a la pregunta salieron de lo oscuro dos cuerpos rapidísimos como impelidos por un fuerte resorte que se distiende, y sobre de ellos cayó de pronto la claridad trémula de una lamparilla votiva y vio azorado el Prepósito quiénes eran los que se ocultaban en aquel impropio refugio.

Se embraveció don Matías con un gran coraje, que no era para menos, y dijo a los fugitivos unas palabras duras y exactas y los dos salieron de estampía, corriendo más veloces que disparada saeta, por la ancha puerta que caía hacia San José el Real.

Las frases abrasadas por el fuego de la ira cruzaron el aire como piedras zumbadoras y todas iban a rebotar en las robustas espaldas de don José Mariano y junto con ellas le cayó también en los lomos una chinela con gran hebilla dorada del furibundo prepósito que se la lanzó impulsado por el enojo. ¿Para qué ir a platicar en la incomodidad de la iglesia, si tenían para eso la muy tranquila soledad de la casa en la que siempre estaban con rostro halagüeño como si trataran de cosas naturales y fáciles? Tal vez don José Jerónimo, el marido de la Güera, no los dejó con su enfadosa presencia estar solos, y por eso se fueron a refugiar en la Profesa, frontera a su casa, para proseguir conversaciones interesantes.

Este don José Jerónimo, que no tenía espesa venda en los ojos, vio con gravedad sombría aquellas locas travesuras con las que su doña María Ignacia quebrantaba la fe conyugal, las que saboreaba con deleitosa fruición la ciudad entera, comentando de mil maneras mordaces sus hechos pecaminosos. Traía don José Jerónimo un constante fruncimiento de cejas, su rostro parecía más alargado con imborrables sombras de preocupación, indicio claro que el recelo andaba socavándole y minándole el espíritu. ¿Recelos, desconfianzas, sospechas? Evidencias clarísimas que como un clavo le traían atravesado el corazón. No había que aclarar engaño, ni descubrir la verdad, a tiro de escopeta se echaba de ver claramente lo que había y el que no lo viera o era un tonto de capirote o ciego de nacimiento. Ciego es el que no ve por tela de cedazo.

Ya no pudo aguantar más el buen señor López de Peralta y en un largo y circunstanciado escrito pidió la separación conyugal dando las razones por las que la solicitaba y ninguna de ellas era grano de arroz. Ella se encantó con esa inquebrantable y buena determinación de su celoso marido que más oportuna y excelente no podía ser, pues ansiaba romper la coyunda que la tenía unida a don José Jerónimo, para, ya libre, no tener vanos escrúpulos que le detuviesen sus deseos a fin de no hacer traición al matrimonio y que la gente no le siguiera clavando los filos de la lengua, pues a ella, como a blanco, enderezaba la murmuración sus flechas. Se hizo objeto de los juicios y lenguas del público. ¿Y no había razón? Claro que no la había.

¿Por qué? Además, hubiera motivo evidente o no lo hubiera para que hablasen bien o hablasen mal, a ella le importaban esos dichos menos que un comino o un pelillo de la ropa.

Pero los celos y enojo de don José Jerónimo, subieron muy de punto, andaba con gesto torcido y airado, y sin ninguna consideración y decencia le decía a la Güera no sólo palabras mayores, baldones y ultrajes, sino que cobardemente llegaba a las manos y le ponía furibundas golpizas. Muchas veces la hirió con ellas el infame. La afrentaba con bofetadas a las que añadía denuestos y largas solturas de lengua. Cada vez le aumentaba durezas a durezas. Sufría la Güera cosas indignas de imaginar. Poníala don José Jerónimo como a las hijas del Cid.

Se formó un alto mamotreto de papel sellado que asusta por el revuelto laberinto de tanto y tanto trámite confuso, por tantísimas firmas garabateadas y tantísimos textos de juristas famosos que los señores abogados, de una y otra parte, citaron a porfía para asegurar mejor sus razones, a fin de que apoyasen en ellas con mayor firmeza sus recios y selectos argumentos jurídicos. Sobre todo hay en estos folios las declaraciones de los testigos que son todo un poema; vieron ellos cosas y aun cosazas con las que no se dudaba que había mucho temperamento en aquella brillante doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, apodada la Güera Rodríguez.

Allí está la terminante acusación del pobrecito Caballero Calatravo, maestrante de Ronda y Subdelegado por Su Majestad del pueblo de Tacuba, contra su esposa por «sacrílegos adulterinos excesos que con el más lamentable abandono de su conciencia y honra había cometido»; allí se lee cómo bien custodiada por alabarderos y con su señor padre, don Antonio Rodríguez, el rezandero regidor, que le daba consoladora compañía, la fueron a poner en seguro depósito, que no lo fue tanto, en la Real Casa de Moneda en que vivía su tío don Luis Osorio Barba, que era su «fiel administrador»; allí se encuentra la airada denuncia de don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, caballero de Ronda, etcétera, etcétera, etcétera, de que a ese lugar iban a visitar a su mujer el conde de Contramina, el canónigo Beristáin y Sousa y... otra vez, etcétera, etcétera, etcétera, precisamente las mismas personas que ocasionaron la demanda de divorcio y con las que no guardó la Güera el debido decoro en su matrimonio, y que salía los más de los días, las más de las noches, a quién sabe qué negocios y afanes, por lo que el bueno de don José Jerónimo estaba lleno de «inquietudes», «nacidas del irregular manejo que su mujer tiene en esa casa» en la cual «en trajes escandalosos e indecentes recibe obsequios de sus amantes, llevándola para divertirla a los cantores italianos»; allí está la urgente petición por su abogado de que cuanto antes se la saque de ese sitio, inseguro, y la lleven a «algún colegio o convento con la prevención terminante de que nadie, de ninguna manera, la comunique sino su procurador y abogado y eso en casos muy precisos, imponiéndole en el de contravención excomunión mayor *ipso facto*

incurranda» y también pretendía el sandio marido que se amenazara con esta terrible pena a los de la casa a que la llevaran si la dejaban salir siquiera a la puerta o tener visiteo de personas civiles o de personas eclesiásticas. Allí le apretaba el zapato al tontucio caballero calatravo.

Se encuentra en ese legajo el acuerdo que se tomó de sacarla de la Real Casa de Moneda en que estaba al cuidado, o más bien, al descuido del desaprensivo señor su tío, quien siempre le reía sus gracias interminables, y llevarla al Colegio de Belén; están los salados donaires que decía la Güera en todas las audiencias, finos, chispeantes de ironía; las cosas con mucho lamento que alegaba pacíficamente el bonachón don José Jerónimo, pero una vez salió de su congoja, suspirante, ¡nunca lo hiciera!, porque la ira y el despecho le arrebataron el alma y le dijo a doña María Ignacia. ¡Jesús!, un epíteto justo que a ella, claro está, no le pareció nada adecuado y sí soez, y en el acto ocurrió la catástrofe, encalabrinándose se lo refutó contundentemente con una recísima y sonora bofetada que lo dejó callado, sin nada que replicar, sumido en su recogida humildad. Aunque manos blancas no ofenden, le dejaron muy encendido el lugar donde se la sonaron gentilmente y salió después a repercutir en los comentarios que andaban regocijados por toda la ciudad.

Forman ese voluminoso mamotreto, de no sé cuantos cientos de folios, primeramente unas cartas que son una gloria por lo que dicen y para que estén agregadas al toca se comprenderá bien que no se cuenta en ellas del estado bueno o malo del tiempo, ni desabridas insulsececes sociales. Hay después de estas misivas once cuadernos de muchas hojas que contienen: la causa del divorcio y petición de que lo conceda la autoridad eclesiástica; variados incidentes del pleito como acusaciones, solicitudes, «informes reservados sobre los sucesos ocurridos en el matrimonio» de la Güera y el noble Maestrante de Ronda y sobre la «conducta de ambos» en el que hay culpas reiteradas, fáciles de adivinar cuales son, dados los ímpetus de la señora Rodríguez; la instancia que dirige el ofendido al virrey Iturrigaray y que más adelante reproduzco íntegra; la solicitud lacrimosa del infeliz para que se le alce el arresto a que lo condenaron porque su esposa se querelló «diciendo que intentó matarla», cuando, en realidad, no quiso sino darle un simple susto, pues la pistola con que le disparó no tenía balas, únicamente pólvora y tacos de sebo, nada perjudiciales fuera de que ensucian un poco donde caen y ni siquiera al tirar del gatillo dio chispa, no sonó el disparo con el que le quería hacer temblar las carnes de espanto. ¡Buena era aquella para que eso le causara miedo o sobresalto! Ya se leerá después, en la Jornada Octava que rotulo «Más claro que el agua clara», este ridículo y risible incidente en el que el alguacil resultó alguacilado. Otro cuaderno de esos contiene las precisas condiciones que don José Jerónimo imponía para unirse de nuevo a la Güera Rodríguez y que ya todo quedara en santa paz de Dios, y como se dice, aquí no ha pasado nada.

Estos papeles son relativos al señor capitán de Milicias Providenciales, don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, maestrante de Ronda, caballero calatravo y Subdelegado de Tacuba, por designación especial del Rey, pero diez piezas más «componen el expediente de doña María Ignacia Rodríguez, contra su esposo». Éstas son: la sumaria que se abrió porque «intentó matarla su marido» y ya dije que no disparó la pistola, que se le cebó el tiro, y, que a pesar de esto, fue a dar el pobre señor, cosa chistosísima, con sus nobles huesos a la cárcel y que aquí salió verdad el adagio que dice que después de cornudo apaleado, ah, pero recuerdo ahora que no dije esto, sino que el alguacil resultó alguacilado. Esta flaca memoria mía...

Hay un cuaderno con las declaraciones de una criada; la solicitud para que se le devuelvan a doña María Ignacia sus hijos de que la habían separado sin razón; un largo escrito en que «pone acusación en forma a su marido» y otro «en que pide la protección superior para entablar en el Cabildo Eclesiástico la recusación del Provisor»; una carta en que expone la indignada queja de que su esposo anda esparciendo la falsa especie de que está embarazada; hay un «recurso de dicha señora para que se reconociese por facultativos» a fin de saber si era verdad o mentira que se hallaba encinta; otro, para que «su esposo le contribuya con alimentos y pague litis expensas o se le ayude por pobre»; otro, recusando al señor auditor, y «se nombra por su acompañado al señor oidor Obejero». Se asientan «familiaridades de tal género con este y con el otro sujeto, que tienen buen lugar como declaraciones en el proceso que se formó, pero que no pueden estamparse decorosamente en una historia».

Hay otros muchos papeles más de letra ya desteñida por el paso del tiempo y que ya no me quise desojar leyéndolos y que, junto con los anteriores que he enlistado, forman la textura del grueso tomazo de muchos cientos de folios en que está este pleito de divorcio que tanto dio que hablar y reír en toda la ciudad de México y sus contornos.

Pero la que sentenció este escandaloso asunto, lleno de incidentes graciosos, que eran sabrosa comidilla en los estrados, reboticas y en las tertulias del Parián y en las de las alacenas del portal de Mercaderes y de Agustinos, fue la señora Muerte. El tiempo resuelve mejor las cosas que los hombres. Se envió a Querétaro con su regimiento a don José Jerónimo, como queda ya dicho en páginas atrás. Desazonado con los disgustos le vino un mal en el hígado y esto atrajo otras dolencias que se le juntaron tenaces fatigándole la salud lastimosamente, y a poco, le hicieron rendir la vida, con lo que ya la separación con doña María Ignacia fue definitiva.

Él no dejó un solo día de quererla, así fuese pesada o liviana. A los seis años de casados la acusó de que lo engañaba amorosamente con un doctor Ceret, apodado El Pelón, y por esto pidió al virrey Marquina que encarcelara a ese sujeto que lo ofendía. Él no era hombre para salir en defensa de su honor. Al enterarse de las infidelidades

de su mujer llenábase de rabia insana, golpeaba los muebles con frenesí, daba desaforados gritos, con lo que parecía persona salida de razón, lloraba desconsoladamente, con una gran congoja, como niño que pierde su mejor juguete. Pero ya no pudo más con el peso de aquellos aditamentos frontales que ella parece que se complacía en adornárselos y retorcérselos más, y lo obligaron sus parientes que acabara con sus trabajos descasándose.

Él, de por sí, hubiese seguido muy contento al lado de ella, nada más para verla de cerca, oír la argentina delicia de su voz y embriagarse con los olores que emanaban de su cuerpo cimbrante, pero sus dignos allegados con fuerza lo compelieron, muy a su pesar, a que renegase de su matrimonio. Ellos fueron los que hicieron el divorcio. Él estaba dispuesto a llevar las pesadumbres de su corazón, y esas invisibles cargas en su frente, aunque todos en la ciudad se dieran terrible filo en las lenguas para cortarle el crédito y la honra.

La Güera aceptó, si no con complacencia, no con dolor, sino con moderada pena, la muerte de don José Jerónimo, pero para no dar más tema a las fáciles chismeras, la tuvo que rebozar con un poco de tristeza y con luengos lutos con los que crecía su gentileza y así, con lo negro, su hermosura vencía a otra cualquiera hermosura; pero hay muchos indicios parteros de que jamás llegó a sentir el frío de la viudez y se afirma que esto no era hablar siniestramente, ni formar vanas sospechas e imaginaciones.

*La mujer ha de ser buena,
y parecerlo, que es más,*

hace decir Miguel de Cervantes a Ocaña en la jornada I de *La Entretenida*.

Jornada octava

MÁS CLARO QUE EL AGUA CLARA

No solamente la Güera Rodríguez tuvo alegres dares y tomares con el canónigo, doctor don José Mariano Beristáin de Sousa, siempre tan espetado y relleno, sino que también los disfrutó muy cumplidos y jocundos con dos salaces eclesiásticos: un capitular y un clérigo disoluto. Fueron éstos don Ramón Cárdena, canónigo de la catedral de Guadalajara y don Juan Ramírez, bullicioso curilla de esta ciudad de México, de no mal parecer. Con la iglesia hemos dado, Sancho. Fue afecta al coro doña María Ignacia; no ciertamente al coro, la voz del pueblo, en las tragedias griegas, sino al coro catedralicio, y esta indebida afición era una tragedia para el bellaco y poquita cosa de su marido, quien no sabía domar el coraje que la desventura encendió en su alma y quedar hecho una columna de paciencia.

El canónigo don Ramón Cárdena, con el que estuvo enredada la desenvuelta Güera Rodríguez, fue hombre carnal lleno de revolvedora inquietud. El sujeto era de novela. Voy a narrar aquí brevemente sus hazañas.

El 14 de agosto y año de 1817, fue llevado a las sombrías cárceles del Santo Oficio el trashumante fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, acusado de hereje y francmasón. Entró muy campante en ellas, como si tal cosa, porque a él no le importaban prisiones por más bien defendidas que estuviesen, pues se sabía escapar de ellas con ligera agilidad de pájaro. Lo encerraron en la celda número 21.

La causa que se le formó la ha publicado entera Hernández y Dávalos en sus *Documentos para la historia de México de 1808 a 1821*, pero se han mantenido inéditas las conversaciones que sostuvo el arrojado neolonés con otro preso del Santo Oficio, fray José de Luego y Luna, encarcelado porque predicó un Jueves Santo que Cristo fue el mayor insurgente que ha habido en todos los tiempos, con lo cual dio notable ocasión de escándalo a los realistas. Fue una culpa de mucho ruido. También en otro calabozo de la tétrica prisión inquisitorial, se hallaba el brioso don Ramón Cárdena y Gallardo, canónigo de Guadalajara y Capellán de Honor de Su Majestad el rey de España. De insurgente y de otras cosas más se le acusaba.

Fray Servando era miembro de una logia gaditana que tenía el nombre de «Caballeros racionales». Esta ocasional sociedad secreta de rito americano la fundó en Cádiz el general argentino Carlos Alvear y tenía por objeto trabajar por la independencia de los países americanos. Se estableció una filial de ella en Xalapa, la que, desde luego, contó con muchos adeptos y uno de éstos fue el canónigo Cárdena y Gallardo y hasta llegó a ser su presidente como se le llamaba al superior que la

regía y que no era sino el Venerable tanto en el rito escocés como en el yorkino.

Fray Servando cuando lo sacaban al sol para que se desentumeciese, platicaba tranquilamente con el franciscano insurgente Lugo y Luna, asomado al estrecho ventano de su húmedo sucucho. El alcaide, un tal Julián Cortázar y Jacinto Floranes el teniente alcaide, ocultos por ahí tomaban puntualmente razón sin que les faltase palabra, de todo aquello que conversaban ambos presos, lo escribían meticulosamente y luego pasaban el papel a sus temidos amos los inquisidores.

Entre otras cosas cayó cierto día la plática sobre el canónigo insurgente Cárdena, también como ellos metido en una bartolina, y Fray Servando refirió que lo había conocido en Madrid y como supo que era afecto a la independencia de México, lo buscó en seguida y lo halló, hablaron largamente de ese negocio y ya con esto se hizo muy su amigo; que don Ramón era muy lujoso, vivía con gran boato y se le tenía en gran estimación y respeto en la corte por ser capellán de Honor del rey don Carlos IV; que el infante don Francisco de Paula le puso el acertado mote de El Cura Bonito, pues era muy gallardo de cuerpo y agraciadísimo de rostro y «andaba con mucha grandeza»; que poseía «sus pecadillos, que era muy picaresco y intrigante»; que tenía gran metimiento en Palacio y muy mano a mano trataba a la encumbrada gente de esa casa; que conoció a la reina María Luisa y como ésta era de fogosidad extrema, no se detenía en barras para satisfacer ampliamente sus anhelos con cualquier hombre del estado y condición que fuera, paró mientes en el Cura Bonito y lo quiso hacer suyo, pero se enteró de esto don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, amante oficial de la ardorosa señora, y le mandó dar a su rival ocasional una soberana «entrada de palos», ya antes lo había echado de uno de los sitios reales, pero se le había ido a Fray Servando de la memoria si fue del Pardo o de Aranjuez; luego lo hicieron salir de España y vino a recalar muy saleroso en México, en donde pronto fue muy conocido por su apostura y buen parecer, que no desperdiciaba, sino que explotábalo a las mil maravillas para lograr amores; que éstos los tuvo con una dama principal de México a la que le decían la Güera Rodríguez.

Otras veces hablaron Fray Servando y el fraile Francisco de Leona Vicario a quien querían casar con el crapuloso guanajuatense don Ventura Obregón, malaventura para ella; del obispo de Puebla del que dijeron terribles lindezas; del retumbante doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, «realista de pura conciencia», y de su hijo Manuel, mancebo muy valiente, «muerto al lado de los insurgentes, en la batalla del Puente de Salvatierra, acción ganada por Iturbide»; Fray Servando dijo que este don Agustín «era un pícaro que merecía ser quemado»; que Juan Nepomuceno Almonte, hijo del cura don José Ma. Morelos, a quien éste mandó a los Estados Unidos, «era un indito muy hábil», y que él, Fray Servando, «hacía mucha falta al lado de don Francisco Javier Mina, por la mucha opinión que tenía tanto en el Reino como en Europa, que con sola su opinión podía juntar treinta o

cuarenta mil hombres en el Reino», y «que Mina lo idolatraba o quería mucho, y que éste sabía que lo habían prendido en el fuerte de Soto la Marina»... Y así durante días y más días siguieron con sus pláticas sabrosas los dos infelices presos, las que luego, ya pendoleadas, iban a dar a manos de los inquisidores quienes las leían con curiosa avidez.

Don Ramón Cárdena y Gallardo llegó a México desterrado de la Metrópoli y como a la sazón se hallaba vaco un puesto de canónigo en el cabildo de la catedral de Guadalajara, lo pretendió, se puso a mover lo que tenía que mover, pues era muy diestro, de mucha manderecha, con buenas aldabas a que agarrarse y se lo dieron sin grandes dificultades o dilaciones y con él se repompeaba muy gracioso. Supo de la «asociación nocturna y clandestina» de los «Caballeros Racionales» establecidos en Xalapa, se hizo iniciar en ella y fue uno de sus más entusiastas miembros, dadas las ideas que tenía de que estos reinos de América deberían de desengarzarse de la corona de España, para que cada cual ya libre siguiera su destino.

Se supieron las actividades subversivas del Canónigo Bonito y lo mandó aprehender el feroz virrey, don Félix María Calleja del Rey, le instruyó causa, y comunicó esto al rey y Su Majestad envió una real orden en la que «dándole por enterado de la conducta de este eclesiástico, previene su arresto», cosa que ya se había ejecutado, pero como el delito que confesó Cárdena de pertenecer a una sociedad «con todas las apariencias de francmasonismo» «con el objeto de fomentar la independencia de este Reino» y siendo Xalapa a la jurisdicción del Santo Tribunal de la Fe, se le trasladó a sus cárceles secretas de México.

Fray Servando no fabuleó nada al decir que don Ramón era apuesto, lucido y galán de buena plática y de atrayente simpatía. Era este hombre de aventura e intriga. Con su fina astucia se introducía en la amistad de cualquiera para salirse con sus deseos. Tampoco mintió Fray Servando al contar que «se había enredado con la Güera Rodríguez», pues en una de las tantas veces que vino a México el mentado Cura Bonito a intrigar y revolver, conoció a esa señora, que le pareció, y así era, llena de fina inteligencia y de gracia; ella, a su vez, lo encontró guapo, lleno de atrayente simpatía. Se gustaron ambos y para qué decir más. Fue aquello un tórrido idilio. Salió don Ramón Cárdena de la ternura de sus brazos para ir a dar con su gallardía, belleza y elegancia, a los de la «Señora de la Vela Verde», como le llamaban en burlas a la Santa Inquisición, la que lo aposentó en sus cárceles, acusado de masón, conspirador e insurgente.

Poco fue lo que duraron éstos y otros presos, en el Santo Oficio, pues en virtud de la Constitución liberal del año 12, que se había vuelto a poner en vigor en España, y, por lo tanto, en todas sus colonias, se acabó en México con el terrible Tribunal y se disolvió sin esperar siquiera el aviso de la Metrópoli. Fray Servando volvió de nuevo a sus desgraciadas andanzas, siempre tuvo malos sucesos en sus cosas, y el Cura

Bonito a las suyas muy afortunadas. Ya caminó como un buen navío con viento en popa y mar en bonanza. Don José Jerónimo López y Peralta de Villar Villamil y Primo acusa lleno de furor, al doctor don Luis Ceret, apodado El Pelón, para que «se le castigue sus iniciativas, sugerencias en infamias con que a lo menos ha pretendido violar el decoro y honor mío y el de mi mujer, llegando a seducirla con papeles, solicitudes y rondar mi casa». El pobre señor vuelve a insistir en otro escrito «que se castigue con el sigilo debido» al tal Pelón «aun cuando por lo oscuro de la prueba del adulterio no tuviere pena». Inculpa también al abogado de la Real Audiencia, doctor don Ignacio Rivero, de que era el «rufián» de su amigo Ceret, es decir, quien le llevaba a la Güera «a que contextase con él», lo que «casi, casi» podría demostrar, así como que andaba pertinazmente rondándola «por la calle de mi casa y palco del Coliseo, con otras sugerencias que en caso necesario a él y a Rivero les justificaré».

Estaba de lo más empeñado este corniveleto en que se castigara al doctor Ceret, aunque no tuviese culpa; que se le amenazara con pena de tortura; que lo expulsaran de México y que, además, lo metiesen preso en un castillo, y que con el doctor don Ignacio Rivero se tomaran medidas adecuadas para que guarde sigilo. ¿Para qué deseaba que don Ignacio guardase hermético secreto, si todo el mundo estaba enterado bien y bonito de las gozosas trapisondas de la Güera Rodríguez? Quería el majadero señor ponerle puertas al campo.

Don José Jerónimo pedía que se metiera en prisión, pero que ésta no fuera así como así, sino «a una estrecha prisión, a uno de los sujetos conocidos por los Pelones, nombrado don Luis Ceret, respecto a que ha tenido la villanía según presumo fundamentalmente de haber cometido un atentado con mi mujer y a quien tengo acusada de adúltera con el señor Provisor, respecto a esas fundadas sospechas que hace días las tengo y hoy casi las he confirmado porque he sabido la comunicación que por escrito y de palabra tenían ambos por medio de tres criadas y que el doctor don Ignacio Rivero en varias noches que yo le confiaba a mi esposa para que la llevara a la Comedia, desde luego era su rufián para esos tratos, mayormente cuando dejaba cuidando mi casa con su hermana doncella doña Vicenta Rodríguez y aun así cierta noche sus mismas hermanas la esperaron porque no había llegado a casa, ni estuvo en la Comedia, ni con sus tíos, ni padres, cuyos parajes estoy ya tratando de justificar en lo posible de lo oscuro del adulterio, pero ínterin espero de la bondad de V. Exa. mande proceder a la prisión del dicho Ceret y que poniéndolo aparte se verifique lo mismo con el citado Rivero en obvio de mi perdición».

Quería el muy cándido por no decir el muy zonzó, que se pusiera preso sin más ni más a don Ignacio Rivero, abogado de la Audiencia, porque dizque se imaginaba prestábele ayuda en sus amores al Pelón. Bueno, y si sabía que Rivero, lo «rufianaba» ¿para qué entonces ese empeño de confiarle muchas noches a la esposa para que la llevara a divertirse al Coliseo? Y luego afligíase o se indignaba el cornipotente señor

porque descubrió que la Güera no fue a la comedia, ni a ninguna de las casas de sus familiares, sino a otro lugar que ya andaba atareado averiguando cual fue y en el que, de fijo, tendría su cónyuge diversión más efectiva con el mentado Pelón que en el teatro oyendo a los cómicos.

Y sigue así el escrito del caballero cornífero y tontarrón:

«Otrosí pido a V. Exa, lo referido, ínterin aclaro la justificación más realizada de los hechos citados y que si es cierto haberse marchado para Veracruz se le aprehenda dondequiera que esté y conminándolo hasta con la pena de tortura, se le reciba declaración por tenor de los pasajes, papeles y demás tratos con mi mujer y por medio de quien se comunicaban, ínterin aquí lo justifico, para que en un destierro sufra el condigno castigo asegurado en un castillo y por lo tocante al doctor Rivero no se toma ahora otra providencia por importar así al sigilo», que era mantener en secreto lo que sabía bien todo el mundo con regocijo.

Don José Jerónimo aconsejaba puntualmente al virrey lo que había de hacer y cómo hacerlo y hasta le señalaba las penas que impondría. Quería el infeliz que la máquina administrativa estuviese supeditada a sus astas. Pero a los pocos días ya no deseaba el bellacuelo que se aplicase castigo alguno a sus ofensores. Ya no vertía su cólera en nadie. Estaba manso el dicho cornúpeto. Hallábase arrepentido de sus peticiones anteriores y quiso desandar los pasos adelantados. Ansiaba que la Autoridad impusiera grandes y graves castigos a quien lo cornamentaba.

Y él ¿por qué no salía por su honra y decoro? Sólo anhelaba con vehemencia el muy cobarde que el Gobierno castigase a quienes se divertían con su mujer como si esto fuera un delito extraordinario, y de los que se persiguen por oficio. Era valerosísimo y arremangado con una mujer débil a la que llenaba de golpes brutales, pero con los hombres ¡quía! no se atrevía el denonado capitán de las Milicias Internas. No lavó jamás —según la frase de estampilla— con sangre su honor mancillado, pues creo que pensó a sus conveniencias que la sangre, por más que se quiera, no lava nunca, sino mancha, y, así y todo, se asegura que limpia y da esplendor a la honra que está sucia, pero, a pesar de todo, no se arriesgaba el valiente capitán y quería que otro tomara sobre sí la tarea de vengarlo y sin que él metiese para nada sus nobles manos, digo, sus cuernos.

Expresó, que después arrepintiéndose de sus peticiones anteriores y presentó otra suavísima que dice a la letra en lo conducente: «Digo que en atención de haberme reunido en mi casa con mi mujer, doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, por el bien y la paz de la tranquilidad suplico a V. Exa. se digne suspender por ahora el curso que les haya dado su justificación a mis anteriores memorias que le presenté a su Superioridad quejándome de los sujetos que en ellos menciono».

Antes de que el virrey don José de Iturrigaray entrase en México a tomar posesión del gobierno le salió desolado al encuentro con su escrito llorón y lastimoso, don José

Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, gran verdad ésta pues sí que era primo el caballero de la Orden de Calatrava, maestrante de Ronda, capitán de las Milicias Provinciales y Subdelegado de Tacuba, cuyos títulos y cargos no se apeaba por nada de este mundo. Además, presumía mucho de sí, con grande tono, el señor López de Peralta de Villar Villamil y Primo porque era mayorazgo y descendiente del conquistador Jerónimo López. Hacía blasón de los hechos de este rudo soldado. A cada palabra atravesaba sus glorias. Se le derramaba por todo el ánimo un dulcísimo deleite recordando el valer y valor de su antepasado que mató muchos indios. Sentía desvanecimiento y elación por esos hechos.

Cuando alguno por su completa ineptitud no hace nada en la vida, se ufana de lo que hicieron sus pasados. Mi abuelo hizo esto y lo otro, mi bisabuelo ejecutó lo de más allá. ¿Oh, y lo que llevó a cabo mi tatarabuelo? Tu abuela, tu bisabuelo y tatarabuelo hicieron y tornaron, y tú, ¿qué has hecho, mentecato? Nada útil, absolutamente nada de provecho, en los largos años que llevas de vida. Ah, sí, aclaro, algo manifiestamente beneficioso: gastar y gastar lo que allegaron de buena o mala manera tus ascendientes de los que te infatúas y vanaglorias, por lo que, lleno de orgullo, infeliz papahuevos, ves por encima del hombro todo el mundo, sin haber realizado una sola acción noble, ni aumentado ese caudal ni con un triste maravedí con tu trabajo, pues nunca lo ha habido en tu pobre existencia baldía, vaivenada en degradante ociosidad.

Pero ando por los cerros de Ubeda, siempre gratos, me bajo de ellos y entro en vereda. Digo que traslado aquí letra a letra, con sus puntos, sus comas y sus tildes, la lloricona instancia que dirigió al virrey don José de Iturrigaray el apocado y noble mayorazgo don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, caballero de la Orden de Calatrava, maestrante de Ronda, capitán de las Milicias Provinciales y subdelegado del pueblo de Tacuba por mandato del rey. La copio, repito, textualmente, y para que no se diga que es inventiva mía o inyectiva, manifiesto que está en el tomo 582 del ramo Criminal, del Archivo General y Público de la Nación, situado éste en el patio de Honor del Palacio Nacional. En ese tomazo podrán ver los curiosos otras muchas cosillas alegres.

No comento el ansia atribulada de entregar inoportunamente el Maestrante al virrey Iturrigaray ese escrito cuando aún venía de camino para México; ni tampoco comento esa preciosidad que pone el distinguido señor Maestrante de que se marchó rápido, muy transigente y solícito a sus haciendas «por súplicas que le hizo su mujer» para así, claro está, mejor maniobrar ella en sus alegres fechorías; ni comento la chistosa ridiculez del mayorazgo de López de Peralta de que «como capitán de las Milicias Provinciales y Maestrante de Ronda» portaba pistola, pero que la traía cargada, como cosa de juego, solamente con pólvora y tacos inofensivos, y así no hizo fuego la maldita a la hora en que, médico de su honra, la quiso disparar

furibundo contra la esposa infiel y por esta acción sin ningunas consecuencias dañosas, fue a dar con sus nobles huesos a la cárcel, irónica jugarreta que le hizo el Destino al perínclito señor mayorazgo y maestrante de Ronda. Ya antes dije, por eso no lo repito aquí, el adagio adecuado a este hecho risible. No comentó tampoco lo de esos traviesísimos canónigos y lo de ese clérigo licenciado. ¿Para qué digo nada? No valen conjeturas, interpretaciones y sospechas, allí en ese escrito, está todo más claro que el agua clara. A confesión de parte, relevo de prueba, dice el viejo apotegma jurídico. En fin,

*esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.*

Dice así ese papel:

Exmo. Señor:

Atribulado, comprimido, y desamparado de todo favor en un asunto tan grave para mi honor cuanto desfigurado y público en esta Capital, habiendo tenido la más plausible noticia para mí, y todo este Reino a haberse conferido a V. E. el mando a estos vastos dominios, y que nombrado virrey a ellos por nuestro amado Monarca, quien penetrado en la larga experiencia que ha tenido del sabio, prudente, recto e integérrimo Gobierno de V. E. se lo ha confiado. Todo esto anima a mi angustiado corazón a recurrir antes que V. E. arribe a esta Capital a su Superior protección, la que acompañada con mi notoria justicia le inflame como siempre a ampliármela en el asunto que paso a referir.

Después de tres, o cuatro ocasiones que inspirado yo de los sentimientos de Cristiano, he perdonado varios deslices o infidelidades al Matrimonio de mi mujer doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, y reunídomela con ella: Estando ausente de mis haciendas ahora el pasado junio, quedó ella sola (por súplicas que para ello me hizo), en mi jurisdicción de Tacuba de donde soy Subdelegado; y olvidada de Dios, de su honra, y de mis repetidas remisiones a sus excesos, trabó nuevas escandalosas comunicaciones con los canónigos don Ramón Cárdena, que lo es de la ciudad de Guadalajara, y el de esta Corte mi compadre doctor don Mariano Beristáin, y asimismo con otro clérigo llamado don Juan Ramírez, siendo tan públicos los desarreglos, paseos sospechosos de noche, ya con uno, ya con otro, albergué en mi propia casa, durmiendo Cárdena, en la pieza contigua a la alcoba de ella, sin otra compañía, y otros actos tan públicos maliciosos, que han dado evidéntísimas sospechas a sus sacrílegos adulterios, que los tengo justificados ante el señor Provisor de esta Corte.

Llegó, Señor Exmo. a mí tan infausta noticia hasta el lugar donde me hallaba, cuidando de mis cortos intereses para subvenir a los indispensables alimentos de ella y mis cuatro hijos, y aunque la insté corrigiéndola, se pusiese en marcha para donde yo residía que para ello repitiendo mi instancia, lo supliqué así al cura del pueblo, etc., y no produjo esto otra cosa que compelerme con ruegos dicho Cura me pusiese en camino para hablar sobre todo, pues temía un desastre si acaso me la llevaba a presumir.

Como nada habían librado mis súplicas, ni promesas de que no la castigaría, tomé aquel consejo, me regresé a Tacuba y habiendo entrado en mi casa, no hallando en ella a doña María Ignacia, y sí de paseo en la casa de dicho Beristáin, hube de decir al Conde de Contramina con que la pusiese en Depósito, o morando sin mi compañía en quien me encontré, procurase él que ella no me viese sino el Curato, pues mi ánimo era el no volverla a ver jamás, e instaurar punto de divorcio.

Lejos de cumplir tan prudente mandato, y digno de su verificativo para obviar cualquier suceso, se me presenta en la calle acompañada del sobrino del insinuado Canónigo Beristáin; mas aun insistiendo yo con el Conde a que la separase de mi vista; no haciéndolo eché mano a una pistola de las que como Capitán que soy de las Milicias Provinciales de esta Corte, Maestrante de Ronda, y finalmente viajante, traía en la cinta; bien que sólo cargada con pólvora y tacos, como lo tengo plenamente justificado; tiréle un tiro a ella con sólo el ánimo de amedrentarla y que huyese de mi presencia pero no salió aquél ni aun el fogonazo.

A pesar de este hecho que habría instimulado a precaver, y abrir los ojos a Contramina, y a ella, pues ignoraban si aquellas armas estaban dispuestas para sólo defensa u ofensa, intentaron presentármeme poniéndola al frente de la misma venganza insistiendo en que entrase a verme. No lo consiguieron porque no lo permití, mandando se fuese adonde para siempre no volviese a verme la cara.

Al fin de dos horas de estas alteraciones, que pudieron comprometerme a mayor exceso, vino ella a esta ciudad, se presentó al Exmo. Sr. D. Félix Berenguer de Marquina, antecesor de V.E., se me impuso arresto en el distrito de mi mando, comisionó al señor Auditor de Guerra y al Escribano de ella para mi causa, en la cual consta suficientísimamente este mismo verdadero pasaje, satisfechos e indemnizados mis cargos, y finalmente probada esta verdad, con que a pesar del dictamen del señor Auditor, de que yo diese fianza de cárcel segura olvidando que sin ella residía en Tacuba, que soy Caballero del Orden de Calatrava, noble, y Militar, por cuyas causas bastaba mi palabra de honor; a pesar de ello repito, y tal vez penetrado de mi justicia, me tiene el

Exmo. Sr. Marquina en esta Capital libremente sin fianza.

Aunque la notoria integridad de este sabio jefe es mucha; pero teniendo doña María Ignacia, por padres y tíos, al Regidor don Antonio Rodríguez de Velasco, al señor don Silvestre de la Vega, Director del Tabaco, y a don Luis Osorio, Fiel Administrador de la Casa de Moneda, cuyos dos primeros sujetos han sido el Jefe de la Capitulación de los integérrimos Exmos. Sres. Virreyes Conde de Revilla Gigedo el uno, y don Miguel José de Azanza el otro, han logrado que aquella señora delincuente se mantenga contra mi voluntad en un aparente depósito en la casa del tío suyo Osorio, visitada de varias personas, y entre ellas de los insinuados Contramina y Beristáin; de forma que el agraviado que soy yo, ha sido el castigado, deshonorado y oprimido sin más culpa que aquel leve connato que se ha aparentado horroroso, aleve e inaudito, el que aunque así fuese debía contrapesarse contra la reincidente grave culpa de la referida doña María Ignacia. Pero como los superiores viven por lo común dispuestos a la falacia simulada con visos de verdad y piadosa intención de los que indebidamente los rodean, ha llegado ésta a dominar u ofuscar el benigno corazón del predecesor de V.E. llegando a arrancar de mis brazos a una de mis hijas, que ni aun en la lactancia estaba, a pesar de cuanto en esto quiere la astucia interpretar las leyes.

Aún no cesa ni ha cesado mi desgraciada suerte, pues sin considerar que los cómplices se han mofado y ríen de este tan horrible crimen que tal vez abrirá la puerta (por el triunfo que logran) a la libertad de los adúlteros, y no habrá hombre honrado que repose entre las paredes de su casa: ha seguido ahora nuevamente Sr. Exmo. desde septiembre pasado a la presente la gloria de mis enemigos, llegando a conseguir, que aun decretado por el señor Provisor y Juez Eclesiástico, el depósito de mi mujer doña María Ignacia, extrayéndola de la casa a sus tíos carnales, en donde diariamente la seducen contra mí, y visitan los mismos que han sido cómplices y otros contrarios míos, aun no se ha verificado a pesar de mis repetidas instancias al efecto, pues se ha suscitado por bajo de cuerda la duda de si debió el eclesiástico pedir el auxilio (como lo hizo) al señor Coronel de mi Regimiento con arreglo a la práctica anticuada y Real Orden de 18 de marzo de 1779 que dice se pida al *Comandante respectivo*: o si debió hacerlo al Exmo. Sr. Virrey, con cuyo punto movido por la astucia de los que favorecen a mi mujer han obtenido de dicho señor Excmo. tan favorables resultados que hasta el día se mantiene ella en la casa de sus parientes, que ni es ni puede ser de mi satisfacción, así como por lo que conspiran en mi contra como porque goza de la mayor libertad, triunfa de sus agravios cometidos, contra el marido, sus socios delincuentes se jactan de la victoria, el público clama escandalizado de ver coartadas las

legítimas funciones del eclesiástico, e insolentados con este ejemplo la perfidia y el adulterio, pues ha llegado aquella a alucinar al talento e integridad del Exmo. Sr. Antecesor de V. E. con cuyo lauro se ha ensoberbecido la misma maldad, y mis ofensas han quedado no sólo impunes, sino también exentas de esta única corrección que pretendían para la futura enmienda de doña María Ignacia, en la cual se interesa la causa del mismo Dios, y la pública.

Finalmente Señor Exmo. es tan grande el poder y valimiento de mis contrarios que como los cómplices con mi mujer son Canónigos y de alta dignidad, han llegado a obtener, no sólo el declarado patrocinio del señor Exmo. don Félix Marquina, de forma que se me han frustrado cuantos legales recursos he hecho con Dictamen de personas de ciencia y conciencia, sino que también se han valido del mismo Exmo. para que interese con V. E. en este asunto sus superiores respetos, aparentando en mí toda iniquidad, y lo mismo han impresionado a otros sujetos de carácter y amistad con V. E. para que su bondad me deniegue todo recurso y sus benignos oídos; pero exhausto yo de arbitrios sólo le suplico con el mayor encarecimiento que hasta llegar aquí se digne por quien es despreciar cualesquiera informe pidiendo de todos justificación de ello y los autos y expediente que así en la Capitanía General como en los Juzgados Eclesiásticos hay en el citado negocio, haciendo V. E. una secreta información del Cabildo Eclesiástico y algunos Señores Oidores, excepto el señor Carbajal, pues ha sido el que ha dictaminado bajo cuerda adversamente de mí y hallará mi conducta honrada ante mis Jefes y el público sensato, que ha sabido siempre mi hombría de bien y proceder con la verdad que profeso con la cual aseguro también a V. E. que la reunión a este mi matrimonio por el terror pánico que mi mujer tiene a el encierro en un convento con cuyo santo designio he instado, y aun suplico a V. E. haga que así se verifique sin excusa ni dilación, consiste sólo en que se efectúe su depósito que pido.

Esto es señor lo que deseo llegue a noticia de V. E. para que mediando punto por punto el contenido de ello, tome sobre sus hombros el honor de un súbdito afligido, la corrección de los delincuentes atrevidos, la causa de Dios, la vindicta pública y el escarmiento y ejemplo en lo sucesivo para la quietud de tantos honrados matrimonios que claman por tan indispensable y necesarísimo remedio.

Dios Nuestro Señor conceda a V. E. un feliz mando en la amable unión de la Exma. Señora su Esposa para consuelo de los desvalidos.

México, noviembre de 1802.
José Villamil y Primo. Rúbrica.

Al Exmo. Señor D. José María Iturrigaray.
Archivo General de la Nación.
Ramo CRIMINAL.
Tomo 582.

Como buen remate de este capítulo agregó, pues vienen muy a pelo, las «condiciones que propone José Villamil y Primo, al Exmo. Sr. Virrey según su Superior Orden para la reunión que su bondad solicita del matrimonio de éste». Tampoco hago aquí ningunos comentarios, cada cual los hará a su sabor y antojo. ¡Y vaya si se pueden hacer! Por ejemplo eso que dice el bendito Maestrante: «que se amoneste a los cómplices», que no eran otros sino, llamémosles con piadoso eufemismo, los «amigos» de su mujer. Y eso de la «causa de Dios», ¿causa de Dios, sus astas?

¿Por qué ese deseo del infeliz tontaina de que el Virrey tomara sobre sus hombros el honor suyo (el de Villamil, claro), pues estaba muy afligido como si a Iturrigaray, que no lo conocía, le importara que le aserrasen o no los cuernos? A Su Excelencia, ni a nadie, interesaba que hubiese o dejase de haber un cornamentado en México.

Condiciones que propone José Villamil y Primo, al Excmo. Sr. Virrey según su Superior Orden para la reunión que su bondad solicita del matrimonio de éste.

Primero, que sin embargo de la autoridad de marido que reside en Villamil, sea expresa condición que doña María Ignacia Rodríguez, sin renuencia alguna ha de vivir adonde le tenga cuenta y acomodo a su marido por el tiempo que le parezca a éste.

Segunda, que ha de evitar dicha señora todo trato y comunicación con todas las personas, y con las que Villamil no quiera, particularmente con los Uluapa y parientes de ella; y aun con sus padres sea cuando y como le parezca al citado Villamil, y no de otra suerte, sin que dicha doña María Ignacia le dé motivo para prohibírselo, valiéndose de la autoridad de marido, por querer ella en este punto llevar su capricho adelante, pues en esto y en todo lo justo ha de vivir sujeta sin oponerse a Villamil, obviándole así su perdición, aunque propone éste usar de prudencia, y sostenerla.

Tercera: que se amoneste por el Exmo. Sr. Virrey a los Rodríguez, Uluapa, y Conde Contramina no difamen el honor de Villamil, ni hablen nunca de estos asuntos; permitiendo a dicho Villamil use de los prudentes recursos, para que se amonesten de ruego y encargo a los demás cómplices, para su corrección en lo sucesivo.

Cuarta: que con arreglo a Ordenanzas como su Exma. bien sabe, y por lo que ha padecido la opinión del citado Villamil en el público, se haga saber en la orden de la Plaza, no ha estado ni está infamado su honor por nada de lo que se ha vociferado:

Quinta: que sin romperse de ninguna manera el Expediente que contra él promovió dicha doña María Ignacia, antes sí, se asienten en él estas condiciones, y la bondad, celo y cristiano modo de pensar con que el Exmo. Sr. Virrey de *motu proprio* ha promovido esta reunión, lo cual le haga entender a ella, y sus parientes, y fecho se guarde en el secreto. Que Villamil por su parte, ofrece se hará lo mismo, y lo pedirá con lo que él promovió en el Provisorato, reencargando su custodia secreta.

México, y septiembre 13 de 1802.

José Villamil y Primo. Rúbrica.

Al Exmo. Señor D. José María Iturrigaray.

Archivo General.

Tomo 582.

Ramo CRIMINAL.

Estas proposiciones de ninguna manera las aceptó doña María Ignacia para unirse de nuevo con su perinquinoso marido. Se negó la Güera terminantemente, a que se terciaran paces. No quiso que se compusieran aquellas alteraciones, sino que se siguiese adelante con el dichoso pleito para que cada cual, ya libre, echara por el lado que le conviniese, en quietud y sosiego. No quería doña María Ignacia juntarse con su esposo, porque este señor don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, caballero de la Orden de Calatrava, Maestrante de Ronda, Subdelegado de Tacuba y capitán de las Milicias Provinciales, muy a menudo le pegaba. Descargaba en ella su ira con golpes terribles. A puras bofetadas la derribó el muy canalla muchas veces por el suelo.

Acostumbraba exquisitamente este ínclito mogrollo, como delicada finura, digna de caballero de tan alta alcurnia como de ello se preciaba con fichada vanidad, educado, galante, muy servicial con las damas, acostumbraba, digo, este noble y bellaco señor don José Jerónimo López, de etc., etc., sacudirle a su esposa frecuentes y recias golpizas como lo suele hacer con su hembra un lépero vulgar de barriada y para no desmentir que la aporreaba dejábale en el cuerpo visibles señales de su esclarecido valor, pues era heroica y grande hazaña arriesgarse con una mujer débil e indefensa. ¡Loable comportamiento, inconcebible gentileza en un caballero! Esto aquí y dondequiera, se llama villana cobardía. Ah, pero él era todo un mayorazgo, un

maestrante de Ronda, todo un caballero calatravo todo un capitán de las Milicias Provinciales, todo un Subdelegado del pueblo de Tacuba por, ¡ah!, nombramiento especial que le hizo el rey. ¡Vaya un señor superfirolítico e infame! Tal vez éste era el valor intrépido que heredó de su antecesor el mataindios Jerónimo López de quien tanto se ufanaba el mastuerzo.

En el juicio de divorcio —Tomo 582 del ramo Criminal, del Archivo General de la Nación—, está el cuaderno que se rotula *Informes reservados en el matrimonio de don José Villamil y doña María Ignacia Rodríguez, y sobre la conducta de ambos*, y allí se leen porción de testimonios que pidió el virrey don Félix Berenguer de Marquina a varias «personas de acreditada integridad y rectitud», tales como «el señor don Juan Francisco Domínguez, cura más antiguo de la Catedral, obispo electo de Zebú..., el doctoral de Guadalupe, don Francisco Beye Cisneros..., el cura párroco de Atilaquia, doctor y maestro don José Alejandro García Jove a cuya jurisdicción y doctrina corresponde la Hacienda de Bojai Grande en que tuvieron estos cónyuges grandes desavenencias..., los confesores R.R.-P.P. Fr. José Planas, Vicario, Fr. Manuel Arévalo y Fr. José Herrera, todos franciscanos..., el sargento mayor don José Porras..., capitán Miguel de Otero..., don Mariano Soto Castillo... y el cirujano retirado don Vicente Ferrer».

El cura don Juan Francisco Domínguez dice, discretamente, que el maestrante don José Jerónimo «no se ha portado con la debida moderación agitado quizá del furor de los celos, por lo que ella (doña María Ignacia), ha padecido sobre modo y él se ha excedido de los términos de la equidad» y que «él no ha observado la prudencia debida para su corrección». Contestó al virrey Marquina el doctor y maestro don José Alejandro García Jove, que el Calatravo «no dejaba de mortificar a su infeliz esposa»; que un día en que Villar Villamil «discutió bravamente con ella» le sobrevino un accidente perqué privada de sus sentidos cayó en tierra y la arrastró a una cámara inmediata, diciéndole que ella no intentaba otra cosa que quitarle el crédito.

El padre vicario Fray Francisco Planas, manifestó a Su Excelencia que doña María Ignacia «se vio precisada a dejar por algún tiempo la frecuencia de los Sacramentos, porque su esposo la obligaba a asistir a ciertas diversiones que le parecían incompatibles con la frecuencia de los Sacramentos. Me consultó varias veces qué debería hacer para librarse de la mala vida que su esposo le daba, golpeándola frecuentemente sin tener otro motivo que el de los celos infundados con personas que él mismo conducía a su casa»... «Pero llegó a tanto la crueldad de su esposo que ya no pudo ocultar ni el maltrato ni los golpes, que la dejaba, muchas veces, la cara y los brazos señalados»; «que frecuentemente habla con poca o ninguna reflexión de su esposa las infamias que sus celos le dieron».

El franciscano fray Manuel Arévalo expresó que don José Jerónimo, de «carácter

presumido y extraordinariamente variable», «que se ha hecho odioso a las gentes sensatas», «no ha reparado en verter especies declaradamente ofensivas al honor de su mujer como lo ha ejecutado, sin duda con la mira de disculpar los abominables hechos de haberla golpeado muchas veces hasta dejarla bañada en sangre, y acardenalado el rostro, como la vi algunas de estas ocasiones que la visité por ocasión que se comunicó lo que acababa de pasar con su marido. Acciones todas y otras que omito... muy ajenas de un hombre cristiano y caballero cual se precia de serlo el señor Villamil»; que entrambos «han pasado escandalosos excesos a vista de criados ocasionándoles muy mal ejemplo»; que menudean «los malos tratamientos que de palabra y obra le han inferido» y que por dondequiera los publicaba el de Villamil «a trueque de imputarle a su mujer crímenes...».

Fray José Herrera, también padre franciscano, de mucha ciencia y virtud, manifestó que Villamil, el orgulloso e incómodo maestrante de Ronda, le daba «mala vida» a su esposa, «le daba golpes y le profería malas razones» y que «le enseñó en una ocasión unos cardenales o señales que tenía en el brazo izquierdo, resultas de un mal rato que tuvo con su marido».

El sargento mayor don José Porras asienta que «era insufrible la veleidad, inconstancia y mal modo con que trataba Villamil a su mujer». «De esto me consta asimismo se manejaba con tanta dureza, e indiferencia con la referida su mujer que parecía era una persona que no conocía y le era repugnante». Este señor de Porras fue «comisionado para la formación de pruebas de la Orden de Calatrava del capitán don José Villamil» y dice que éste aparecía ser de «genio amable», pero en realidad, por naturaleza, era muy «cauteloso, vano, caviloso, atrevido e intrépido». Claro está que el «intrépido» éste, lo escribió el señor Sargento Mayor en su acepción de hombre que obra o habla sin reflexión alguna, no en el significado que también tiene esa voz, del que no teme a los peligros, pues no era de esos don José Jerónimo, descendiente de un conquistador. Él, golpeando a una mujer, demostraba su indomable valentía de igüedo, sobresaliente.

Dice el sargento mayor Porras, que por esas «justas causas estuve algunas veces resuelto a suspender las pruebas y dar cuenta al Consejo Real de las Ordenes y quedé siempre tan admirado, y cierto del malísimo carácter y circunstancias que conocí en el nominado Villamil, que formé siempre el juicio y lo manifesté al señor Obispo de Puebla (pariente de la misma señora) y a otras gentes, que había de terminar este matrimonio en las actuales y públicas desavenencias».

El teniente coronel don Miguel de Otero, que como tal era jefe de López de Peralta de Villar Villamil, ¡ah! y Primo, sí, muy primo el señor, en largo oficio que escribió no respondía al Virrey nada concreto. Su escrito no es sino puros circunloquios y evasivas para salirse por la tangente y no poner la verdad. No quiso exponer nada de lo que indudablemente supo. Sus razones tendría el teniente coronel

para no decir esta boca es mía. En cambio el cirujano don Vicente Ferrer no andaba con vanos efugios y da muchas noticias en el escrito que envió al virrey Marquina, del cual entresaco, como de los informes anteriores, algunas cosillas de enjundia.

Relata el señor cirujano que «he presenciado varios pasajes, pues varias veces la he curado algunos golpes (a doña María Ignacia), que se me ha informado haber sido dados por el citado su marido, lo que he creído y estoy firmemente persuadido haber sido ejecutado por él, pues lo he visto aun encarnizado y furioso, como quien acaba de tener alguna contienda: la mujer ha manifestado sus dolencias en su presencia y él quedaba como satisfecho y tranquilo».

«Una ocasión fui llamado al pardear la tarde con ejecución, y encontré a la infeliz señora tirada en el suelo en medio de dos canapés rotos, con un fuerte mal al corazón, que tardé y tuve bastante que trabajar para hacerla volver en sí; el paraje y noticias que me dio el criado por el camino procurando informarme, los moretones que tenía en un brazo, y las expresiones con que prorrumpió al volver en sí, junto con los ademanes, me dieron una prueba nada equívoca de los porrazos y ultrajes que acababa de sufrir».

Agrega el verídico cirujano don Vicente Ferrer que viendo las «desazones que tenían procuré exhortarlos a paz y quietud, pero siempre mis persuasiones y consejos fueron infructuosos» y continúa diciendo el señor cirujano: que «la desgraciada señora (que así parece se debe llamar), en medio de sus tribulaciones no procuraba sino buscarle la cara a su marido y anhelar no supieran nada sus padres... rastreando el origen de las desazones verían eran infundadas, entes imaginarios, fantasmas que abultaban mucho y no eran nada, y en realidad no parecía la causa de aquel tan grande estruendo, por lo que deduje que (a Villamil) lo movía todo un amor indiscreto, un celo imprudente, un genio intrépido que obraba sin reflexión, sin meditar el escándalo y sin ver que el despertar del dormido suele muchas ocasiones acarrear grandes estragos».

Don Mariano Soto Carrillo «íntimo amigo de los cónyuges» desavenidos, envió al Virrey atendiendo a su petición un informe de muchos folios en barbudo papel de Manila, lleno de sentencias y reflexiones morales en el que pone «los lances y sucesos ocurridos en el matrimonio del Capitán don José Villamil y doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, del porte Y conducta de esta señora, la de su marido, carácter y genio de éste». Dice que el don José Jerónimo era de natural celoso y violento y que la señora como era muy hermosa tenía muchas solicitudes y que él (Villamil se entiende, no el informante don Mariano), «contaba las infracciones por el número de solicitudes» y que «siempre hallaba motivos para el mal trato, aumentando sus quejas públicas».

«A una situación tan lamentable, se agregaba la poca consonancia entre los pensamientos y las acciones de Villamil. Yo le vi formar tertulias de Trecillo en su

casa, conducía a su mujer al frente de un ejército acantonado, y procurar siempre un modo de vestir poco análogo al deseo de no inspirar una pasión». «También lo vi retirarse a Tacuba para que su mujer no tratase a nadie y a poco tiempo promover unos bailes a que convidó a las gentes principales de México, y en cuya concurrencia no podían faltar a su genio motivos de celos. Ésta es, Señor Excelentísimo, la alternativa que produce una lucha entre la recta razón y las pasiones».

«Mas lo que prueba con evidencia el carácter y genio de Villamil, es aquel empeño que tiene por sacar delincuente a su mujer, queriendo ganar un pleito que todo marido honrado apetece perder».

Refiere don Mariano Soto Carrillo un incidente desagradable que tuvo Villamil con un sujeto que «dirigía la vista hacia su mujer» y «repelido con no haber motivo para la tal reconvención, respondió que temía porque su mujer no era más que una...». No quiero poner aquí la grosera y breve palabrota de sólo cuatro letras que dijo el señor Maestrante de Ronda que era la Güera, nada más transcribiré el ligero comentario que hace el señor Soto Carrillo: «Vergonzosa respuesta» y asegura después que «si no se viera, no podía creerse que un marido con tales expresiones se atrajese una infamia verdadera que consiste en el concepto común, pues aunque la mujer sea un ejemplo de virtud, si tiene mala opinión, carga el marido con la afrenta... y así me consta que doña María Ignacia ha tenido que oponer la mayor resistencia para librarse de una multitud de pretendientes que han venido a su presencia engañados por las quejas de su marido».

También es extensa la información del doctoral de Guadalupe, don Francisco Beye Cisneros, y cuenta en ella, entre otras cosas, que no pongo, que el infatuado y tontivano de don José Jerónimo, «conducido de su genio adusto, ha dado muy mala vida a su mujer, golpeándola y maltratándola, en términos de haberla muchas veces bañado en sangre; cuyos abominables excesos ha pretendido cubrir con el velo de los celos, tanto más risible y despreciable cuanto ser notorio el empeño con que a su casa ha procurado acarrear aquellas visitas, cuya comunicación le ha parecido que le puede ser útil, no sólo metiendo a éstos a comer sino aun a dormir...».

Narra el señor Doctoral una ruidosa pelotera que armó el cornífero Villamil con la Güera Rodríguez a la puerta de la iglesia del Sagrario, la mañana de una Semana Santa en que salía muy devota de comulgar esta señora y de cómo la gente se admiró mucho de todas las torpes lindezas que le decía el menguado Maestrante.

De todos los circunstanciados informes que rindieron estos nueve señores, el doctor y maestro don Alejandro García Jove escribió mucho y no dijo nada, he entresacado solamente varias frases y párrafos para demostrar que tenía la cobardía de pegarle a su mujer el noble y perilustre señor mayorazgo, don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, caballero de la Orden de Calatrava, maestrante de Ronda, capitán de las Milicias Provinciales y Subdelegado del pueblo

de Tacuba por nombramiento que de su superfirolítica persona hizo Su Majestad el rey de España y de las Indias.

Jornada novena

DE LO HUMANO DE LA CIENCIA A LO DIVINO DEL AMOR

Federico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, famosísimo viajero alemán, en el mes de marzo, día 22, del año de 1803, arribó a tierras de México. Entró en la Nueva España por el puerto de Acapulco, en donde poco antes habíase celebrado la bulliciosa feria que se hacía con ocasión del ansiado arribo del galeón de Manila llamado la nao de China, que siempre traía en su seno fabuloso, deslumbrante cargamento de sedas y otros lienzos vistosos, lucientes porcelanas, lacas, marfiles, jades, odoríferas especias. Venía el Barón acompañado de su vivaz y bizarro colaborador Aimé Bonpland, de nación francesa. Ambos señores se hicieron a la vela desde Guayaquil en la fragata *Orué*, que llegó desarbolada, toda maltrecha, por haber corrido gran tormenta, con todos los vientos conjurados en su contra, viéndose así mil veces sumergida debajo de las olas, pero ya con tiempo bonancible enderezó su proa hacia Acapulco en donde en la fecha dicha *ut supra*, tocaron el puerto y la deseada ribera.

Embelesado veía Humboldt la imponente belleza y majestad de Acapulco que le enamoraba los ojos; su hechizo le tenía como enloquecido el entendimiento. No cabíale aquella hermosura prodigiosa en la absorta imaginación. No se hartaba de mirar hacia todos lados y donde ponía las extasiadas pupilas no encontraba más que cosas cautivadoras. Aquello sobrepujaba toda admiración.

En el *Ensayo Político sobre el Reyno de la Nueva España*, escribió, con el recuerdo de Acapulco vivo y refulgente en su memoria, que es: «El puerto más bello de todos los que se encuentran en la costa del Pacífico»; «inmensa hoya tallada en montañas de granito»; «sitio de inigualado aspecto salvaje y a la vez lúgubre y romántico, con masas ingentes de rocas que por su forma traen a la memoria las crestas dentadas de Montserrat, en Cataluña, y con costas de roca tan escarpadas que un navío de línea puede pasar rozándolas sin correr el menor riesgo, porque en todas partes se encuentran diez o doce brazas de fondo».

Este andariego trotamundos no era muy alto de cuerpo que digamos, como lo son casi todos los teutones, ni tampoco achaparrado de estatura, sino que ésta mediaba entre esos dos extremos; delgado sí era, pero recio de miembros, de fuertes músculos, despejada la frente y sobre su blancura asolanada y teñida por los recios soles americanos, un largo y flotante mechón rubio que le bajaba con fija permanencia de su espesa cabellera en alboroto perpetuo. Tenía los ojos azules, expresivos, de mirar hondo, escudriñador y reconcentrado; chica la boca y lampiña; las manos grandes.

A la moda francesa del Directorio era su indumento, muy cuidado, siempre de

albeante limpieza, sin mota ni mancha; calzón blanco atacado, casaca de luengos faldones y alto cuello que le llegaba a media cabeza; vueltas blancas con botonadura dorada, blancos también los puños y asimismo el chaleco cruzado; luenga corbata de dogal dábale varias lazadas de las que apenas si sobresalían los picos, tiesos de almidón, de la camisa; botas de piel, lustrosas y volteadas, de aquellas que se les decía federicas.

Llegó Humboldt a la ciudad de México el 10 de octubre del dicho 1803, y lo hospedaron con toda comodidad y aseo en el viejo caserón que llevaba el número 3 de la calle de San Agustín. Allí se le tuvo con mucho regalo y le hicieron todo buen tratamiento. No sólo lo agasajaban con comidas magníficas en las casas de los ricos señores, sino que hasta el mismo virrey don José de Iturrigaray lo sentaba a honrar su mesa. Fue con él a visitar en Huehuetoca las importantes e interminables obras del desagüe que iba a impedir para siempre las inundaciones que a menudo padecía la ciudad. A diario le enviaban al agasajado Barón fuentes con la rica succulencia de guisos mexicanos de sabores de maravilla, o con esplendorosa variedad de dulces, o bien con frutas odorantes de estos climas, que trascendían a gloria.

Fue cierta tarde a cumplimentar a doña María Ignacia Osorio y Bello de Pereyra, y en su estrado, de plática en plática, sobre los viajes del andarín Barón con los que andaba recorriendo el mundo, las bellezas sorprendentes de esta tierra de sol, de que la ciudad maravillaba por la benéfica suavidad de su clima, sus alrededores con lindos paisajes de campo y montaña y por ser todo México de admirables palacios, se vino a parar en que deseaba con interés ir a cierto lugar cercano donde le dijeron había una tupida nopalera en la que se creaba la purpúrea cochinilla.

De un extremo de la sala salió la límpida cadencia de una voz, que llegó a sus oídos en sucesivas ondas deliciosas que decía: «Nosotras lo podremos llevar, señor, en el carruaje de la casa, a ese sitio que apetece para que conozca ese animalejo minúsculo, cuyo cuerpo al restregarse se convierte todo en encendida sustancia».

Quedóse Humboldt maravillado por la sorpresa inesperada de esta como música halagadora y fina. No cabía en sí de admiración el Barón. Preguntó quién era la que hablaba así con acento tan grato que acariciaba el oído con su delicia armónica. La señora de Osorio le contestó con tierna sonrisa de madre satisfecha, que era su hija María Ignacia. Y si Humboldt se admiró del encanto de la voz, se arrobó más aún con la belleza de aquella mujer que de repente tuvo ante sí. Fue aquello como un golpe súbito de luz que le deslumbró los ojos. Se le pasaron algunos días sin poder tornar en sí, como cegado por aquella iluminación brusca.

Desde esa tarde el barón de Humboldt y la gentilísima doña María Ignacia Rodríguez de Velasco quedaron bien amistados. Se juntó estrechamente aquella sabia aridez con este fuego donairoso que calentaba hasta la frialdad incorpórea de una ecuación algebraica. Humboldt quedó prendido de aquel agudo ingenio con

permanentes chispazos de vivacidad y malicia. La Güera contaba entonces veinticinco años de su natalicio.

Federico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, era un tanto agrio, seco, como el género de estudios a los que dedicaba su vida con perseverante afán: estudiar plantas raras, estudiar minerales y piedras extrañas, determinar coordenadas y paralelos, hacer observaciones astronómicas y termobarométricas, sacar la posición geográfica de los lugares en que estaba, la longitud y latitud, y otras cosas así de amenas.

Salió de su férrea Alemania a recorrer el globo terráqueo para gozar de otra luz, otro suelo y desflorar novedades. Era un atento observador del mundo. Estaba muy lleno de ciencias naturales y de la aridez de las exactas matemáticas, y, por lo mismo, el torpe idioma de los deleites de la carne era extranjero en sus oídos. Le eran de tedio las cosas carnales.

Pero la muy endiablada Güera Rodríguez tenía recursos magníficos y supremos para al más sosegado sacarlo de su paso y adormecer a los más apercebidos. Aquél que se le antojaba, con cualquier aire lo hacía mudar de camino. Así es que cuando acordó el grave y estirado don Federico Enrique Alejandro, ya había tomado estrechísima amistad con doña María Ignacia, corriente huracanada. Fue una sirena que le cantó y él dejóse perder muy contento, sin amarrarse a ningún mástil como aquel prudente Ulises de la historia.

Como con astucias, embelecos y mañas empezó a picar y a solicitar al serio Barón, cuando éste menos lo pensó, repito, ya andaba con la Güera Rodríguez en muy galanas distracciones de sabroso dulzor. Con las gracias de esa criatura de pasiones no había firmeza que durase. Si quería a uno que se le negaba, hacía uso de sus habilísimos recursos y en un dos por tres lo dejaba rendido y rematado. Ponía finas redes a los pies del que pretendía coger y no había nacido aún el que se le escapara. Poseía ingenio y habilidad para la seducción; con un solo aliento hacía caer a los virtuosos y hasta a un niño le alborotaba la suavidad del alma.

Después de subir y bajar Humboldt cerros altísimos, de trasponer anfractuosas y elevadas cuestas; de andar en recorridos fatigosos por despoblados montes; por agrias sendas de cabras y picudos rollares; después de largas caminatas por escondidos andurriales; vericuetos y vaguadas; de errar por lugares desiertos y sin carril para informar el ánimo, siempre curioso e insaciable, en el estudio de piedras, de árboles, de yerbas, de flores pinchudas de las de entre peñas; después de ejecutar largos, complicados cálculos algebraicos, de sacar niveles, de observar varias alturas de estrellas y distancias lunares; de asistir a los exámenes del Real Seminario de Minería; de estudiar en grandes libros, robustos y copiosos tomos, cuya sola vista infundía respetuoso temor; de revolver en los desorganizados archivos porción de mamotretos polvorosos y arratonados; después de este constante ajeteo de cuerpo y

espíritu, preparaba sus largos escritos y trabajos, entre éstos *Las Tablas Geográfico-Político de México* de donde salió más tarde el famoso *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, «que ha sido la fuente de todos los errores y de todos los aciertos. Este libro fue el inspirador de Mora y de Alamán, de Zavala y del doctor Mier. Sus páginas animaban a los agentes de Jackson en sus planes de filibusterismo. La obra de Humboldt puso celajes magníficos en las obsesiones insensatas de Napoleón III».

Esas *Tablas Geográfico-Político* las escribía en español perfecto, así como otros de sus libros los compuso ya en francés o en alemán, su lengua nativa. Él tenía que escribir a diario, siguiendo el precepto latino que muchos tenemos por norma inquebrantable: *Nulla dies sine linea*, no dejar ni siquiera un día de escribir aunque sea un renglón.

Aunque era gran caminador y gran estudioso; se le fatigaban carne y huesos, así como el entendimiento, y era blando y suave reposorio para su fatiga acercarse a la muy godible Güera que tenía siempre para él mil gracias esparcidas en la boca jugosa, de jugueteón donaire. Era una sensación de viento fresco para su cansancio.

Tras de tantos caminos ásperos y fragosos, al lado de doña María Ignacia gustaba Humboldt de la dulzura del reposo, porque pronto, en un decir Jesús, ella le quitaba sus incómodos cansancios y ya era toda aire para ese deleite que trae consigo el amor. Si antes el tieso Barón ocupaba su atención en pedruscos y variados yerbajos, en largas y frías ringleras de números, fórmulas algebraicas y complicados cálculos astronómicos y geométricos, y en atisbar por los cristales de un anteojo, teodolito o telescopio, ahora se hallaba bien ocupado del contento y hasta un caudaloso gusto le rompía en borbollones o en versos suspirantes de los poetas de sus brumosas tierras germanas. Así días y más días regalaba el alma y parecía como si estuviese subido en la esfera del sol.

La Güera y el Barón andaban juntos y solos por toda la ciudad; se les veía en los paseos muy del brazo en animadas pláticas, muy unidos o en las lentas chalupas que bogaban por el ancho canal de la Orilla, o hallábanse en el palco del Coliseo, muchas veces las manos en las manos. Con su mutuo embeleso casi no atendían a lo que dialogaban floridamente los personajes de la comedia, les importaba un comino el run run que ante su amartelamiento andaba por los palcos, por el patio de lunetas y subía hasta la cazuela.

Él, cuando no tenía esas largas comidas a las que lo obligaba asistir la pegajosa cortesía mexicana, se sentaba a la mesa solo con la Güera en la casa de ésta, quien ponía todos los medios posibles para conseguir el deleite y lo lograba muy a su sabor. Ella le hacía el regalo de platos magníficos, condimentados con vieja pericia, y en vajilla que denotaba el gusto y dinero de su dueña y cocinados al estilo de acá. O bien se los servía al sabio modo francés, que Humboldt amaba tanto, y siempre con

buenos y aromosos vinos de España de los que también gustaba mucho el sabio teutón.

A estos lautos banquetes agregaba otro regalo exquisito, el de la música. Tocaba la Güera en el clavicordio magníficas melodías, muy acordadas, que oyéndolas hacían blanda y fácil la digestión más ardua. También cantaba a la guitarra lindas canciones, «con especial donaire», como la Gitanilla de Cervantes, con muy bonita voz, con cuya suavidad se recreaba el Barón, y le daba consolador alivio a sus trabajos. «Tocaba la guitarra que la hacía hablar y sabía hacer de ella una jaula de pájaros». Si no tenían apetencia de música tramaban pláticas que eran siempre pasatiempo delicioso.

También gustaba mucho la Güera Rodríguez de ir a la casa de Humboldt para continuar placenteras conversaciones y que le satisficiera porción de curiosidades e ignorancias. Le mostraba el Barón sus libros, sus flores y matojos disecados, algunos todavía con el olor suavísimo que tuvieron en el campo; su multicolor colección de mariposas; sus brilladores minerales; animalitos con la exacta apariencia de cuando estaban vivos, y pájaros también de versicolor plumaje e innumerables conchas rosadas, azules, verdes, de vivos tornasoles y de todos los matices, todo ello recogido con incomparable paciencia en cuatro años de penosas expediciones por la América meridional.

Las explicaciones justas y sencillas que daba el Barón, la Güera las escuchaba con atento interés y hasta saboreábalas como si le estuviese diciendo delicadezas, gracias y divinidades. Esas enseñanzas no las encontraba aburridas doña María Ignacia ni intrincadas, ni oscuras, sino antes bien claras y transparentes. Lo arduo se volvía fácil y diáfano al pasar por los labios sapientes de Humboldt, pues deslindaba las cosas magistralmente. En todo iba mostrando las excelencias de su saber.

Igualmente le agradaba mucho a doña María Ignacia que su docto amigo le enseñase sus aparatos científicos y le diera pormenorizadas explicaciones para lo que servía cada uno de ellos y cuál era su manejo. Y como si la dama viese lindas joyas o leves encajes y telas suntuosas para sus vestidos, se deleitaba ante aquellas cosas de extraño mecanismo y para cada una de ellas tenía una clara lección aquel hombre sapiente. Eran los sextantes, niveles de todos tamaños con su inquieta burbuja, círculos repetidores de reflexión, teodolitos, cronómetros, anteojos, glafómetros, brújulas, magnetómetros, barómetros, higrómetros, cianómetros, termómetros, sondas termométricas, escuadras y cadenas de agrimensor, anemómetros, patrones métricos de cristal y de latón para verificar las medidas de longitud, pantógrafos, planchetas para sacar y medir ángulos.

En diciembre, día 9 y año de 1803, con solemnidad y gran festejo, se descubrió en la Plaza Mayor la estatua ecuestre del rey don Carlos IV, obra suprema de don Manuel Tolsá, «el Fidias valenciano» como se dio en llamarle en aquellos días de su

gloria. El sinvergonzón del virrey don Juan de la Grúa Talamanca y Branciforte, fue el que tuvo la idea adulatoria de erigir ese monumento al paciente soberano y mientras que Tolsá se dedicaba a la ímproba tarea del cincelado y pulimento que vino a durar catorce largos meses después de la perfecta fundición, hasta no dejarla de todo a todo limpia, se puso provisionalmente en un hermoso pedestal un bulto hecho de madera y estuco dorado para solemnizar los días del natalicio de la reina doña María Luisa de Parma.

Siete años después en que quedó esplendorosamente terminada la estatua, se dispuso inaugurarla en la fecha que he dado *ut supra*. Estaba cubierta con un amplio velo rojo en el centro de un ancho recinto limitado por alta balaustrada de piedra con cuatro elevadas puertas de hierro de primorosa hechura, obra del metalista Luis Rodríguez de Alconedo. Henchía la plaza de mar a mar, enorme muchedumbre bulliciosa y alharaquenta. Si se intentara meter entre ella un alfiler no hubiese cabido. Ventanas, balcones y azoteas desbordaban de gente curiosa en un rumor incesante de conversaciones.

Había multitud de damas y señores de las más altas casas de México, con gran boato de trajes, en las ventanas y extensa balconería del Real Palacio que ondulaba de tapices y terciopelos colgantes. En el balcón principal destacábase Su Excelencia el virrey Iturrigaray con la virreina, doña María Inés de Jáuregui, rodeados entrambos de entonados dignatarios palatinos, oidores, señoras principales y caballeros de alcurnia, sedas joyantes, encajes, galones, perfumes, plumas multicolores y la pedrería de las alhajas brincando en mil iris de luz.

Allí se encontraba satisfecho el barón de Humboldt con doña María Ignacia Rodríguez de Velasco llena del vivo destello de las joyas y derrochando la gracia de sus mejores palabras. Encantados estaban los dos de ver la abigarrada muchedumbre, palpitante y sonora, llena de fiebre de impaciencia. A una señal del Virrey y como si fuese un resorte exacto, se rasgó en dos el velo colorado que cubría la estatua, que quedó desparramando reflejos en medio de la mañana azul, llena de sol. A ella se enfocaron todas las pupilas. El gentío estaba como atenazado en un asombro quieto. De pronto estalla el apretado trueno de los aplausos. Era una onda larga de ovaciones que extendíase hasta muy lejos. En ventanas, balcones y azoteas había una blanca agitación de pañuelos al viento.

Rompió el límpido cristal del aire el humeante trueno de diez piezas de artillería, unánimemente disparadas. Luego el fragor de las tupidas salvas de los regimientos de la Nueva España, de Dragones y de la Corona. Y al terminar este gran ruido se alzó al cielo un agudo estrépito de clarines y el ronco estruendo de los parches y atronaron los festivos repiques de las campanas de la ciudad entera que envolviéronla ampliamente en su música y la tornaron toda sonora.

Se abrieron las cuatro anchas puertas de la elipse y el oleaje humano se precipitó

por ellas como un agua tumultuosa y contenida a la que le alzan las compuertas para que corra libre. Llenó el ambiente un apretado rumor de comentarios henchidos de admiración. Todo en la ancha plaza eran pláticas y algarabías. Un oleaje de rumor creciente.

Antes de descubrirse la estatua, hubo en la Santa Iglesia Catedral gran solemnidad, ofició la misa de pontifical el arzobispo don Francisco de Lizana y Beaumont, y se cantó un solemne tedeum por la capilla catedralicia con el acompañamiento de la vasta polifonía del órgano. Asistió a esa función solemne, llena de infinitas luces de velas y de cirios y con mucha plata en el altar, no sólo toda la clerecía, sino multitud de frailes de todas las religiones, y con los señores virreyes, lo más principal de la ciudad.

En seguida toda esa vistosa concurrencia se trasladó al Real Palacio para ponerse a sus ventanas y balcones mientras sonaba el amplio gozo de un repique a vuelo y entre él había un estremecido son de brillante trompetería. Poco después aquel elegante señorío tronaba de palmoteos entusiastas en una agitación de manos enjoradas.

Formaron calle los vistosos alabarderos —color blanco con oros y vivos encarnados—, para que pasaran Sus Excelencias los señores virreyes con su largo séquito a ver de cerca el magnífico monumento, obra creada por un magno artífice español de Valencia. La Güera Rodríguez iba feliz del brazo del barón de Humboldt. Encareció el Barón el crecido mérito y belleza de la estatua. No dejaba de celebrarla con amplísimas alabanzas. Todo él se convirtió en aplausos. Habló después, encantando a todos los que lo oyeron, de las grandes estatuas ecuestres que había visto y admirado en sus andanzas por el mundo, en nada superiores a esta magnífica de Carlos IV, sino de igual valor, la del condotiero Bartolomé Colleone en la acuática Venecia, modelada por Andrés Verrocchio; en Padua, la de Erasmo Gattamelata, obra de Donatello; la del pío Marco Aurelio que se yergue en el Capitolio romano. También alabó el Barón la sencillez armoniosa del pedestal que sustentaba el bronce heroico del Rey Carlos IV vestido, o más bien dicho, desvestido a la romana, y coronado, pero no como siempre lo estuvo en vida con largos y puntiagudos adornos debidos a las gracias exquisitas de su fogosa mujer, sino que aquí le puso don Manuel Tolsá simbólicos laureles. Hay más laurel en la real testa que los que necesitara una hábil cocinera para condimentar un buen número de guisados de carne.

Pero la perspicaz y suspicaz Güera Rodríguez en el acto le vio al caballo un defecto mayúsculo y capital en el que nadie había hallado tachas ni menguas, sino que muy al contrario, encontraban en el corcel todo perfecto y todo en su punto y medida. Con la mayor gracia del mundo dijo que estaban a igual altura lo que los hombres, equinos y otros animales, tienen a diferente nivel. Su experiencia personal le enseñó esto de los dídimos, cosa en la que no reparó al insigne valenciano Tolsá.

En seguida, para completar cumplidamente el festejo, hubo gran besamanos en Palacio, con magníficos refrescos, exquisitas suculencias que salieron de los conventos de monjas. Después, banquetes, paseos públicos de gala en la Alameda y en Bucareli, iluminaciones, corridas de toros, lindas comedias en el Coliseo. Hubo un alambicado certamen literario que abrió con excelentes premios el ampuloso y altisonante canónigo don José Mariano Beristáin de Sousa, al que concurrieron numerosos poetas de musa estíptica con versos de enrevesado lenguaje y pesadísimos como el plomo y ni Cristo que lo fundó entendiera semejante jerigonza. Siete años antes este campanudo señor Beristáin, cuando el virrey Branciforte descubrió la dorada estatua provisional, oró un sermón muy hinchadísimo, ostentosamente exornado con la tremenda riqueza de su hiperbólica literatura. Se le llamó el *Sermón del Caballito*.

Además, el señor Arzobispo hizo el buen regalo de un peso de plata y vestido nuevo a doscientos niños pobres. El oidor decano, don Cosme de Mier y su esposa, doña María Iraeta, convidaron a don Manuel Tolsá junto con su mujer, doña Luisa Sáenz, a ir con ellos en coche al paseo público en donde fueron aclamados, y por la noche les ofrecieron un lauto banquete con muchos platos, todos ellos de suculencia extraordinaria, y con gente de alto porte para honrarlos al lado de tan eximio artista. El oidor regaló a Tolsá con un gran tejo de oro de quince marcos.

A toda esta larga y vistosa serie de festejos no faltó, ¿cómo iba a faltar?, la Güera Rodríguez en la buena compañía del barón don Alejandro de Humboldt y en todos ellos era el centro precioso y vital que atraía las miradas como un imán de poder irresistible, a cuya fuerza misteriosa nadie se podía sustraer.

Humboldt y doña María Ignacia casi no se apartaban, eran dos en una voluntad. Eran por unión un cuerpo y un alma. Experimentaban entrambos soberanas dulzuras con estar juntos, bañábanse en los deleites de la vida y nadaban en las aguas de sus gustos propios. Sólo andaban en seguimiento de sus contentos y apetitos, pero todo pasó como flor, que no dura. Tuvieron remate y fin sus contentos. El barón Federico Enrique Alejandro de Humboldt, que era como optimate del Renacimiento, salió de México, lo que fue fin ideal a sus gustosas y largas peripecias con la Güera Rodríguez. Ambos se echaron los dos brazos y al desenlazarse de aquel estrecho abrazo, se alejó el Barón a todo paso, ella lo seguía con los ojos hasta no perderlo de vista y él volvió atrás muchas veces la cabeza. Ese adiós fue arrancárseles el alma y partírseles el corazón.

Escribe la célebre escocesa Francés o Fanny Erskine Inglis, que después fue la marquesa de Calderón de la Barca, que el barón de Humboldt más se enamoró del talento que de la belleza de la Güera Rodríguez, «considerándola como una especie de Madame Staël de Occidente, todo esto me induce a sospechar que el grave y sesudo viajero estuvo bajo la influencia de la fascinación que ejercía la joven y que ni

las minas, ni las montañas, la geografía o geología, ni las conchas fósiles, ni piedras calizas de los Alpes (*alpenkalstein*), le embargaban de tal manera que no pudiese concederse a sí mismo el placer de un ligero stratum de coqueteo. Es un consuelo el pensar que “algunas veces hasta el gran Humboldt dormía”».

Fue para él la singular Güera Rodríguez un breve y tórrido relámpago que le iluminó sus días y también se los quemó con delicia inefable. Subió de lo humano de la ciencia a lo divino del amor.

Jornada décima

CONSPIRACIÓN, INQUISIDORES, DESTIERRO Y OTRAS COSAS

Si los alegres devaneos, siempre de mucho brío, de la Güera Rodríguez, no eran mal vistos en aquella sociedad exigente, y pecata, o, al menos, se les tenía suave tolerancia, y hasta, acaso, levantaban algunas envidias en el alma de tales o cuales señoronas encopetadas, de las de gran recato, que muy en lo íntimo de su ser las alimentaban porque creían también ser buenas merecedoras del disfrute de un amor prohibido, y que, por lo mismo, era de un sabroso agridulce; en cambio, la alta sociedad virreinal no le toleró nunca a doña María Ignacia Rodríguez de Velasco el desentono de ser libre propagadora de la Independencia desde que el cura don Miguel Hidalgo y Costilla la proclamó, hasta que fue consumada por don Agustín de Iturbide, brillante aristócrata criollo.

¿Cómo una señora —decían damas y caballeros de los que bullían elegantes en torno de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco—, cómo una señora de tan altas prendas y elevada prosapia que tenía allegado parentesco o al menos era muy de la amistad de lo más encumbrado de la nobleza mexicana, amiga predilecta del virrey y que concurría, sin faltar a ninguno, a sus lucidos saraos en los que era el centro vivo y luciente de la gracia y en los que su belleza y refinado lujo ponían en todos los ojos un deslumbramiento inevitable; cómo se atrevía, sin recatarse de nadie, a ser del sucio partido de los malditos insurrectos que deseaban malamente la separación de México y España en la que como un sol estaba fulgiendo el generoso rey don Fernando VII que sólo gobernaba con sabiduría y dulzura paternal, no mirando sino por acrecentar, con especial empeño, los beneficios de sus muy amados súbditos los americanos?

No salía la bulliciosa doña María Ignacia de las espléndidas casas de los marqueses, de los condes, de los duques, de las de los oidores, de los oficiales reales, de todas las de los ricos, caballeros de pro. El señor virrey la recibía con agrado; era deudo suyo un inquisidor; el arzobispo se recreaba gozosamente en su amistad; frecuentaba a varios canónigos, a los prelados de las religiones, a una infinidad de frailes y clérigos, mansuetos unos, otros de mucho brío y sapiencia, y delante de todos estos personajes, así como en cualquier parte, celebraba siempre con el brillante desenfado que le era ingénito, las hazañas de los insurgentes y les cantaba entusiastas loores en los oídos de todos.

Mirábanla con asombro y admirábanse de verla que sacase de su boca esas amplísimas alabanzas y que se embraveciera contra aquellos que los combatían y les cantaba el salmo de la maldición. Eso era el espanto de todo el mundo. Decir mal de

los realistas era ser despreciado. Era extraordinario el pasmo que causaba semejante proceder de la Güera Rodríguez, pues todos los ricos y los de alto linaje, eran realistas por firme convicción y no afectos, ¡horror!, a las desordenadas chusmas insurgentes, a las que no veían sino con asqueroso espanto porque no andaban, decían, más que en desaforadas rapiñas, incendios y matanzas.

Los adinerados, los de prosapia, y otra gente de ese tono, no se explicaban el caso bien extraño, de por qué una persona inteligente, de la lujosa aristocracia, con buena fortuna inmobiliaria, fuera adicta con fidelidad a esa gentuza desmandada y cruel, y pensando en esto quedábanse confusos y perplejos, atados de razones. Era clima de los optimates de México despreciar con detestación a los insurgentes y decir de ellos las peores abominaciones; su alabanza era sólo cosa de plebeyos, de insignificantes, de gentecilla ruin del estado llano, aunque ésta tuviese riquezas o letras divinas o humanas, adquiridas ya en el Seminario Tridentino, bien en la Real y Pontificia Universidad. Esos mal nacidos eran más que traidores a su rey y merecían, como tales, ser quemados con leña verde y aventadas después sus cenizas a todos los vientos.

La Güera Rodríguez, con su fértil desparpajo, ensalzaba dondequiera con encarecidos elogios al cura don Miguel Hidalgo, a don Ignacio Allende, a los Aldama, don Juan y el licenciado don Ignacio, y a los hombres denodados que andaban peleando contra el régimen español para hacer libre a México, y decía lindezas contra esa vil alimaña de Fernando VII, vergüenza de la humanidad. Oyéndole esas cosas contra ese insigne bribonazo, la gente timorata levantaba muy compungida los ojos al cielo y santiguábase tres cruces con el espanto untado en el rostro por escuchar esas dicacidades irrespetuosas, dedicadas a su soberano, a quien, indudablemente, allá en lo más hondo y escondido de la conciencia, tenía cada cual el firme convencimiento de que ese ser era una indigna, siniestra, infame y muy despreciable criatura, un «marrajo», como delicadamente lo llamaba su madre, la ardorosa María Luisa de Parma. Todas esas damas y caballeros se asustaban más, mucho más, de oírle decir a la Güera ingeniosas maledicencias contra ese sucio mentecato, que de las turbulencias de esa inflamable señora.

Es cosa bien sabida que el cura Hidalgo era de gran sociabilidad, amigable y comerciable con todos, poseía buena conversación y un exquisito don de gentes, todo lo cual hacía conquistar buenos, excelentes amigos por todas partes. Algunas de las amistades que cultivaba con especial esmero en provincias, eran como la del tercer conde de Sierra Gorda, que era el canónigo don Mariano Timoteo Escandón y Llera, don Manuel Abad y Queipo, gobernador y vicario capitular de la diócesis de Michoacán y considerado como su obispo, el intendente don Juan Antonio Riaño, el riquísimo don José Mariano Sardaneta y Llorente, marqués de Rayas, don Juan Vicente Alamán, y su esposa, doña María Ignacia Nepomuceno Escalada, entonados

padres de don Lucas el gran historiador, don Juan Moneada y Berrio, marqués del Jaral de Berrio, don Francisco de Paula Luna Arellano Gorráez Malo y Medina, mariscal de Castilla, fastuoso señor, salaz y nigromántico. Hay que añadir a esta enumeración de próceres, algunos muy especiales, residentes en la ciudad de México, tales como el conde de San Mateo de Valparaíso y varios otros miembros de la nobleza, y la famosísima Güera Rodríguez, la que, ya con alabanzas, y con censuras, andaba en las lenguas de todos.

Es casi seguro que el sutil don Miguel Hidalgo, en sus viajes a la capital, no dejaba de hacer interesadas visitas a esta dama como las hacía a muchos otros señores de casas principales, y que en ellas, con su perspicaz e ingeniosa habilidad, procuró atraerla a la noble causa de la que sería el principal caudillo, toda vez que doña María Ignacia Rodríguez de Velasco empezó a dar buena ayuda en dinero antes de la proclamación de la independencia, la que causó tantísimo alboroto en todo el reino.

Ya puestos de acuerdo Hidalgo y Allende en llevar a cabo la lucha y en plena connivencia con los conjurados de San Miguel el Grande y los de Querétaro, no sólo procuraron con el mayor empeño y sigilo hacer abundante aprovisionamiento de armas, municiones y de toda suerte de pertrechos de guerra, sino reunir fondos para las primeras necesidades de la lucha que iban a emprender, y el propio Allende determinó dedicar a este objeto todos los productos de un molino harinero que era de su propiedad en los alrededores de Querétaro. Por cierto que la vigilante atención de maquilas y otras cosas atañederas al negocio, le servía al Capitán de buen pretexto para encubrir sus frecuentes viajes a aquella ciudad con la mira principal de estar siempre en contacto con las recatadas juntas conspiradoras.

El cura Hidalgo, a quien desde estudiante, con atinado apodo, llamaban *El Zorro* por lo ladino, sutil, astuto y pronto para advertirlo todo, había procurado atraer, entre otros, a Juan Garrido, tambor mayor del batallón Provincial de Guanajuato. Este tímido sujeto, lleno de tembloroso miedo, se denunció a sí mismo el 13 de septiembre de 1810, como complicado en el movimiento libertador, con el especial encargo de seducir a sus compañeros de armas y que para esta faena el Cura le entregó competente cantidad de dinero, la que Garrido mostró íntegra, sin nada faltante, para que se viera que no decía embustes, pues dijo que abominaba la mentira por ser temeroso de Dios y de sus santas leyes.

El intendente de Guanajuato, don Juan Antonio Riaño, no creía en el levantamiento de su buen amigo don Miguel Hidalgo, pero le dio crédito a esa noticia por el contenido de unos irrefutables documentos que le mostró el capitán del ya dicho Batallón Provincial de Guanajuato, don Francisco Bustamante, y entonces convenció fácilmente a Juan Garrido con la amenaza de mandarlo matar si no aceptaba al punto de ir como espía al pueblo de Dolores para traerle amplios y verídicos datos, con fundados testimonios, de lo que allá se tramaba y hacía. El

Garrido, como era natural, accedió de mil amores, a ocuparse en lo que se le pedía, ya que se emplearon tan excelentes y efectivos argumentos para persuadirlo totalmente. Es muy eficaz manera avisar con el castigo.

Fue a Dolores con toda prisa e hizo buena caza de noticias fidedignas que en seguida y corriendo vino a Guanajuato a poner en los oídos del incrédulo Intendente, con las que ya salió este señor de sus dudas y llegó al convencimiento. Ya tuvo certidumbre infalible.

Refirió de manera pormenorizada el tambor Garrido que Hidalgo era la cabeza visible de la facción y quiénes eran los principales inodados en el plan de independencia; que había almacenadas gran cantidad de armas punzocortantes; que doña Ignacia Rodríguez, conocida por la Güera Rodríguez «famosísima por su extraordinaria belleza» y que vivía en la ciudad de México, «daba dinero para la revolución», y que, por último, «la invasión debería de empezar el día primero próximo de octubre, por Querétaro o Guanajuato, llevando los sediciosos un estandarte con nuestra Señora de Guadalupe para alucinar al pueblo». Esto declaró de palabra Juan Garrido, pero todo cuanto fue refiriendo se le tomó circunstancialmente por escrito y este documento importante lo publica don Luis Castillo Ledón en su magnífico libro *Hidalgo*. Allí puede verse y leerse.

Una vez dado el «grito» doña María Ignacia fue citada a la temerosa Inquisición por la denuncia del cobarde espía Juan Garrido, a responder de los cargos que le hacía, el «en teoría Tribunal de la Fe, pero en la realidad, extraordinariamente nacionalista», que ya desde principios del reinado de Felipe II estaba «identificado en demasiadas ocasiones con la voluntad del Rey, hasta el punto de convertirse a veces en instrumentos de éste, para fines que no afectaban a la religión y cuya relación con ella había que forzar o, francamente, inventar».

La Güera Rodríguez no se alteró ni en lo mínimo con esa cita. A cualquiera otra persona se le hubiese helado el alma, llenándosele de temblores, pero ella se quedó muy ufana y sosegada como si una amiga suya le hubiese convidado a tomar en un estrado una jícara de chocolate. Presentóse en la temible «casa de la esquina chata» más campante que nunca, con el rostro muy arrebolado y compuestos los rizos. Iba bien vestida y vistosa, ataviada con el refinado lujo que tenía por costumbre usar. La fuerte seda de su ampulosa falda susurraba alegre al cruzar por las apenumbadas estancias, llenas de grave silencio y de muebles oscuros, austeros, espectrales en aquel ambiente sombrío, parece que tenían ceño y efluían en las manchas y frías cámaras, algo temeroso, un espanto perturbador.

Y los retratos de personajes de otros tiempos que honraban las paredes, con rostros amarillos o de palidez plomiza, que descubrían cólera fácil o altivo menosprecio, desde lo alto de sus marcos dorados veían con sus ojos inmóviles, con miradas ya ásperas o soberbias, aquella donairosa señora que ante ellos pasaba

sonriendo con deliciosa gracia entre un amplio rumor de sedas agitadas. Si por alguna milagrosa casualidad rompieran a hablar los torvos varones y le dirigieran la palabra a esa dama gentil, llena de donaire, no lo harían, ciertamente, con enérgicas voces en consonancia con su ceño hosco, sino que le dirían frases amables, llenas de sosiego y amor.

Se plantó la Güera ante los inquisidores muy garbosa y decidida y después de pasarles la vista junto con una sonrisa, les hizo larga reverencia como si fuese el airoso remate de una figura de pavana, de gallarda o de ceremonioso minué. Desplegó en seguida la pompa multicolor de su abanico de nácar y empezó a agitarlo frente a su pecho con lenta y suave parsimonia, con toda la tranquilidad del mundo. Volvió a sonreír con apacible encanto. A cada contoneo de su talle despedía una fragancia almizclada y oriental.

Ya que los graves señores no se la ofrecieron, tomó una silla con todo sosiego, se sentó y se puso a arreglar los múltiples pliegues de su traje y cuando terminó con esta faena elegante, subió sus manos, mórbidas, afiladas y breves, en las que había sortijas fulgurantes, a componer el cabello, no porque estuviese en desorden, no, sino por frívolo prurito de vanidad exhibita, para lucir su níveo encanto y el pulido donaire de sus movimientos; después las bajó y las puso, como descansando unos instantes, en el enfaldo de su vestido y en seguida tomó de nuevo una de ellas el versicolor ventalle y se dio a abanicarse con pausada delicia, muellemente. El vigor jamás huía de su ánimo. En aquel pesado silencio se oía el repetido choque de las varillas de nácar sobre las joyas que adornaban su pecho.

La audacia de la elegante señora pasmó a los severos varones que la iban a juzgar por nefandos delitos, por los que se imponían recios castigos y cárceles perpetuas. No los temía la Güera, no era medrosa ni cobarde, sino antes bien muy decidida; hombres muy de pelo en pecho en esa sala y ante esos señores hoscós, de negras vestiduras y altos bonetes de pico, ya se estaban rezumando de miedo, y aun antes de entrar en la anchurosa estancia, hallábanse ciscados y temblando del temor que iban a tener. La Güera Rodríguez no se arredraba con nada, ni ante nadie se le vio inmutarse, así es que encontrábase en aquel lugar, ni temerosa ni falta de ánimo y vigor. No tenía ningún desasosiego, el susto no entraba en su corazón. Pisaba siempre de valentía.

Aquello para la desaprensiva señora no eran sino cocos y asombros de niños y ella no se embarazaba con semejantes cosas. La Güera, como se dice de los miedosos, no había comido liebre ni mucha gallina. Era doña María Ignacia de recio ánimo, no se alteraba bajamente con temores, en ninguna ocasión perdía sus bríos. Jamás fue pusilánime ni de afeminado corazón.

Uno de los austeros jueces era su muy conocido porque dizque quiso tener con ella retozones deslices; otro de aquellos rígidos jueces era su allegado y ella le sabía

bien algunas ocultas y sabrosillas trapisondas con las que decoraba el acético rigor de su vida solitaria. Así es que los tres señores de imponente rigidez con sus negras gramallas, tras de su amplia mesa encubierta de rojo damasco, con su crucifijo y sus dos candelabros que a los muy hombres les helaban la sangre, poniéndolos en gran espanto, no eran para la Güera Rodríguez sino vientos y espantajos de niños y de bestias asustadizas.

Les atronó las orejas al preguntarles, con la mayor naturalidad del mundo y gran dulzura en la voz, si ellos que eran esto y lo otro, y lo de más allá, y que habían hecho tales y cuales cosas, ¿serían capaces de abrirle causa y de sentenciarla? Y esto y lo otro y lo de más allá y aquellas cosas lindas y apetitosas que habían ejecutado, se las soltó con nimios detalles que dejaron turulatos a los tres señores, y una a una se las fue enumerando con brusquedad, sin cuidados eufemismos, ni suavidades emolientes. Bien claro les descubrió sus grandes secretos y les manifestó que habían cundido por trescientas partes y, con toda frescura, les empezó a quitar el embozo a sus recatados encubiertos. En los tres graves varones puso, sin reparó, la graciosa y pervertida malignidad de su lengua, que les encendió los rostros como si les hubiesen arrimado una roja bengala.

Sus Señorías estaban atónitos, con la boca enmudecida y los ojos en gran expectación, porque aquella desenvuelta señora estaba dando a conocer a unos y a otros las lindezas que cada quien creía tener muy escondidas, siete estados bajo tierra. Todos sus galanes divertimientos estaban allí, con muy picantes añadidos que los ruborizaban, y su temor se entremezcló con enojo cuando les dijo la Güera Rodríguez con el lindo rostro bañado en la luz de sus sonrisas, que los gustosos vicios que tenían eran ya públicos y notorios y se contaban por las plazas y sobre ellos se componían coplas y decían donaires, pero que estaban en lo justo de hacer lo que hacían porque las bestias apetece su propagación. Los derribó con la filosa espada de su lengua.

Salió muy airosa la dama dejando en el temeroso y vasto salón de audiencias el fulgor de su sonrisa y la suave delicadeza de su perfume. Ya en la puerta por la que se accedía a este tétrico recinto, se volvió llena de gracia e hizo una larga reverencia, ante el asombro de Sus Señorías, todos descoloridos y trémulos. Abrió de nuevo su policromado abanico de descubretalle y se fue firme y altiva, dándose aire con mucha gentileza entre el vasto frufú de sus sedas que sonaban armoniosamente con la eurytmia de su andar.

Lo que pasó en esta audiencia tan de secreto, no sé como se puso pronto a la publicidad. Empezó a susurrarse, con mucho misterio, de un oído a otro. Pero un secreto dicho en secreto a uno, se descubre en secreto a otro, y de los dos secretos resulta un no secreto que empieza a esparcirse y pregonarse con el adorno de muchos añadidos.

Así, a este suceso chistoso cada cual que lo escuchaba agregábale flecos, borlas,

volantes, mil faralaes y ringorrangos; de boca en boca, fue creciendo la sabrosa historia de la que todo el mundo hacía comidilla y burla con mucha risa y por dondequiera era llevada en chacota. Los austeros señores de la Inquisición, de quien ya todos descreían, fueron alguacilados como el alguacil del cuento.

Para definir en este tiempo lo que era el Santo Tribunal de la Fe se decía:

*¿Qué cosa es Inquisición?
un Cristo, dos candeleros,
y tres grandes majaderos,
esta es su definición.*

El proceso, iniciado con lentitud calmosa, «rayó en lo jocos». ^[3] Intervino con su suave benevolencia el bonachón arzobispo-uirrey, don Francisco Xavier de Lizana y Beaumont, para que ya dejasen de ir y venir por la ciudad aquellas cosas regocijadas que cada quien echaba con beneplácito a la calle. El Arzobispo-uirrey condenó a la Güera Rodríguez a destierro: tendría que irse a Querétaro por breve tiempo. Ésa fue su rigurosa justicia. No tenía mayor importancia el castigo de alejamiento de la ciudad de México que se le impuso, leve pena, tal como se manda a un niño travieso que permanezca un rato de pie en un rincón.

Pero la donairosa dama, antes de partir al lugar quieto y levítico, designado para su castigo, anduvo con malignidades irónicas muy saladas despidiéndose de sus numerosos amigos, tal como si fuese a emprender largo viaje a ultramar. Con su lengua que de tan filosa que era cortaba ella de vestir, hería sin cesar los hechos, nada unciosos, de los inquisidores, sanitarios de la Fe, que, tan viejos como eran, parecía cosa de mentira que tuviesen aún en la sangre rijosos hervores de juventud. Telarañas con vida.

En todos los estrados en que tomaba asiento doña María Ignacia, acudían a su boca palabras murmurantes y maliciosas, ya entre olorosa sopa y sopa de chocolate, o ya entre trago y trago de rosoli, de clarea o agraz, con que le regalaban la visita, y un murmullo picaresco zigzagueaba a través de la concurrencia. Con mucho gracejo le minaba la honra y fama a cada fogoso inquisidor, pues el que se la hacía a la Güera no se escapaba del sutil azote de su lengua. Sus dichos se los celebraban todos los de la elegante tertulia con jocunda alegría, nutriéndose con gran placer, considerablemente, de prójimo. En todas las casas a las que concurría, dejaba con desenvuelta brillantez claras memorias de su ingenio.

No sólo esta vez anduvo en la Santa Inquisición el nombre, famoso y de estruendo, de la Rodríguez de Velasco, sino que antes sonó en sus estrados. Don Mariano Sánchez Espinosa de Mora Luna y Pérez y Calderón —tomad resuello para decir esta cáfila de apellidos—, conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, capitán que era de la cuarta compañía del «Escuadrón de patriotas distinguidos de

Fernando VII», era un cotorrón. Dice *Facundo*, seudónimo bajo el que escribió el observador y curioso don José Tomás de Cuéllar la extensa serie de sus libros costumbristas de *La linterna mágica*, en el tomo x que lo forman *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, que los señores que no tenían nada que hacer, que oían misa todos los días en el Señor de Santa Teresa y visitaban a Nuestro Amo, que paseaban en coche y se recogían temprano, eran llamados en tiempo de la Güera Rodríguez «cotorrones». El Conde éste era un «cotorrón de los que creían que no les ha alcanzado *la maldición del trabajo*, y están listos para morir a cualquier hora que se ofrezca».

Estaba este señor timorato y tolondro, lleno de mil escrúpulos ridículos y ajenos de razón. Todo se le hacía pecaminoso y protervo a esta estólida rata de sacristía, y sin que el caso le fuera ni le viniera, ni al necio tontón le importara cosa alguna, creyó era negocio digno, a su parecer, de grande consideración, y para salir del horrendo pecado en que había caído por ver, ¡horror, santo cielo!, lo espantoso que vio y salvar así a su pobre alma de las lumbres del purgatorio, fue de prisa y corriendo, casi desolado, al Oratorio de San Felipe Neri a buscar al Prepósito de este instituto, doctor don José Antonio Tirado y Priego, comisario del Santo Oficio de la Inquisición.

Ya ante él dijo el Conde bobalías que iba a hacerle una muy importante denuncia y entonces el Prepósito llamó al doctor don Juan Bautista Calvillo, presbítero del mismo Oratorio, para que sirviese de notario en las diligencias que se harían en la acusación que iba a presentar el conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco — que era esto lo que, acaso, tenía en vez de sesos el tal zonzorrión—, en virtud, dijo, de la cosa horrenda que habían contemplado sus pobres ojos mortales que se había de comer la tierra no supo cómo no cegaron al ponerlos encima de aquella nefanda espantosidad. Al decir esto se daba furibundos golpes de pecho y después se santiguaba.

Con aquellos largos aspavientos, aquel azoro y temblor, creyeron los filipenses que el Conde iba a delatar un horrible delito contra la fe, del que no se podía hablar sino con repugnancia y horror, y preguntando para qué había pedido esa audiencia, dijo, que después de jurar y perjurar por Dios Nuestro Señor y la Santa Cruz, que hizo con los dedos de su mano, que iba a decir la pura verdad y que, además, guardaría el secreto:

—Que estaba presente en aquel bendito lugar «para denunciar al Santo Oficio un retrato en cera de medio relieve que representaba a doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, viuda en segundas nupcias de don Juan Ignacio Briones; el cual llevó a la casa del denunciante su autor don Francisco Rodríguez, fabricante de los dichos retratos, que vive en la calle de la Amargura N° 10. Que no se acuerda del día pero que sí fue en la semana de este mes que comenzó el día siete, después de la oración de la noche, estando el exponente en su gabinete en compañía de la señora su esposa,

la prima de ésta, doña María Manuela Sandoval y Moscoso. Que aunque el citado fabricante llevaba otros retratos, el de la Rodríguez sólo lo enseñó al declarante con reserva, y los demás también a las otras, que manifestaron encandalizarse de los de la Panes, y una de Valladolid (que no sabe quién es), porque los pechos estaban muy descubiertos. Que el de la Rodríguez los tenía enteramente de fuera, de suerte que hace memoria el declarante, aunque no puede afirmarse, que se le veía el ombligo. Y porque cree no haberse explicado bastante, dice: que el retrato era de medio cuerpo, y todo él estaba desnudo y aun sin camisa hasta el estómago, en donde comenzaba un drapeo azul hacia lo inferior. Que preguntando el declarante para quién era este retrato, respondió el autor que para la misma Rodríguez retratada. Que no es éste el único retrato indecente que ha fabricado el citado don Francisco, pues el declarante ha visto muchos y entre ellos el de la señora Mariscala de Castilla, los cuales son para la mayor parte como los que ha referido antes de la Panes. Que el dicho fabricante Rodríguez, contó al que declara, ya que el señor Inquisidor Prado, había hecho pedazos otro retrato de la misma Rodríguez fabricado por él».

Y con todo esto que soltó el zorrocloco conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, sintió un dulce descargo en su conciencia atribulada, un bienestar incomparable, respiró hondo y acentuósele el alivio. Pero se le volvió a preguntar «por las señas y demás del denunciado» y dijo:

«Que le parece es mexicano, y sabe que es casado, aunque ignora quién es su mujer; que será de veinte y tantos años, blanco, bajo de cuerpo, delgado, cariaguileño, ojos azules, pelo castaño, pelón, de levita, pantalón y media bota; y de su conducta sólo ha oído decir que es un poco afecto al juego».

Le hizo al motolito otra pregunta el Prepósito: «¿Si sabéis que alguna otra persona haya dicho o hecho cosa que sea o parezca ser contra Nuestra Santa Fe, buenas costumbres, o recto proceder del Santo Oficio?» y contestó el don Mariano que no sabía. Le fue leída su denuncia y manifestó muy complacido «que estaba bien escrita y asentada y que en ella se afirma, no por odio o mala voluntad sino en descargo de su conciencia» atribulada. Y después de esto puso su firma y el señor Comisario también echó la suya.

Pero de aquí no pasó este atroz y abominable crimen que hizo sonreír sutilmente al Prepósito al cambiar una mirada leve de malicia con el presbítero Calvillo, negocio que tanto y tanto perturbó al zonzoso señor conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, cuya mente forjaba mil quimeras de delitos. Esta diligencia se llevó a cabo el 16 de julio y año de 1811. Se encuentra en el Archivo General y Público de la Nación, en el tomo número 1453 del ramo Inquisición, folios 187-198.

Por lo visto muchas señoras mexicanas de aquel entonces, de las de más alcurnia y distinción, tenían a inocente gala el hacerse retratar con la menos cantidad de ropa posible sobre sus carnes o si acaso se las cubrían, hacíanlo, lo que no era taparlas, con

una ilusión de tul o una tenue túnica de vilanos Con esto seguían con fiel obediencia, los dictados de la moda que andaba entre las damas europeas, a las que afamados escultores y pintores las trasladaban al mármol o al lienzo sin que siquiera cubriese la clásica hoja de parra una mínima parte de su persona, lo que manda el pudor que no se vea.

Para clara muestra allí está nada menos en el Museo del Prado de Madrid el retrato que pintó don Francisco de Goya y Lucientes de la manolesca doña María Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, que se halla como salió del vientre de su madre, y en el fresco traje edénico el de Paulina Bonaparte, a quien retrató Canova como «Venus Victoriosa». La escultura se conserva en el Museo de la Villa Borghese, de Roma. Paulina era la segunda hermana de Napoleón I; viuda del general Leclerc (que murió de fiebre amarilla en la isla de la Tortuga, al norte de Santo Domingo), casó en segundas nupcias con el Príncipe Borghese. Canova la retrató cuando ya era princesa Borghese.

Volviendo un poco más sobre el conde del Peñasco, de parvo discurrir, pues vale la pena para saber cómo era este infeliz papatoste, diré que fue el que acusó, sólo por simples figuraciones, sin razón alguna, al famoso metalista Luis Rodríguez de Alconedo, de que tenía un terrible plan contra los españoles y a favor de la independencia de México, con lo que causó al insigne artista prisiones y hasta se le deportó a España bajo partida de registro. El bobarrión del Conde ése tenía ingerido el espíritu de entender al revés.

Era el señor Conde un badulaque lleno de melindrosos escrúpulos, uno de esos tontos que si se dedicaran a ser inofensivos se le tendría una compasiva simpatía y lástima por la confusa cerrazón de su cerebro, pero, es lo grave, que tales seres se quieren hacer pasar por inteligentes y eso es su perdición, y entonces tienen nuestra risa o nuestro desprecio más absoluto. El general don Álvaro Obregón dijo cierta vez que lo peor del mundo era un tonto con iniciativa. Pero ¡ay!, digo yo, que lo más insoportable es un tonto adulterado por la lectura.

Y vuelvo a mi narración de la que me sacaron muy a mi gusto los retratos que denunció al filipense doctor don Juan Bautista Calvillo, comisario de la Inquisición, el tontivano conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco. Paz para semejante bobatel.

La Güera Rodríguez, para amenizar en Querétaro el aburrido destierro y para no estar ociosa, pues la ociosidad bien se sabe que es madre de todos los vicios, se ocupó activamente en la busca y rebusca de galanteces, y, tal vez, algunos de ellos le modificó el ritmo afectivo de su corazón, pocos no le faltaron, siempre los tuvo, y si no le salían de por sí, ella, gentilmente, procurábaselos con alegre facilidad. Regresó a México antes de concluir su agradable condena. Con más alegría siguió poniendo sal y pimienta con su correspondiente puntita de ajo en todas sus palabras. Tuvo

muchos y buenos galanes que la sirvieron. ¡Qué verdad es el dicho: amar es bueno, ser amado mejor; lo uno es servir, lo otro ser señor!

Trajo este viento arrebatado y oloroso al puro retortero, a un riquísimo notario que andaba en un continuo suspirar por ella, aferrado en su obstinación amatoria hasta dejar en olvido sus escrituras y protocolos y sin poder trazar ya con pulso firme el complicado signo que ponía al par de su nombre, encaramado en revuelta rúbrica. Con ella desperdició como pródigo gran parte de su fortuna por servirla y regalarla.

Se recreó en seguida la Güera, muy lindamente, con un médico gordo, barrigote, de buena alma, que ya no atinaba con sus récipes, ni sabía el pobre, a derechas, cuál era la lanceta para sangrar y cuál el hierro con el que se atisba en la garganta enferma. Tomaba unas cosas por otras, porque tenía obscurecido y tonto el entendimiento, y así su juicio no distinguía la equivocación del acierto. Ya no llevaba pies ni cabeza en cuanto decía; todo era desconciertos y desvaríos. No sabía si estaba loco, muerto o vivo. La piadosísima Güera, ¡caramba, qué gran corazón el suyo!, con el noble fin de sacarlo de aquel lamentable estado de alelada indiotez, le concedió unos meses su amistad pura, sin mancha, y con el pobre tontucio tomó solaz y entretenimiento. Además le gustó porque tenía, como los buenos vinos, calidad, finura y vejez y, además, olor. Olor a hombre o a macho cabrío.

Aún tuvo la dama pasajero antojo de ciencia y trajo a mal traer y de pura cabeza, pero no pasó de allí, a un sapientísimo maestro, togado él y lleno de ínfulas con todos los colores universitarios, con quien satisfizo ampliamente sus loables caprichos de saber. Después a ella y a un poderoso abogado el ferrete de la simpatía los unió estrechamente. En otros juguetones devaneos anduvo metida y de ello hablábase mucho y mal, suministraba a su pasión continuo alimento esta doña Juana Tenorio, pues ganó las inclinaciones de mozos fornidos y vigorosos, bestias magníficas de gran aguante en los caminos del amor.

Su ancho corazón, aunque lleno de amor, se llenaba más cada día. Era una sed que no se le apagaba, pues creíase que se le extinguía y tornábale a salir irresistible. Los variados elementos de su carne y de su espíritu confluían sinfónicamente a aumentársela. Decían que su exuberancia vital era clara prueba de que tenía los humores alterados y que para este mal no se encontraba ningún remedio en la botica. La Güera Rodríguez ninguna pasión la transformó en amistad, sino que ésta, muchas veces, la hizo amor.

Jornada decimaprimera

PRISIÓN DE AMOR

Una vía llevaba don Agustín de Iturbide y Arámburo, Arregi, Carrillo y Villaseñor y por otro camino distinto iba doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, pero en un cruce de esas sendas el Destino los juntó y se trabaron sus vidas. Y aquí de la eficacia expresiva de los simples símiles: la carne y la uña, el olmo y la vid, la llama y el pábilo.

En el año de 1808 en el que villanamente fue depuesto y arrestado el virrey don José de Iturrigaray por algo más de trescientos dependientes de casas españolas de comercio y otro puñado de mozos de hacienda, acaudillando esta turba el ambicioso don Gabriel Yermo, don Agustín Iturbide que era por aquel entonces simple subteniente —contaba treinta y cinco años—, se apresuró ansiosamente a ofrecer sus importantes servicios al nuevo gobierno que surgió del vergonzoso motín de los mentecatos *chaquetas*.

En 1809, traicionó vilmente con su denuncia a los fieles patriotas de Valladolid —los dos Michelena, don José María el militar y el licenciado don José Nicolás, el capitán don José María García Obeso, el cura de Huango don Manuel Ruiz de Chávez, el franciscano Fray Vicente de Santa María, el comandante don Mariano Quevedo, el licenciado Soto Saldaña y alguno otro u otros— los denunció por la razón toral de que, siendo alférez en ese tiempo, no lo hicieron mariscal de campo como era su vivo y ardiente deseo.

El cura don Miguel Hidalgo le ofreció el nombramiento de teniente coronel si se unía a sus huestes, cosa que rehusó don Agustín no por adicta fidelidad a la Corona como se creyera, sino porque miró claro que aumentaría más sus provechos que era lo que le importaba, combatiendo a los insurgentes que formar en sus filas. Y así fue como allegó grandes riquezas. Desde 1810 dedicóse tenazmente a combatirlos y a perseguirlos con exceso de crueldad hasta el año de 1816 en que se le separó del mando del ejército del Norte, en virtud de las graves y constantes acusaciones que le hicieron algunas casas de importancia de Querétaro y Guanajuato, por los numerosos desmanes y sinrazones que cometió con ellas y no era nada falso lo que le imponían, pues que impulsado por loca ansiedad de enriquecerse pronto a costa de lo que fuera, atropellaba las leyes, incurría en mil excesos e injusticias.

Estaba a la sazón en México para responder a los cargos que justificadamente le hacían, pero como era hombre astuto, de muchas mañas, enredos y sin escrúpulos pacatos para romper impedimentos y dificultades, echó sus coordenadas y cálculos y buscando embustes y falsas apariencias se hizo muy de la amistad de don Matías

Monteagudo, prepósito que era de la Casa Profesa e inquisidor honorario, y aun entró muy devoto, humilde y contrito, en una tanda de ejercicios espirituales sólo con el interesado fin de lograr una recomendación eficaz para el oidor don Miguel Bataller, de quien, como auditor, dependía el despacho de su causa.

Estos engaños los manejaba muy bien Iturbide. Tenía la ostensible devoción de rezar todas las noches el rosario y si andaba en campaña lo decía casi a voz en grito para que lo oyeran los soldados, y si estaba en la ciudad, por más tarde que llegara a su casa lo rezaba con sus familiares y criados.

Escribe don Mariano Torrente en su *Historia de la Independencia de México* que «para acabar de deslumbrar a los fieles realistas, pasó Iturbide a hacer unos ejemplares ejercicios en el convento de la Profesa, durante cuyo tiempo recibió de todos los asociados los más útiles consejos y enérgicas amonestaciones; mas si bien aparentaba este pérfido confidente un aire exterior edificante y una dócil conformidad con las instrucciones de sus maestros, tenía premeditado burlar a unas y a otros, y valerse de tan favorables elementos en su propio provecho».

Iturbide enmieló con su miel, pues tan excelente y amplia obtuvo la recomendación que deseaba, que se sobreseyó su proceso, devolviéndole, además, aunque sólo fuera de nombre, el mando de sus tropas, al frente de las cuales se hizo poseedor de buen historial de ferocidades con las que deslucía sus triunfos, porque Iturbide, al lado de enorme luz, proyectaba sombras llenas de contrastes.

El Gobierno, como para estar contento con él y tenerlo a su lado de buen amigo, le arrendó a bajo precio, que nunca le cobró, *La Compañía*, finca rústica cercana a Chalco, que fue propiedad de los jesuitas y que no se vendió como todos los bienes que les intervinieron a los padres ignacianos por estar dedicada a fomentar con sus productos las misiones de California. Esa hacienda la utilizaba el Estado con mucho provecho para favorecer graciosamente a aquellos sujetos que le convenía tener gratos.

Siguió el coronel Iturbide en México medito alegremente en un alborotado desenfreno. Escribe don Vicente Rocafructe que «vivía sólo entregado al juego que es una de sus favoritas pasiones, y abandonado a sus vergonzosos amores». El irrecusable don Lucas Alamán, dice: «Iturbide en la flor de la edad, de aventajada presencia, de modales cultos y agradables, hablar grato e insinuante, bien recibido en la sociedad, se entregó sin templanza a las disipaciones de la capital, que acabaron por causar graves disensiones en el interior de su familia», o sea, que estaba muy separado de su esposa, la rica doña Ana María Huarte. Don Agustín pasaba de pasión y llegaba a desatino y locura. Con abundante prodigalidad derrochaba y así deshizo una gran máquina de bienes. Sólo empleaba la noche en liviandades, «en medio de una sociedad —cito a Poinsett— que no se distinguía por su moral estricta, él sobresalía por su inmoralidad». Él mismo en sus *Memorias* que dictó a su sobrino

don José R. Malo, afirma que al retirarse a la capital del virreinato fue a seguir «cultivando mis pasiones». Vida abrasada y frenética.

Puso siempre por obra la impiedad. Los ruegos no hallaban en él clemencia. A donde llegaba hacía cruel carnicería. Furores y crueldades ejecutaba con los insurgentes. Tino siempre los castigos con mucha sangre. Cientos y cientos de estos patriotas fueron fusilados. Dice don Francisco Bulnes que «era un hombre de guerra notablemente cruel y acostumbrado a matar tanto como a comer y dormir». Hablando de la crueldad de Iturbide asienta don José María Coellar «que cuando no mataba o causaba un daño efectivo, lo inventaba en sus partes militares, en los que se nota no sólo el deseo de agradar a sus superiores con promesas falsas, sino cierta voluptuosidad morbosa que se deleitaba con hacer muertos aunque fuera con la pluma en el papel». Y don Justo Sierra afirma por su parte, que «tenía detrás una larga historia de hechos sangrientos y de abusos y extorsiones; era la historia de su ambición... exageró su celo, lo que calentó al rojo blanco, por lo mismo que no era sincero, y la espada de represión se tino en sus manos de sangre insurgente hasta la empuñadura».

Y así y todo muchos hay que quieren hacerlo pasar por un blanco cordero sin mácula, cuando no era sino hombre, todo un hombre hecho de carne pecadora. El padre jesuita, don Mariano Cuevas, en su libro *El Libertador*, se afana en querer persuadir que no era sino un delicado y suave San Francisco de Asís con sable y charreteras.

Con su genio altivo, dominante y arrebatado de orgullo, manifestaba dondequiera su necio despotismo. A un tal Gilbert, que dizque había dicho de él cosas feas y que, por lo tanto, no le parecieron, lo obligó a firmar un recibo de veinticinco azotes que le mandó dar a muy buen son, bien repicados. Esto mismo hizo alguna vez Federico el Grande y el coronel Iturbide quiso imitarle. Sí fue de su sola invención el ordenar que al alcalde de Xalapa, don Bernabé Elias, le pusieran un albarda con todos sus atalajes por el gravísimo delito de no haberle podido facilitar unas muías que necesitaba para que cargasen no sé qué cosas.

Si necesitaba dinero, que siempre lo había menester y con urgencia, «lo tomaba donde podía» sin ningunas dificultades, lo asienta así don Carlos Navarro y Rodrigo. Esto lo hizo repetidas veces y no sólo cuando andaba en la guerra persiguiendo y matando insurgentes, sino que aún siendo emperador ordenó el secuestro de todos los cuantiosos bienes de los herederos de Hernán Cortés, de los que sacó no pocos provechos.

Carecía de escrúpulos para apoderarse de lo ajeno. Aprovechaba bonitamente su elevado puesto militar para realizar negocios suculentos que le rendían crecidas ganancias. Llevaba a Guanajuato cargamentos de azogue, necesarísimo para beneficiar la plata, y, además, conducía otros muchos, artículos también

indispensables a los mineros, todo lo cual vendía a elevadísimos precios porque solía mañosamente «retardar el envío de estos cargamentos, siendo jefe de las fuerzas que custodiaban los convoyes». Esto afirma y no miente, el dicho don Carlos Navarro y Rodrigo.

Hasta con la vida negociaba el señor don Agustín de Iturbide. Vaya aquí un solo botón de muestra para saber cómo las gastaba este señor. Se aprisionó a don Juan Sein para fusilarlo, pero se le perdonó el grave delito de ser simpatizador de la Independencia mediante el pago de ocho mil pesos contantes y sonantes que se repartieron amigablemente el virrey don Félix María Calleja, su listo secretario Villamil y el no menos avisado don Agustín.

El Padre Lavarrieta que conoció muy de cerca tanto a este señor como a su familia, rindió un informe confidencial al virrey Calleja en el que, claro, nada nuevo decía que no supiese este sanguinario sujeto. «No solamente —pone en su escrito, julio de 1816—, se hizo comerciante sino monopolista del comercio: poniendo comisionados en todos los lugares, detenía los convoyes; vendía la lana, el azúcar, el aceite y los cigarros por cuenta de él; y para conducir sus cargamentos fingía expediciones del real servicio».

Pero todas estas abundantes riquezas y muchas más que allegó con perseverante dedicación y cuidado, se le fueron en pitos y flautas o como la sal en el agua, y bajó pobre de su inestable trono y en el destierro pasó penurias y hasta tuvo que empeñar alhajas que le dieron cosa de catorce mil pesos para poder vivir algún tiempo con mediana holgura.

Primero, mucha humildad y suavidad, los ojos en tierra, fingiéndose ovejita de Dios, para lograr el perdón por sus cosas nefandas, aparente sumisión que encubría finas habilidades; pero después de haberlo conseguido, sacó a relucir todo su carácter imperioso, violento, apasionado. ¿Qué objeto embaucar con hechizos y embustes para pasar por mojigato? Entonces trabó relaciones con la Güera Rodríguez, torbellino brillante y suntuoso. Siempre se les veía a los dos por dondequiera. Se decían ambos dulces cosas apasionadas, mientras que con los ojos se cambiaban el alma. Mutuamente estaban presos y encadenados de amores.

Pero lo diré mejor con las autorizadas palabras de don Vicente Rocafuerte, que tomo de su *Bosquejo Ligerísimo de la Revolución de México* —págs. 21 y 22, que también cita sin ninguna rectificación, las acepta y hace suyas sin la menor discrepancia, el descendiente de la Güera Rodríguez, don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, en *La Corte de Agustín I Emperador de México* pág. 9—; «Contrajo (Iturbide) trato ilícito con una señora principal de México, con reputación de preciosa rubia, de seductora hermosura, llena de gracias, de hechizos y de talento, y tan dotada de un vivo ingenio para toda intriga y travesura, que su vida hará época en la crónica escandalosa del Anáhuac. Esta pasión

llegó a tomar tal violencia en el corazón de Iturbide, que lo cegó al punto de cometer la mayor bajeza que puede hacer un marido; con el objeto de divorciarse de su esposa, fingió una carta (y aun algunos dicen que él mismo la escribió), en la que falseando la letra y firma de su señora se figuraba que ella escribía a uno de sus amantes; con ese falso documento se presentó Iturbide al provisor pidiendo el divorcio, el que consiguió, haciendo encerrar a su propia mujer en el Convento de San Juan de la Penitencia. Esta inocente y desgraciada víctima de tan atroz perfidia, sólo se mantuvo con seis reales diarios que le asignó para su subsistencia su desnaturalizado marido».

Y añade Rocafuerte en una nota: «¡Qué mudanzas! ¡Y cuan voluble es la rueda de la fortuna! Ahora cinco años esta desventurada criatura hubiera cambiado su suerte por la última criada honrada de México, y hoy que tiene una corona en la cabeza, no hay individuo de ningún sexo que pueda aguantar el peso de su orgullo, su impertinencia y vanidad».

Sólo para mantener tela de conversación de lo que por entonces acontecía en España, se reunían en animada tertulia en una sala llena de libros y con viejas pinturas, de la santa Casa de Ejercicios llamada por todos La Profesa, varios señores orgullosos, personas de la nobleza, adinerados propietarios, gente del alto clero, militares, oidores, todos los fieles partidarios del absolutismo que sentían y respetaban como un dogma.

El jefe de estos tertuliantes retrógrados era el prepósito don Matías Monteagudo, hombre de mucha representación y valimiento en el partido español, por lo que contribuyó en la indebida deposición del virrey don José de Iturrigaray, y también por haber influido mucho en el Santo Oficio de la Inquisición para que se procesara al cura batallador y heroico estratega, don José María Morelos y Pavón. Entremetió Monteagudo su baja obra con los inquisidores y de ella se derivó la condenación del gran Caudillo.

Sobresalían también en esas reuniones de altivos, el prepotente inquisidor don José Antonio Tirado, que jamás se prestaba a transigir, fiscal que fue en la causa desazonada del heroico cura de Carácuaro el oidor don Miguel Bataller, regente de la Audiencia, quien decía a menudo con cara ceñuda y blandiendo el índice, autoritario y amenazador: «Mientras exista una mula tuerta manchega en España, ésta deberá dominar a los mexicanos». Todos estos enhiestos tertulianos abominaban de la Constitución porque les extinguía sus antiguos privilegios y prerrogativas que creían, con muy sólida convicción, que deberían de ser perdurables a través del tiempo, sin mudanzas ni variaciones, estar firmes en un mismo estado aunque la tal Constitución no era sino un fácil asidero que los reyes soltaban o tomaban según les convenía.

Esta tertulia de señores presuntuosos y de escasos alcances, poco a poco pasó adelante: de sólo conversaciones sin trascendencia, la reunión se mudó en junta

secreta de conspiradores, si no con la aquiescencia del Virrey; sí, al menos, con su benévolo disimulo. Pretendían los conjurados que en la Nueva España no se jurase la Constitución, con el pretexto de que el amado don Fernando —¡bonito bribón!— había sido cruelmente obligado a aceptarla en contra de sus altos principios religiosos y morales —¿cuáles principios tenía ese malvado mentecato?—, y que mientras se establecía el benéfico absolutismo, la única forma buena de gobierno que hacía feliz a todo el mundo, se gobernase en México con las sabias e inigualables leyes de Indias. Esto sí es verdad, pues ese cuerpo legislativo es lo mejor que ha habido.

Todo esto no era sino proclamar la libertad de México, que así no iba a aprovechar en nada al pueblo, sino únicamente a las clases altas, clero y gente noble, para conservar íntegros sus privilegios, fueros y riquezas. Aceptados sin discrepancia estos propósitos, se formuló una nueva proposición que tuvo cabida y consentimiento en todos aquellos señores: proclamar la Independencia, ya de tan urgente necesidad, y libre la Nueva España se le ofrecería su gobierno a un infante español, para que en ella mandase como soberano absoluto, sin Constitución ni otras zarandajas que le estorbaran sus actos con impedimentos.

Mas para acaudillar esta revolución era menester un jefe militar. ¿Dónde encontrarlo? Sonaron varios nombres que no tuvieron eco eficaz. Pero la Güera Rodríguez, de vitalidad desbordante, con ánimo y pecho brioso, que era muy asidua concurrente a esas reuniones y andaba entre todos los conjurados con alegre familiaridad, habló de su amado coronel don Agustín de Iturbide con ardiente entusiasmo y con el fogoso donaire que ponía en todas las cosas de su vida, siempre alegre, proponiéndolo como el jefe adecuado para esa gloriosa campaña que se iba a emprender. El doctor don Matías Monteagudo, con su gran autoridad, la secundó, alentando a los dudosos, diciendo, además, encarecidos loores de ese hombre audaz, persistente, valeroso, que huía de toda pusilanimidad y que siempre cobraba ánimo en las dificultades y confianza en el peligro.

¿Para qué más? Los conjurados aceptaron a don Agustín de Iturbide con alegre beneplácito, sin ponerle ningún pero, pues no atrevíanse, por temor y respeto, a contradecir al prepósito Monteagudo. Cedían todos sin réplica a su autoridad y talento. Además, de sobra sabían con qué saña feroz combatió Iturbide a los insurgentes y, con esa excelente táctica, estaban seguros que conduciría a buen éxito la campaña que se le encomendaba con tantísimo entusiasmo. Era el fuerte *Varón de Dios* como rezaba el anagrama latino *Tu vir Dei* que con su apellido Iturbide, compuso uno de sus asiduos aduladores, o «el del camino fuerte» que esto en el áspero vascuence es lo que quiere decir su dicho apelativo, o bien el *Agustinos Dei Providentia*, como decretó el adulador Congreso que llevase este lema la moneda imperial que se iba a acuñar con el busto de don Agustín.

Hay por ahí algunos que niegan ese hecho verídico alegando peregrinas razones,

pero por tradición se sabe su certeza, y, además, don Carlos María de Bustamante lo asegura porque lo supo bien, pues este señor en todas partes metía los ojos y hasta las narices para averiguar verdades. Don Agustín de Iturbide estaba rendido por el deslumbramiento de esa bella mujer, quien alcanzó, por lo mismo, mucha cabida con él. Don Agustín le fiaba todos sus pensamientos. Se desabrochó con ella su pecho y dábale parte de sus secretos más ocultos. Así es que «cuando marchó al Sur —dice Bustamante— con la idea de hacer la Independencia de México, consultaba sus planes y propósitos a la Güera como se refiere que el romano Numa Pompilio lo hacía con cierta ninfa sabia en las artes mágicas».

«Dícese que algún descendiente de la Rodríguez conserva aún en su poder cartas muy curiosas del Emperador, en que pedía consejo a su amiga, lo cual demuestra el alto concepto que de ella tenía el entonces arbitro de los destinos de la nación mexicana».

En la página 10 de *La corte de Agustín I emperador de México*, escribe su autor que lo es don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco y caballero de Malta como dije antes que se añade a este título, lo que es cosa verdaderamente importantísima para sus contemporáneos: «que no existe prueba fehaciente para el acerto» (de los amores de la Güera con Iturbide). Fehaciente o fefaciente, significa lo que hace fe en un juicio, véase esto en cualquier diccionario, y no se entabló juicio alguno, que yo sepa, para demostrar los líos de esa dama y el héroe trigarante. Nadie tenía interés en probar eso que de público se sabía y estaba tan a la vista, a no ser su esposa, doña Ana María Huarte, si fuese ciega esta señora y no viese lo que todos veían. Ciego es el que no ve por tela de cedazo. No hubo tampoco persona alguna que llevase un notario para que diese fe extrajudicialmente de lo que hacían doña María Ignacia y el señor don Agustín.

Continúa diciendo don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco y caballero de Malta: que «pronto se propagó en todo el país la especie de que el jefe de las tres garantías tenía relaciones amorosas con la famosa Güera Rodríguez y hasta llegó a decirse que éstas tuvieron gran influjo en la Independencia». Para reforzar esto del «gran influjo», copia don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco y caballero de Malta, lo que escribe don Guillermo Prieto en una página de sus Memorias: «que este influjo era tal» que cambió la ruta señalada para el desfile del Ejército Trigarante «porque así lo quiso *la dama favorecida por el caudillo* de las tres garantías».

Salía sobrando enteramente este refuerzo con la cita de don Guillermo Prieto, pues era demasiado conocido ese *influjo* por lo que había de por medio entre Iturbide y esa dama «famosa», como la llama el señor Romero de Terreros.

Estas felices relaciones amorosas de la placentera doña Ignacia Rodríguez las dice don Mariano Torrente en su documentada *Historia de la Independencia de México*,

quien trató muy de cerca al taimado don Agustín Iturbide, pues al llegar en destierro a Liorna lo encontró en este puerto en donde Torrente había sido cónsul de España. Como don Mariano era hombre culto y conocedor de idiomas que hablaba con la corrección y soltura del propio, Iturbide lo tomó a su servicio como secretario porque creyó que en ese desempeño le sería muy útil. Se dice que el encuentro de estas dos personas no fue nada ocasional, sino buscado a propósito y con maña, ya que el sapiente y políglota don Mariano era un hábil espía de Fernando VII. Este «baldón de la especie humana» le pagó la edición de su libro, bien nutrido de noticias importantes.

Pues bien, don Mariano Torrente dice en esa obra de la amistad, digámosle así, con suave eufemismo, que unió a Iturbide y a la célebre señora Rodríguez, pero sin poner el nombre de ésta y aunque lo calle por «decencia» se saca en el acto que es a ella ni más ni menos a quien se refiere de manera clara y patente. Está su nombre tan oculto como aquello que traía en una canasta el quidam del cuento y que decía al que se encontraba: «Si me adivinas lo que traigo aquí, te doy un racimo».

Don Rafael Heliodoro Valle examinó minuciosamente en Washington el copiosísimo archivo particular de don Agustín de Iturbide y Arámburo que se guarda en la Biblioteca del Congreso y con todo aquello que de él copió compuso trece largos artículos llenos del mayor interés, con el título común de *Redescubriendo a Iturbide* que publicó en el diario *Excelsior* de esta ciudad de México del 28 de diciembre de 1950 al 20 de enero del 51.

Antes que el señor Valle, ya había explorado ese riquísimo archivo don Mariano Cuevas, arisco y atrabiliario padre jesuita, quien solamente utilizó para escribir su libro *El Libertador*, apasionado como todos los suyos, las piezas firmadas por don Agustín. Olvidó el padre Mariano que las «personalidades históricas deben ser reconstruidas no sólo por lo que dijeron bajo su firma, sino por lo que les dijeron otros, en ese tono que el ambiente epistolar permite que suene claro, redondo, a pesar de los años que amontonan pátina y olvido».

Pues bien, entre lo mucho que utilizó el señor Valle de los abundantes papeles iturbidianos, está la curiosa carta de un fraile en la que enumera algunos adeudos que tenía doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, y don Rafael Heliodoro la precede con este párrafo después del título que le dio de *Deudas de la Güera Rodríguez*: «Deploro cordialmente que el licenciado Artemio de Valle-Arizpe no haya conocido el documento que va en seguida, porque le habría dado mucho color en su delicioso libro reciente *La Güera Rodríguez*. La presencia de este documento entre los cartapacios de Iturbide, es una prueba indudable de que tenían magníficas relaciones». Dice así:

Colegio de San Gregorio, diciembre 20/1822.

Muy señora mía:

La ejecutiva necesidad en que estoy de dar cumplimiento a las obras pías que son a mi cargo, me hizo ocurrir el Excmo. Señor D. Domingo Malo, en solicitud del justo pago de la cantidad de novecientos treinta y tres pesos, dos y medio reales, que por razón de réditos adeuda usted a este colegio, por los vencidos en dos años cumplidos en catorce del último agosto, y un tercio más en catorce del presente diciembre, por el capital de ocho mil pesos que su Hacienda de la Patera reconoce a favor de mi colegio.

No es de menos atención para mis deberes el otro crédito de cuarenta pesos que por el capital de cuatrocientos adeuda usted también por dos años de réditos cumplidos en 15 de septiembre último al Colegio de San Pedro y San Pablo, hoy a Temporalidades, cuyo cobro es a mi cargo, y cuyo destino recomendable me estrecha a reclamarlo.

Dicho señor me contestó no ser ya de su administración los bienes de usted por tenérselos ya entregados; por cuya causa suplico a su bondad se sirva providenciar el pago referido del cual depende únicamente el cumplimiento de las obras pías a que está afecto y a que es responsable en todo evento la finca hipotecada; sirviéndose al mismo tiempo disimular la molestia de su affo. Servidor y Capellán Q.S.M.B.

Fr. Juan Francisco Calzada.

Es indudable que la donairoso Güera, de tan suelta gracia, no le envió esta carta de cobro a Iturbide con el único objeto de que la viese, sino que se la entregó para que después de que se hubiera enterado de su contenido, le mandara pagar esos adeudos, cosa que, de seguro, haría gustoso, teniendo en cuenta lo extremadamente desprendido que era, agregado a esto la sabrosa intimidad que mantenía con la desenvuelta dama. Si esta señora hubiese cubierto las sumas que le cobraba el fraile, estaría entre sus papeles la dicha carta y no habría razón alguna para que se encontrase entre los de don Agustín.

Escribe el mentado historiador Mariano Torrente: «La primera persona a quien confió Iturbide el sigiloso Plan de la Profesa, fue a una de las señoras principales de México, en la que la Naturaleza había prodigado de tal modo sus favores, que parecía que se había empeñado en formar un modelo de perfecciones. Su talle elegante, su rubicundo color, sus ojos rasgados, la frescura de su tez, sus bien delineadas formas, y el más interesante conjunto de gracias, competían con la amabilidad de su carácter, con la dulzura de su voz, con la sutileza de sus conceptos, sagaz previsión, agudeza de talento, rara penetración y práctica del mundo. No es extraño, pues, que un ser adornado de tan seductores atractivos, hubiera merecido toda la confianza de quien tenía bien acreditada su afición a quemar incienso ante los profanos altares del

amor».

Aquí el autor pone una *Nota*, ésta: «Tenía ya dicha señora más de cincuenta años y conservaba tan fresca su belleza, que nadie que la haya conocido en aquel tiempo dirá que haya exageración en el cuadro que acabamos de trazar. Bastará éste por sí solo para no equivocarse en su designación aunque por decencia se suprima su nombre». Hasta aquí el comentario. Sigue el texto:

Esta nueva *Ninette de L'Enclos* trató desde luego de adquirir en el centro revolucionario fomentando la aversión en quien estaba muy inclinado a seguir la independencia para vincular en sus manos el mando supremo. Quedó, pues, convenido entre ambos que se cometiera al licenciado Zozaya el encargo de reformar el Plan de la Profesa en el sentido de la independencia: y como ese letrado no supiese pedir prestadas a su dominante pasión por el juego las horas necesarias para este trabajo, se encargó de él el licenciado don Juan José Espinoza de los Monteros, quien formó el que luego fue conocido con el nombre de *Plan de Iguala*.

Los asociados de la Profesa, que ignoraban estos pérfidos amañes y artificiosos manejos, trabajaban incautamente por proporcionar a Iturbide, para destruir la Constitución, los medios que luego sirvieron para asegurar el triunfo de la rebeldía.

Mediante la eficaz recomendación de los pacatos señores de la Profesa al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, que tenían sus simpatías, lo nombró «Comandante general del Sur» y rumbo de Acapulco y manifestó que iba a exterminar a los únicos rebeldes que quedaban, el enriscado Vicente Guerrero, Pedro Ascencio y las partidas insignificantes, pero bravas, de Montes de Oca y de Guzmán. En esa región abrupta la Independencia se defendía por sí misma, pues allí cada paso es un abismo y cada jornada una insolación.

Puso el virrey bajo el mando del coronel Iturbide el mayor ejército que hasta entonces se había formado y él, con su peculiar habilidad, todavía lo aumentó mucho más, ayudado siempre con pronta eficacia por Apodaca, quien no le negaba ni escatimaba tampoco cosa alguna de cuantas le pedía, que eran muchas, ya en refuerzos, municiones o dinero.

Los fieles realistas estaban más que satisfechos, encantados; no cabían en sí de loca alegría, pues todos hallábanse suficientemente informados de lo tremendo que era don Agustín con los insurgentes, que no dejaba, como se dice, títere con cabeza, y, además, conocían su osadía y arrojado valor, y, sobre todo, lo miraban casi a diario confesar y comulgar con gran devoción y se sabía que era frecuentador asiduo de iglesias y conventos y, asimismo, dizque sabíase bien que vivía lleno de grandes

austeridades y que en su casa rezaba, con todos sus criados, largos rosarios de quince misterios y que hasta se propuso la ardua, la penosa tarea, que Dios le tomaría muy en cuenta para la remisión de sus más grandes pecados, de traer al buen camino a la tempestuosa Güera Rodríguez. El Coronel cimentaba interesados embustes para llegar a sus fines, con esa máscara que tomaba de santidad.

Lo cierto de todo es que el muy marrullero, junto, demasiado junto, con esa hermosa mujer toda ímpetu, llena de hervor vital, rezaban, a saber qué cosas, muy solitos ambos en una casa del Puente Quebrado. Todas estas demostraciones de acendrada piedad daban a los incautos realistas las más sólidas garantías para el recto desempeño de la comisión de acabar con todos los sublevados del Sur, sin dejar ni uno solo.

Como don Agustín era hombre listo y nunca se le helaban las migas entre la boca y la mano, puso, desde luego, todo su ingenio y actividad, que era mucha, para atraerse a Guerrero y a los suyos a fin de que se pusieran de acuerdo de cómo darle fin a la lucha; y aunque don Vicente no le tenía ninguna confianza a don Agustín, sabiendo, como lo sabía, y lo sabía todo el mundo, las tremendas atrocidades que cometió con los insurgentes, al fin pudo lograr Iturbide, valiéndose de hábiles intermediarios, que don Vicente Guerrero se adhiriera al plan que habían forjado y vino el famoso abrazo de Acatempan en que se acogieron como dos buenos amigos. Esto lo comunicó al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, quien le contestó, satisfecho, «que nada había deseado como el restablecimiento de la paz general conforme a las órdenes y piadosas intenciones del rey».

Iturbide sostuvo nutrida correspondencia política con la Güera Rodríguez y todas las cartas que le hacían llegar a sus manos las firmaba don Agustín con el seudónimo femenino de *Damiana*. El comandante José de la Portilla declaró que Iturbide le había mandado un oficio con otro para el Virrey, pero que ignoraba las razones que tenía para ello, si bien era de la confianza de Iturbide y su ayudante de campo. «Que cuando vino condujo algunas cartas abiertas para las familias de algunos oficiales que se hallan en aquel destino; otras, cerradas, para el padre y esposa de Iturbide, y otra, que le encargó Iturbide, bajo la mayor reserva, para que la pusiera en manos de una señora conocida, en esta capital, por la Güera Rodríguez, protestándole al que declara que contenían sólo asuntos familiares, sin mezclarse de ninguna suerte en los de Estado; que dicha carta le movió a curiosidad y que bien satisfecho de que no volvería a hallarse bajo la dominación de Iturbide sino muerto o prisionero (lo que es muy dudoso), abrió dicha carta y la leyó al señor coronel don José Joaquín Márquez y Donallo y a su ayudante, capitán don Manuel Santiago de Vargas, y habiéndole aconsejado el último que evacuase la comisión que encargó Iturbide y extraer la contestación de la dicha Rodríguez para que con más conocimientos diese cuenta al Excmo. señor Virrey, no lo verificó así, sino que todas las cartas sin excepción las

puso en manos de dicho señor excelentísimo y, además, le dio verbalmente todas las noticias que sabía». «De la Portilla aseguró que trataba de atraerse la confianza de Iturbide, pero que no creía haberlo logrado»; y «que bien demuestra la misma de la Rodríguez en la que se firma Iturbide con el nombre de “Damiana”, y se explica en ella en términos que no se puede formar sentido sin tener antecedentes, y que éste no lo tenía el declarante».

Tomé lo anterior de *Redescubriendo a Iturbide* de que antes ya di noticia, por Rafael Heliodoro Valle, publicado en *Excélsior* de 20 de enero de 1951.

Claro está que la correspondencia de la trasloada doña María Ignacia con don Agustín de Iturbide, está llena de frases convenidas de antemano, de giros velados que le daban a las palabras otro diferente viso para entenderlas en modo interpretativo, de otra manera de como estaban escritas. Era una clave ingeniosa estudiada con cuidado y de común acuerdo entre los dos amantes para esconder el sentido recto de todo lo que se comunicaban y nadie desenvolvía el secreto por más que sudaran y se atareasen el entendimiento los más ingenios para develarlo. Ninguno participaba de sus secretos misteriosos.

Grande y fina habilidad demostró el coronel Iturbide para hacerse en la Puebla de los Ángeles con una imprenta para imprimir el famoso Plan de la Profesa, reformado en sentido de la Independencia por el licenciado don Juan José Espinosa de los Monteros; pero estuvo aún más hábil y astuto para adquirir suficiente dinero del obispo don Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, a quien le sacó más de veinticinco mil pesos, con sutilísimos engaños bien tejidos y aún se burló de la credulidad del virrey Apodaca para hacer que saliera de México la conducta llamada de los manilos que conducía al puerto de Acapulco más de quinientos mil pesos, producto de las ventas de lo que trajo la nao de la China. Pegósela buena al ofrecerle lo que no pensaba hacer.

Ya de entero acuerdo con el teniente coronel don Vicente Guerrero, así como con todos sus parciales para unirse y proclamar la libertad de México, se publicó en Iguala la famosa proclama, fundando la necesidad de la Independencia en el curso ordinario de las cosas humanas y cuyos artículos esenciales era la unión entre europeos y mexicanos, la conservación de la religión católica sin tolerancia de otra alguna y el establecer una monarquía moderada con el título de Imperio Mexicano, llamando para ocupar el trono a Fernando VII pero que si éste no se presentaba personalmente en México a jurar la Constitución que habían de dictar unas cortes, serían sucesivamente llamados los infantes sus hermanos y, a falta de estos serenísimos señores, el archiduque Carlos de Austria u otro individuo de casa reinante a quien eligiese el futuro Consejo.

A estos principios se les llamó de las Tres Garantías, Religión, Independencia y Unión, y se adoptó una bandera con los colores blanco, verde y rojo, puestas las tiras

en sentido diagonal, con una estrella dorada de cinco picos en cada franja. Éstas simbolizaban el cumplimiento de las Tres Garantías: el color blanco, la pureza de la Religión; el verde, el movimiento insurgente, la Independencia; el rojo, al grupo de españoles que secundaban este patriótico movimiento, que era la anhelada Unión. Don José Magdaleno Ocampo, sastre de Iguala, fue quien hizo la primera bandera, del México independiente.

Con ardoroso entusiasmo y alegría se proclamó este plan y juró sostenerlo a costa de su sangre todo el numeroso ejército reunido en Iguala. Hubo tedéum solemne y nutridas salvas entre largos repiques. Con himnos y loores alababan todas las bocas al inmaculado patriota don Vicente Guerrero y a don Agustín. Fueron grandes las alegrías. Resonó el lugar entero con gloriosas aclamaciones. Se hizo de ello fiesta y regocijo. Con sobra de razón todo esto, pues México se había independizado de España. Iturbide se nombró a sí mismo «Primer Jefe del Ejército».

Está bien comprobado, sin lugar a duda, que estuvo en poder de la Güera Rodríguez la famosa carta de Fernando VII, escrita de su letra y por su mano, de la cual salieron los principios del Plan de Iguala, pues dio la exacta solución para hacer la Independencia. Don José Presas trajo personalmente esta misiva al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, la cual vio el marqués del Jaral de Berrio, así como otros señores respetables que pertenecían a la logia *Arquitectura moral*, sita en la calle del Coliseo Viejo. Como el virrey también era masón, por eso se la mostró a esos sus conmlitones.

La carta del abyecto y protervo Fernando era ésta:

Mi querido Apodaca:

Tengo noticias positivas de que vos y mis amados vasallos los americanos, detestando el nombre de Constitución, sólo apreciáis y estimáis mi real nombre: éste se ha hecho odioso en la mayor parte de los españoles que, ingratos, desgraciados y traidores, sólo quieren y aprecian el gobierno constitucional y que su rey apoye providencias y leyes opuestas a nuestra sagrada religión.

Como mi corazón está poseído de sentimientos católicos, de que di evidentes pruebas a mi llegada de Francia con el restablecimiento de la Santa Inquisición y de la Compañía de Jesús y otros hechos bien públicos, no puedo menos de manifestaros que siento en mi corazón un dolor inexplicable; éste no calmará ni los sobresaltos que padezco mientras mis adictos y fieles vasallos no me saquen de la dura prisión en que me veo sumergido, sucumbiendo a picardías que no toleraría si no temiese un fin semejante al de Luis XVI y su familia.

Por tanto, y para que yo pueda lograr la grande complacencia de verme

libre de tantos peligros, de la de estar entre mis verdaderos y amantes vasallos los americanos y de la de poder usar libremente de la autoridad real que Dios tiene depositada en mí, os encargo, mi querido Apodaca, que si es cierto que vos me sois tan adicto como se me ha informado por personas veraces, pongáis de vuestra parte que ese reino quede independiente de éste; pero como para lograrlo es necesario valerse de todas las inventivas que pueda sugerir la astucia (porque considero yo que ahí no faltarán liberales que puedan oponerse a estos designios), a vuestro cargo queda el hacerlo todo con la perspicacia y sagacidad de que es susceptible vuestro talento; y, al efecto, pondréis vuestras miras en un sujeto que merezca toda vuestra confianza para la feliz consecución de la empresa; que en el entretanto yo meditaré el modo de escaparme incógnito y presentarme cuando convenga en mis posesiones; y si esto no pudiere yo verificarlo porque se me opongan obstáculos insuperables, os daré aviso para que vos dispongáis el modo de hacerlo; cuidando, sí, como os lo encargo muy particularmente, de que todo se ejecute con el mayor sigilo y bajo de un sistema que pueda lograrse sin derramamiento de sangre, con unión de voluntades, con aprobación general y poniendo por base de la causa la religión, que se halla en esta desgraciada época tan ultrajada, y me daréis de todo oportunos avisos para mi conocimiento y gobierno por el conducto que os diga en lo verbal (por convenir así), el sujeto que os entregue esta carta. Dios os guarde: vuestro Rey, que os ama.

Fernando.

Madrid, a 24 de diciembre de 1820.

De esto vino, principalmente, que se nombrara a Iturbide para realizar el plan propuesto por el monarca, ese «chispero infame y manolo indecente». Como la Güera Rodríguez andaba en la intriga para la designación de su amigo con el fin de que fuera él quien tuviese el mando de las tropas que irían al Sur, dizque a sosegar a los rebeldes, ella tuvo en su poder la mentada carta del falaz Rey chulón. Llegó ese papel a poder suyo o bien porque se lo dio el mismo don Agustín de Iturbide, a quien, a su vez, se lo había entregado don Juan Ruiz de Apodaca para que se enterase de los deseos de Fernando, o bien, puede ser, que alguien lo sustrajo de donde lo tenía bien guardado el Virrey y se lo entregó a doña María Ignacia que se hallaba patrióticamente muy metida en el ajo.

El caso es que, de cualquiera manera de éstas, la Güera poseyó la tal misiva y ésta no apareció entre sus papeles particulares, acaso porque la destruyó para no comprometer al rey Fernando, quien siempre la negó, pues era un bribón de siete suelas, pero no un tonto, y ya con esto el infame se aferró más en que nunca había

existido esa carta que aquí, repito, vieron muchas personas llenas de probidad que no tenían por qué mentir de tan común acuerdo.

El día 27 de septiembre de 1821 el Ejército Trigarante hizo en México su vistosa entrada triunfal, entre las claras voces de los clarines, el tarantántara de los tambores y el alborozado estruendo de los repiques, en los que se injertaba alegre el múltiple y constante estallido de los cohetes. La ciudad ardía en gran deleite que expresaba en vítores fervorosos al Libertador. México entero, encendido de gozo, echó llave a sus casas, y amos y criados se trasladaron a las calles por donde iba a pasar el vistoso desfile de las tropas trigarantes. Aquéllos que no tenían quien les sirviera cerraron sus puertas y fueron a aumentar el contento popular, que atronaba con músicas y con larga algazara de festivos vivas que prolongaban los ecos; las campanas, llenas de júbilo, avivaban a los corazones ansiosos.

Ese día lo señaló todo el mundo con piedra blanca. Se decía por todas partes que esa gran hazaña de don Agustín de Iturbide merecía esculpirse en mármoles y grabarse en bronce.

La carrera que iba a seguir el Ejército Libertador se acordó fuese desde la Tlaxpana por San Cosme, puente de Alvarado, costado de la Alameda, Mariscala, San Andrés y calles de Tacuba, para pasar en seguida frente al Palacio Virreinal en donde estaría el virrey don Juan de O'Donojú, recientemente llegado a México. Pero Iturbide mandó desviar la columna con el galante fin de que doña María Ignacia Rodríguez de Velasco presenciara el desfile y lo viese a él muy arrogante al frente de sus tropas invictas. Cambió a última hora las órdenes de la marcha y quiso pasar por la calle de la Profesa en la que estaba la casa morada de esa magnífica señora con quien tenía sus alegres veleidades.

Se hallaba doña María Ignacia con el cuerpo bañado en deleite, como beatificada con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas. Se hizo la marcha desde el Paseo de Bucareli por las calles de San Francisco, que no podían estar más llenas de gente entusiasta, toda ella con el alma llena de gozo y fiesta. En esas engalanadas rúas no hubiese cabido un arroz, como suele decirse para ponderar la gran muchedumbre que hay en un lugar.

Se detuvo un instante el héroe en la esquina del convento franciscano en donde el cabildo municipal había mandado levantar un elevado arco de triunfo, cuya arquitectura adornaban banderas y largos gallardetes con los colores trigarantes. Allí el Ayuntamiento tuvo el alto honor de entregarle las llaves de la ciudad, que eran de oro, puestas en una bandeja de gruesa plata repujada, las que en el acto devolvió Iturbide después de un breve discurso del regidor decano y de un gentil intercambio de sonrisas, saludos y otras bien estudiadas y exquisitas cortesanas, y siguió un redoble profundo de tambores junto con la regocijada resonancia de las trompetas y campanas. Llenaba el aire un largo retumbar de gritos y de aplausos.

La famosa Güera estaba puesta al balcón con el rostro dado suavemente de blanquete, con tenues frescores en las mejillas que armonizaban con el desleído azul de sus ojos. Se hallaba muy entre sedas, con encajes y joyas lucientes y con el alma cargada de gozo. El brillo de las armas, entre un ondear de plumas, le anunciaron mil próximos contentos, expansiones vehementes.

Iba don Agustín muy enhiesto, airoso y bizarro, con un uniforme muy galano: en cada vuelta del galón de oro se veía prendido un minúsculo relumbro. Montaba muy gallardo un caballo alazán, braceador y de gran alzada.

*El bélico frisón se lozanea
del ronco tarantántara incitado,*

como dice en su *Arauco domado* Pedro de Oña. Rodeaba a Iturbide el brillante bullicio de su Estado Mayor, además de un crecido estol de altos personajes ataviados con todo fausto. Los ojos de doña María Ignacia, guiados por el alma, lo descubrieron pronto, entre tanto ardiente colorín y tanto refulgir de metales. La alegría que le salió a la cara voceó y pregonó en el acto el buen hallazgo. Los ojos de él también dieron con lo que apetecía e igualmente les salió el contento al verla tan radiante, vestida y adornada con esmero suntuoso y con mil alhajas fulgurantes. Ambos cambiábanse el alma con la mirada, mientras el versicolor abanico de nácar aleteaba con muelle parsimonia, poniendo aire fresco en el rostro de la dama y llevándose perfumes.

Don Agustín, con voz magnífica de mando, detuvo la columna, y ante la pasmada admiración de todo el mundo, se desprendió del sombrero una de las simbólicas plumas tricolores que en él llevaba ondeando, y con uno de sus ayudantes de campo la envió muy galán a la donairosa y traviesa dama, quien la tomó con delicada finura entre el índice y el pulgar, como si fuese cosa quebradiza, de suma fragilidad, y con magnífico descaro se la pasó por el rostro varias veces, lenta y suavemente, acariciándoselo con voluptuosa Delectación. Su rostro con aquel roce se le coloreó de alegría con el pregusto de futuros y largos contentos. Su gozo en aquel instante era igual a las ansias de su deseo. Por el aire diáfano, traspasado de sol, de aquella mañana limpia como un diamante, bajó la sonrisa de ella a pagarle a Iturbide la rendida fineza. Más tarde celebraron el fausto acontecimiento con las expresiones de rigor en tales casos, tras de mucha ausencia y mucho deseo.^[4]

Por la noche fue adecuada la celebración de las paces firmadas en Iguala. En la fachada del Real Palacio, en la del Ayuntamiento, así como en todas las casas del Estado, se hicieron profusas iluminaciones que dizque fingían bien la claridad diurna. Además de esto la noche que se asentaba en la Plaza Mayor se aclaró más, aunque fugitivamente, en los multicolores fuegos pirotécnicos que se multiplicaban en castillos, altos y complicados, y en aisladas girándulas. También llenaron la noche el sin fin de los cohetes voladores que volcaban brillantemente sus flores de luz. Todo

esto estaba hecho con mucho arte por los mejores polvoristas. La Güera e Iturbide, con sus almas también muy de fiesta, presenciaron desde un balcón del Palacio, junto con el Virrey y las encumbradas personas de su corte, el incendio multicolor de los castillos y el bullicio de la gente que llenaba la plaza.

«Iturbide —vuelvo a citar a don Carlos María Bustamante— después de idear el notabilísimo plan de Iguala, lo juró solemnemente, así como los demás jefes de la revolución separatista; en aquel documento haciéndose promesas muy formales al pueblo mexicano respecto del sistema de gobierno que había de regir la nueva nacionalidad. No se dijo allí, ni por asomo, que un mexicano ocuparía el solio del imperio, porque a la sabiduría política de Iturbide no se ocultaba entonces que, intentarlo, era fracasar, como sucedió más tarde. Pero la popularidad del héroe de cien batallas, del libertador, del verdadero Padre de la Patria, iba creciendo más y más cada día; y no cien ni mil, ni cien mil mexicanos, pedían a gritos la consagración de Iturbide Emperador, sino toda la Nueva España, como un solo hombre».

»Y sucedió entonces que el famoso guerrero y libertador, aceptó el cetro y la corona que se le ofrecían, sin pensar que con ello, las promesas de Iguala se disipaban como nubes de verano, y que el pueblo, que al fin todo lo comprende, y todo lo descubre, tacharía de ambicioso al que antes colmara de honores.

»Naturalmente, la Güera Rodríguez tuvo conocimiento de la resolución adoptada por Iturbide: y cuando él solicitó el parecer de su bella amiga, ésta díjole con la penetración de un augur, poco más o menos, lo siguiente:

—Guardaos muy bien de aceptar la corona, don Agustín, porque yo sé que cuantos hombres entran a Palacio pierden la cabeza.

—Daré garantías, conservaré el orden, —repuso Iturbide.

—Pensad —observó la dama—, que la primera cabeza que caerá será la vuestra.

Cuando el Presidente del Congreso puso a Iturbide la refulgente corona imperial, se le ladeó rápida hacia una oreja con lo que estuvo a punto de ir a dar al suelo y en el acto exclamó don Rafael Mangino, con un cierto dejo de ironía:

—¡Cuidado, no se le vaya a caer a Su Majestad!

—¡Yo haré que no se me caiga!

Contestó también rápido don Agustín. Pero a pesar de todo lo que hizo no la pudo sostener firme en su cabeza con las violentas arremetidas que le daban los liberales. Al fin se le vino abajo definitivamente al del «camino fuerte», que esto, en vascuence, significa Iturbide como aquí decimos o Iturbide como en España se pronuncia este apellido, con acento en la u.

En el archivo del general don Vicente Guerrero, que posee el general don Juan Andreu Almazán, se guarda una hoja volante que salió a luz en 1882 de la «Imprenta Imperial (contra el despotismo)» y su autor la firma sólo con sus iniciales: D. B. T. Dice así ese papel:

DUDAS, PARA EL QUE QUISIERA RESPONDERLAS, QUE LE HAN OCURRIDO A UN TRISTE
EVANGELISTA

1a. Si a la Güera Rodríguez por la unión carnipostálica con el Smo. Sor. Iturbide le corresponde la S.A.

2a. Si esta, u otra distinción, a las subalternas de que por más tiernas usa S.A.S.

3a. Si en el caso de coronarse este Héroe, las sobredichas Señoras han de ser comprendidas en la familia Ymperial.

4a. Si las Cortes exigirán a S.A.S. los ocho millones que se ha embolzado.

5a. Si los dos de contribución al Venerable estado eclesiástico se destinarán a las urgencias del Ymperio o a las del presunto Emperador.

6a. Si las pérdidas que este hace en los albures han de ser por cuenta de la Hazienda Ymperial, o de la suya particular.

7a. Si agotado el numerario por S.A.S. será permitido el robo, y ha de sellarse el cobre, u otro metal.

8a. Si nuestra libertad consiste en que el Sr. Yturbide se corone, y nos gobierne a su advitrio, o en que se formen las Cortes y benga uno de los llamados por el plan de Yguala y Trat. os de Córdoba.

Compatriotas: interesado en la felisidad común del suelo en que nasi, no puedo menos de deciros que uyendo del fuego hemos caído en las brasas, y que al paso que vamos yegaré el dia que ni tengamos que comer ni a quien pedírselo, y lo que es mas, ni a quien robárselo, porque la metálica idropecia de nuestro regenerador se traban e tras cosechas de oro y plata de tal modo que en el presente año ni semillas se hayan para la nueva siembra. Despreocupémonos, que nos sucede ya lo que a la culta Francia, que no pudiendo sufrir la tiranía de Napoleón, se acogió a su lexitimo Gobierno.

Ymprenta Ymperial (contra el despotismo) de D.B.T.
México 1822.

En el efímero relámpago del Imperio, doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, que era la quinta esencia de la astucia y avisadísima en extremo de todo lo que le tocaba, no quiso ocupar puesto alguno en la corte, como esperaban todos que lo tuviese, y puesto prominente, al lado de la emperatriz doña Ana María Huarte, ya como camarera, ya como dama de honor o dama de Palacio. ¿Para qué quería nada de esto la Güera Rodríguez? Ella tenía puesto muy firme y principal en el corazón de Iturbide, el flamante emperador.

A don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, le causa

gran admiración —página 10 de su *Corte de Agustín I emperador de México*—, de que si su antepasada la Güera Rodríguez «tuvo tanta influencia en el ánimo de Iturbide, llama mucho la atención que esta señora, no figurara con cargo alguno cuando se formó la corte del nuevo imperio. Ni en la *Gaceta Imperial* ni en las listas separadas que se publicaron al efecto, se halla el nombre de la célebre dama». Esto es como un dolido reproche que hace don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco y caballero de Malta, a Iturbide por no haberle dado puesto alguno sobresaliente en su flamante corte.

Ya dije antes el puesto que ocupaba la listísima señora. ¿Habría, acaso, otro mejor para ella?

En cambio sí consiguió con su valimiento elevados cargos para sus tres hijas, que fueron como consta en la *Gaceta Imperial de México* de 20 de julio de 1822. «Damas Honorarias», así como para sus yernos y su hijo don José Jerónimo de Villar Villamil, mayorazgo de López de Peralta. Este señor fue nombrado «Mayordomo de Semana», e igual cargo tuvo el conde don Pedro José María Romero de Terreros y Trebusto y Rodríguez Sáez de Pedros de la Costera Rivas Cacho, marido muy feliz de doña María Josefa, hija mayor de la Güera. Este encumbrado caballero era por nombramiento del virrey Apodaca, capitán del Escuadrón Urbano de Patriotas de Fernando VII.

El esposo de doña María de la Paz, la segunda hija de la notable doña María Ignacia, era el señor don José María Rincón Gallardo y Santos del Valle, marqués de Guadalupe Gallardo y mayorazgo de Ciénega de Mata o la Grande. Este caballero tuvo el puesto de «Caballerizo Mayor» que, como su nombre lo indica, tenía a su cargo el importante gobierno y cuidado de las caballerizas y de los que servían en ellas, así como, algo de más calidad, el oficio de ir a caballo a la izquierda del carruaje que ocupaban las imperiales personas.

Fue «Mayordomo Mayor de Su Majestad» don José María Echeverz Espinar de Valdivieso Azlor y Vidal de Lorca, marqués de San Miguel de Aguayo y de Santa Olaya y maestrante de Ronda, marido de doña María Antonia, la tercera de las hijas de la templadísima Güera Rodríguez. El marqués de San Miguel de Aguayo era muy adinerado, poseía extensas posesiones en las provincias de Coahuila y Texas.

A todos estos perínclitos señores no les cabría la rimbombancia de sus nombres, apellidos y títulos, en una simple tarjeta de visita, sino que para ponerlos todos completos necesitarían una serpentina.

Después del Imperio fugitivamente deslumbrante, vino en seguida la amargura del destierro; luego el sangriento cadalso de Padilla y el jamás de la muerte. La sepultura es lo verdadero, lo que no falla, es puerto seco que está a la raya de este reino terrenal y entrada del celestial. Polvo y ceniza era don Agustín de Iturbide, como todas las criaturas humanas hechas del deleznable barro mortal. Viene de través

el cierzo de la muerte y marchita y acaba con el vigor y juventud. Todo pasa como agua corriente de río que no se detiene, como flor que se mustia y acaba.

Jornada decimasegunda

FILIAS Y FOBIAS DONOSAS

Mujer extraordinaria era la Güera Rodríguez por su buen parecer, su claro talento de fácil minerva, su gran riqueza y, además, su esplendoroso lujo, hubiese ocupado lugar prominente en una de las cortes galantes y pervertidas de los Luises de Francia. Por menos merecimientos subieron tan arriba la cojitranca Luisa de La Vallière, la Maintenon, la marquesa de Montespan, la Du Barry y la suntuosa Pompadour y demás ralea. En el reducido medio mexicano brilló la Güera Rodríguez como ninguna. La alababan grandemente por lo gracioso y agudo de su palabra colorida y fértil y la temían por el filo sutil de su lengua. Deslumbraba con su elegancia y gracia. Admirábasele por la prontitud fácil de sus amores continuos. Daba, con éstos, escalas de movimiento y color a la dulce monotonía de los días en la ciudad pacífica. Iban y venían por estrados, reboticas, tercenas, locutorios y sacristías, los comentarios de lo que ejecutaba, siempre con sagacidad y donaire. Hacía la gente platillo y conversación de su vida. Y lo que ella decía rodaba gozosamente entre risas por todos los ámbitos de México. Las lenguas corrían de calle en calle. Los hechos todos de la Güera convertíanse en aplausos.

Esta doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, de vida tan suelta, de vida tan ágil, conoció y aún trató muy en la intimidad, a varios señores virreyes, asistía a sus tertulias, asistía a sus saraos, a sus besamanos, a sus banquetes y paseos, a misas y sermones en la adornada capilla de Palacio. En la corte virreinal era una de las beldades de más lucidos rayos. Deslumbraba su vista. Paseaba por ella su gentil donaire y el lujo suntuoso de su atavío. Siempre anduvo bien vestida y vistosa, con ropas rozagantes y ricas, llenas de refulgencia de joyas. Donde ella estaba era como si resplandeciera un sol. Cuando sale la luz, ¿quién no se alegra? Bastaba su garbo para honrar un reino.

Buscábanla todos en aquellos grandes salones que con candiles, cornucopias y candelabros estaban a la luz clara. Buscábanla con ahínco constante para conversar y deleitarse con sus sales y agudezas y se tenía por muy beneficiado quién la escuchaba; sólo oír el melífico tono de su voz era incomparable deleite, suave música con ondulantes cadencias. Únicamente había en su boca palabras de alegría, nunca las obscureció enojo ni despecho. Por eso en la corte su frivolidad era un tesoro.

Desde luego conoció bien al inflexible virrey don Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla, conde de Revilla Gigedo, tan sobrio y elegante, tan lleno de majestuoso señorío. Él fue quien originó su matrimonio con el gallardo oficial de Granaderos, don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo. Debió estar

agradecida porque hizo que la casaran con el que ella quería. Negro matrimonio fue a realizar. Eligió para toda su vida al que iba a ser su martirio.

Don José Jerónimo era elegante y decidor, de muy vivaz ir y venir, pero ya en el matrimonio se le opacó la luz de su viveza y como que se atontolinó y vino a quedar sólo en una pasividad cortés y fría al lado de los ímpetus garbosos y enloquecedores de su mujer, ya desamorada de él. Ese señor se tornó de condición nimiamente pacífica, tranquilo y acobardado, con una gran dejación, amante de la sosegada paz del hogar en que no logró conseguir por el agitado fuego de la Güera que, si se quemaba, también vertía luz.

Conoció también la placentera señora al virrey don Juan de la Grúa Talamanca y Branciforte, marqués de este dictado, y a su arremangada mujer, doña María Antonia Godoy, hermana del todopoderoso príncipe de la Paz, dicho el Choricero, a quien la reina María Luisa había elevado desde el cuerpo de guardia hasta las tibias intimidades de su alcoba. Los Brancifortes vinieron solamente a la Nueva España a engrandecerse; no estuvieron atentos más que en fabricar su fortuna y a procurar su ganancia.

Valíase Branciforte de su alto oficio para satisfacer a su codicia nunca saciada. No daba paso si no era para lograr abundante provecho; cegado con el polvo de la dádiva se hizo rico de la misma injusticia. No atendiendo sino a su utilidad juntó grandes haberes de riquezas ajenas. En la plata y el oro tenía su interés y su consuelo.

De seguro doña María Ignacia, como que no se le escapada nada, comentaría a todo sabor, muy bien comentado, con acres censuras, los hurtos manifiestos del Virrey, su perfidia para sacar dinero, la única y constante preocupación de Su Excelencia. Hablaría la Güera con muy suelta lengua de que con el conde de Contramina, don Francisco Pérez Soñanes, señor muy de la amistad de ella y de su marido, estaba enlazado Branciforte en mil trampas odiosas para sacar un buen por qué, vendiendo a precios convenidos empleos, justicia, rebajas de impuestos y exenciones y para conseguir buena paga, recomendaciones para España. La casa de este magnate bribón era una almoneda para conseguir puesto público. La Güera dijo «que se pujaban y compraban como los huevos en la plaza», sí, casi sacábalos a vender a la calle y ponerlos en pregón, para multiplicar el Virrey su hacienda y ensancharse en sus bienes.

Branciforte, muy admirado, hizo notar a su esposa la soberbia cantidad de perlas que lucían todas las altas damas de México cuando acudían crujiendo sedas, ya a los saraos de Palacio o a las funciones de iglesias y conventos o se reunían en las suntuosas fiestas que había en sus casas. Hasta en los vestidos llevaban anchos bordados de perlas y lindos, tornasolados aljófares.

Ya se había fijado en ello, ¡claro!, la perspicaz virreina, doña Antonia Godoy. Sus ojos se le derretían de encanto y codicia al contemplar aquellos collares de múltiples

hilos, los altos ahogadores, los cabrestillos, las diademas y garbines, los pinjantes, los pinos de oro, los alcorcíos, los brazaletes, las manillas, los broches, los medallones y tiranas, y aquellas perlas únicas, de flexuosos matices, en que corría la luz en suaves tornasoles, que ornaban solitarias las sortijas y cintillos y colgaban temblorosas de los prolijos pendientes. Ya había visto, sí, la Virreina, la preciosa suntuosidad de aquellos trajes de corte con lindas bordaduras de perlas.

El Excelentísimo Señor virrey, don Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte y su esposa, la altiva doña María Antonia Godoy y Álvarez, ya no tuvieron otro pensar más que en hacerse con todas aquellas perlas. Su ingenio no estaba sosegado; se acostaban pensando en las preciosas perlas y despertaban con esa misma inquietud.

Cuando llegaba una virreina a México, todas las damas de calidad distinguida en la Colonia tendían su ansiosa curiosidad en la indumentaria que lucía para hacerse ropas según el uso que imperaba en ultramar, pues la virreina siempre era elegante portadora de los modelos últimos que se estilaban en la corte de las Españas. Cuando se supo que doña María Antonia Godoy y Álvarez era en ella de alto rango, dama de honor de la reina María Luisa de Parma y hermana del valido príncipe de la Paz, a todas las señoras les rebotó el deseo porque llegara pronto la ocasión de algunas fiestas para poner su embeleso en los trajes de la Virreina. Y así fue como todo cuanto ésta llevaba para realzar su hermosura, era al punto imitado con gracia por las señoras de México.

Esto lo notaron pronto, con satisfacción, los allegadores Brancifortes. Cierta día el Virrey, meditando en las perlas, que no salían de su pensamiento, sonrió con leve sonrisa y en sus ojos ardió un inquieto fulgor porque había dado ya con la fácil manera de adquirirlas. Se frotó alegremente las manos y fue más larga y sutil su sonrisa, y, embelesado, pasó a comunicar su pensamiento a la Virreina.

Una tarde, en la elegante tertulia palatina de los virreyes, doña Ma. Ignacia Rodríguez de Velasco hizo sobre el silencio de la concurrencia, relación, con mucho chiste, de mil cosas que le celebraron todos, pues nunca como aquella vez su ingenio tuvo magníficos relumbres que pusieron admiración en los oyentes. Branciforte y la Godoy estaban sorprendidos del claro fundamento de aquella inteligencia, cuyas lindas invenciones hasta resplandor tenían sin ser soles ni estrellas. Múltiples alabanzas le prodigaban muy cumplidamente y los cortesanos, para seguir el mismo viento, con grandes encomios le solemnizaban todo por muy gran cosa.

Dijo Branciforte que iba a dar en breve un sarao en buena correspondencia de las gentiles manifestaciones de aprecio que había recibido de las nobles personas de la ciudad y que ya hacían grandes preparativos y que pronto saldrían los convites. Y salieron, sí, a poco. Lo mejor de la ciudad, lo más calificado iba a asistir al espléndido festejo que darían los señores virreyes en la Real Casa.

¿Para qué comentar el deslumbrante adorno de las salas de Palacio? ¿Para qué

decir de la fastuosa elegancia de las damas, fragantes de discretas esencias? Doña María Antonia Godoy y Álvarez, pomposa y frívola, se llevaba tras de sí todos los ojos por la ostentosa magnificencia de su traje de tisú con sutiles trepas de encajes. Se le miraba con esas miradas largas con que se contempla lo que nos fascina. Se le veía un hábito de suntuosidad y señorío. Pero ¡ay!, la señora Virreina no llevaba ninguna joya; pero ¡ay!, la señora Virreina adornábase sólo con corales. Doña María Antonia portaba una alta diadema de corales, y también de corales eran sus pulseras, sus largos pendientes, el collar dé múltiples vueltas que se le derramaban por el levantado pecho y le subían por la blancura de la garganta. Sus sortijas tenían corales.

Las buenas señoras mexicanas estaban confusas, asombradas. ¿Corales? Pero si únicamente los llevaban las indias sobre el bronce asoleado de sus carnes, y quedaron más suspensas y atónitas cuando oyeron de los autorizados labios de Su Excelencia que los corales estaban de gran moda en España, que las altas damas de la nobleza no usaban sino corales. ¿Y las perlas? ¡Bah, las perlas! Ya nadie las llevaba, ni tan siquiera hay quien se acuerde de ellas. Cualquier señora que se tenga en algo no es capaz de llevar encima ni una sola perla, pues se les desdeña profundamente y con detestación, como a cosa baladí y de mal gusto. ¡Las perlas!... Y diciendo esto hizo la señora Virreina un elegante, un magnífico ademán de desdén. ¡Las perlas!... La sonrisa de Branciforte era más fina y más sutil.

Al día siguiente de este sarao, como las perlas habían caído en completo desuso, según lo afirmaba la fastuosa Virreina, y era hasta de mal tono el poseerlas, las cándidas señoras empezaron a vender precipitadamente y a precios irrisorios las que tenían o a cambiarlas, fascinadas, por corales. Los hábiles agentes del conde de Contramina, bien abastecidos de corales, adquirirían a precios ínfimos todas las buenas perlas que deseaban, e iban a parar después, abundantes, a las arcas del ladino y rapaz Branciforte. Así fue como este bribón y su mujer se llevaron en gran cantidad las mejores, las más preciosas perlas de las familias linajudas de México.

La astuta Güera Rodríguez no cayó en el engaño de los picaros Branciforte, pues sabía que ambos eran sutiles tracistas para negociar hacienda con trampas. El virrey era fino maestro en el arte de hurtar. Cuando se descubrió el embuste burlábase la Güera con muchas risas de sus amigas, casi se despedazaba a carcajadas. El corazón le salía de sí de contento. También a toda la gente de México se le llenó el pecho de regocijo por lo que les pasó a las bobas y vanidosas noveleras que dizque querían acatar la moda elegante de los corales, como si se sometiesen a una ley imperativa de estricta observancia, que si no se obedecía se impondrían fuertes penas corporales y en dinero.

Traían a esas damas por ejemplo de risa y escarnio en todas las conversaciones y la Güera era la que se distinguía más en decir oprobios satíricos de las tontas y virtuosas señoras que recibieron tan tremendo chasco. Por dondequiera hacían fiesta

y donaire del hábil artificio que armaron los virreyes a la inocente credulidad de esas señoras. Su vana ostentación las hizo caer en el garlito. Los Brancifortes les dieron culebrazo fino. Les hicieron mala treta.

También la Güera Rodríguez trató amistosamente al pobre zonzorrión del virrey Marquina. Don Félix Berenguer de Marquina le dio decidida ayuda y favor en el negocio de la separación con su primer marido, el pusilánime don José Jerónimo López de Peralta Villar Villamil y Primo, señor lleno de títulos y puestos honrosos, y de finchada mentecatez. Este asunto levantó en toda la ciudad un risible chismorreo por tan curiosos y picantes incidentes que tuvo en su secuela.

La Güera Rodríguez halló al virrey Marquina cada vez más constante y firme en su apoyo, pues lo alucinó, con el donaire con que ella sabía hacerlo, con la filada miel de sus palabras, le echó con ella cataratas y trampantojos a la razón. Lo puso en infusión de embelecocos, como escribe Quevedo en la *Musa*. Con ese bambarria hizo doña María Ignacia todo lo que se le antojó, hasta su esposo don José Jerónimo fue arrestado para más escarnecerlo, pues que a una petición de ella jamás se le cerraba la puerta. Jamás le decían no, a la Güera Rodríguez.

Con mucha risa gozaba las torpes ingenuidades de este apacible y bondadoso motolito. Eran don Félix Berenguer de Marquina hombre afable, tranquilo y de muy poco seso. Tenía cortísimos alcances el señor virrey Marquina. ¿Cómo no se había de carcajear con muchas ganas la Güera Rodríguez y con ella todo el mundo de sus acciones candorosas? Se decía, no sé por qué, que era más tonto que un mastuerzo. ¿O era para permanecer en seria gravedad, cuando expidió un sapientísimo decreto, con todas las solemnes formalidades del caso, declarando nula y sin ningún valor la corrida de toros que se dio sin su consentimiento? ¿O no era cosa bufa, sino de compostura y circunspección, el fallo dizque prudentísimo que dictó en un pleito enrevesado y lleno de dimes y diretes de abogados trapaceros?

Le llevaron, ya en última instancia, el disforme mamotreto y se quedó todo perplejo, con los ojos llenos de azoro, casi bizco, ante el formidable rimero de papel sellado. Leyó aquí y allá, y todo se le trabucaba al infeliz papatoste y no entendía ni jota. Ese voluminoso cartapacio se le asentó en el pensamiento y ya no dejó discurrir cosa alguna en muchos días al memo señor. Apenas si atinaba a comer. Los insomnios se enseñorearon de sus noches. El pleito, sólo el pleito, únicamente ese terrible pleito le llenaba las horas al Virrey papanatas. Lo veía siempre delante de los ojos, y, a la vez tenía metido, apelmazado, en los estrechos aposentos de su cerebro.

Por fin se decidió con rara heroicidad a leerlo y noches y más noches se pegó a esos endiantrados papeles. Tragóse con heroico desnudo toda aquella lectura espesa y quedó al fin con el cerebro haciéndole olitas y los ojos estrábicos como si le hubiera caído en la nuca un formidable garrotazo. Estaba el pobre tontaina como si jamás hubiese leído cosa alguna del pleito. Tornó a principiar con más ardor la lectura y

luego que volvió la última hoja se convenció que no había entendido nada, nada en lo absoluto. Se le atascaba el pensamiento entre aquel árido mazacote y a duras penas lograba sacarlo su voluntad y se volvía a meter con más ímpetu y ahínco entre los innumerables folios de barbudo papel de Manila.

Las luces de muchos amaneceres le sorprendieron fatigado sobre esos papelorios. Oía el claro despertar de todos los campanarios de la ciudad; hasta él llegaban los cantos, largos y ondulantes, de los canteros y los rítmicos golpes de sus cinces en las piedras francas que labraban para la fábrica de la Santa Iglesia Catedral.

Tras de numerosas lecturas del abultado legajo y después de haberse echado a pechos, de pasta a pasta, el cardenal Luca; los *Autos acordados* de Montemayor y Beleña; el *Regio Patronato de Indias* de Rivadeneira y el *Patronato* de Frasso; la *Política Indiana* de Salazar y Pereyra; de haber removido por todos lados la *Recopilación*, las *Partidas* y el *Cedulario* de Puga y muchos otros formidables cuerpos de leyes; después de haber deletreado con mucho afán unas páginas del *Digesto* que se le indigestaron, y de haber tenido largas meditaciones, dando pensativos paseos por las extensas salas de Palacio, después de todo eso, escribió sin vacilar el infelizote Virrey este sesudo, este incomparable proveído:

«Como pide el Señor Fiscal y le parece al Asesor General, aunque no me parece a mí. —*Marquina*». Respirando hondo, con gran satisfacción, puso bajo su nombre la rúbrica complicada y prolija y echándose sobre el respaldo del sillón, sonrió de manera incomparable, como si hubiese descubierto el origen de las causas finales o resuelto el arduo problema del conocimiento.

Gran fiesta de regocijo hubo en el concurrido estrado de la Güera Rodríguez cuando después del refresco, del untuoso piñonate, de canutillos de suplicaciones y de aguas nevadas para entretener con todo ello deliciosamente las pláticas, dijo con gracia maliciosa un mordente pasquín que esa misma mañana le había dicho uno de los tertulios de una de las alacenas del Portal de Mercaderes, que era el agora de los habladores:

*Para perpetua memoria
nos dejó el virrey Marquina
una pila en que se orina;
y aquí se acabó su historia*

Esta cuartera era la síntesis del gobierno de ese hombre tonto y honrado. También se soltaron las risas y las burlas cuando se supo que a esa fuente todo fue ponerle nimios labrados en las piedras rosadas que la formaban, pero se olvidó por completo abrirle siquiera un somero conducto por donde manara el agua, por eso la gente la destinó al imprescindible menester que dice el pasquín.

Muchos pidieron a la Güera para tomarlo de memoria que repitiese los versillos

esos con el fin de extenderlos a través de sus tertulias por toda la ciudad para que alzaran regocijo. Entonces la Güera dijo otros muy breves y satíricos, fáciles de aprender en el acto, pues no constaba más que de dos renglones, pero sin ningún desperdicio de palabras:

*A pie y a caballo
nadie te gana.*

Se aludía aquí al tamaño enorme de los pies de Su Excelencia, pues usaba casi barcasas en vez de chinelas hebilladas y también se refería mordazmente el epigrama, a su escasa altura mental, comparándola a la de un equino.

Gorgoritas de placer salían de las bocas de todas las damas y los caballeros se reirían como unos descosidos si estuviesen solos y no en un estrado con señoras, pues la etiqueta se los vedaba y sólo hacían festejo a los pasquines con risas opacas, sin descompostura. Algunos se sorbían los labios para contener las risadas, pero en lo risueño daban señales evidentes de placer. Y seguía el menudo cuchicheo de las damas, mucho de este bisbisar se hacía tras de los abiertos abanicos, y continuaba el largo comentario de los caballeros en aquella sala elegante y olorosa, y la Güera repartía amabilidades, derramaba sonrisas, e iba tendiendo suavemente la mano a los que se iban. En el aire andaba el perfume del almizcle.

Igualmente doña María Ignacia frecuentó la buena amistad del virrey Azanza. Don Miguel José sólo reunía a tertuliar a caballeros en una de las saletas de Palacio, pero la Güera lo visitaba y él recibía gusto con tan buena huésped, y además, veíanlo en funciones de conventos y paseos. Con él charlaba y referíale mil cosas, serias unas, chuscas otras, pero todas agradables y entretenidas, siempre con jugo y gracia en el decir y Su Excelencia también se le mostraba liberal de palabras. Y en ambos había risa, pues era punto imposible que ésta no saliera oyendo los galanos chistes y quisicosas de la endiantrada señora. Todos sus párrafos salían preñados de vivezas y daba mucho que entender aunque dijera pocas palabras.

Después ya no vio doña María Ignacia al Virrey sino con desapacible desabrimiento, por haber expulsado, aunque de buen modo, al impetuoso Simón Bolívar. Le mostraba a Su Excelencia el sinsabor que padecía, pues a doña María Ignacia le llegó a las entrañas esta pena. Desde el día en que salió el Caraqueñito de México, trajo ella una espina atravesada en el alma, cuya violencia le estaba continuamente desgarrando y dividiendo el cuerpo. ¿Cómo no iba a retirarle al virrey Azanza su afectuosa deferencia y amistad respetuosa, si le anubló el claro día?

Lució mucho su garbo y gentileza en la brillante corte del virrey Iturrigaray. Era muy afecto este señor don José, como su ostentosa mujer, doña Inés de Jáuregui y Aróstegui, a las grandes fiestas, bailes, paseos, corridas de toros, peleas de gallos, cacerías, banquetes aparatosos. Siempre andaba tratando don José de Iturrigaray de

cosas de entretenimiento y gusto. Con festejos públicos solazaba al pueblo, pues que todo su afán era ganárselo con halagos para hacerlo muy de su lado, pues dizque pretendía coronarse rey de México. Del metalista y batifulla Luis Rodríguez Alconedo se decía, como cosa muy veraz, que había labrado con mucho primor la corona llena de pedrería para el nuevo soberano. La Güera Rodríguez andaba embelesada en todos esos recreos y regocijos. Nunca rehusó solaces. Siempre vivió con delicia, sumida entre regalos, sin más idea que divertir el ánimo sabrosamente.

En los más lucidos saraos de Palacio, su lujo y belleza excedían a todo cuanto se puede imaginar y decir. A su porte y graciosidad no había lengua ni encarecimiento que le llegara. Joyas preciosísimas llenas de las vivas luces de las esmeraldas, de los rubíes, de los topacios, de los diamantes, perlas de todos gruesos, perfectas en su tornasolada redondez; trajes de lindo corte de las mejores telas brochadas, rasos, tisúes, gorgonelas, pitiflores, piñuelas que se urdieron en los más famosos telares italianos y de las Españas, y encima de ellas la pompa espumosa de los encajes, e iluminándolo todo el fijo deleite de sus sonrisas y el claro mirar de sus ojos azules por los que descubrían el corazón vertiendo agrados.

La vista se recreaba en mirarla. No tenía par. Era lo florido de todas las esencias. Ya en un capítulo de los primeros de ese librito de admirativos loores a la Güera Rodríguez, se ha puesto el dicho de quien lo vio, que en el primer sarao que dieron los Iturrigaray, al entrar majestuosamente en el salón doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, todos los ojos se lanzaron hacia ella y fue un unánime ¡ah!, de sorprendida admiración el que corrió acelerado por la boca de los lujosos asistentes. Era la flor de las naturalezas, la gracia, la idea, lo primo, el imán, la nata, la fuente de hermosuras. Cómo era de bella la Güera Rodríguez, cómo era de elegante, cómo era de inteligente y de grande su ingenio, no puede nunca caber en mi corto y grosero discurso.

En días de campo, tardeadas, lunadas y otros paseos en huertas y verdes parajes de los aledaños de la ciudad, lucía la Güera la levedad transparente de vestidos vaporosos que mostraban visibles fondos de sedas de colores fuertes con manga corta y talle elevado, arriba de la cintura, según los exigentes dictados de la moda imperante en la corte fernandina. Con esos trajes de telas ligeras lucía lindos rebozos de seda joyante o de los entretejidos de plata y oro, ametalados que se les decía, que daban visos.

En tales paseos campestres, en vergeles, o en el Pensil Mexicano, era una inestimable presea la Güera Rodríguez de Velasco, no solamente por el lucido encanto de su persona y la divertida amenidad de su charla, sino porque mostraba su hábil destreza en tocar la guitarra a la que le sacaba cromáticos disones. En ese instrumento hacía milagros con las manos. Además se acompañaba con sus trinados y fáciles rasgueos, ya preciosas canciones que andaban en boga en la boca del pueblo, o

tonadillas con gracioso picor que salieron del Coliseo a bullir por calles y plazas de la ciudad. Recreaba con lo suave de su voz. Iba variando los tonos con modulaciones ondulantes que se sucedían en ondas sucesivas que en aquel claro ambiente lleno de cimbrente verdura, de flores y de música de agua, como que sonaban mejor, con más delicioso encanto.

Salía a menudo doña María Ignacia a pasear en coche por las calles de la ciudad con doña Inés de Jáuregui y Aróstegui, la virreina, y con la condesa de Regla que después fue la marquesa de Villahermosa de Alfaro, inseparable amiga de Su Excelencia, al grado de que prestábanse mutuamente alhajas y hasta los trajes de su uso que les gustaban. Las dos damas tenían deleite con las chispeantes pláticas de la Güera; se lanzaba en sus ánimos el vivo deseo de escucharla; al lado suyo las horas se hacían rápidos minutos. En esos frecuentes paseos, tanto la señora Virreina como la Condesa estaban en grandes gozos.

Al ver pasar el reluciente carruaje en el que un estirado cochero regía el ímpetu de los fogosos y braceadores caballos de la tierra, de hocicos espumantes y pieles lustrosas como de seda por las que resbalaba la luz, decían los transeúntes con el gozo del descubrimiento:

—¡Allí va la Güera Rodríguez!

—¡Qué linda está la Güera Rodríguez!

—¡Lo que irá contando la Güera Rodríguez!

—¡Quién tuviera la señalada dicha de oír las sabrosuras que va diciendo la Güera Rodríguez! Yo diera un dedo de la mano, el que quisieran, por escucharlas.

—Sí, lo que refiere superará en sabores al más delicioso licor, al dulce más sabroso.

Se fijaba la vista, ¡claro está!, en la Virreina, pero más en la Güera deslumbrante a quien todo el mundo conocía y admiraba. Era persona que como ninguna estaba en los ojos del pueblo.

La conjuración de los estúpidos «chaquetas» desposeyó del mando a Iturrigaray y le puso preso en la Inquisición y a doña Inés de Jáuregui la llevaron al convento de San Bernardo, toda rota de dolor y espanto, que «al corazón más duro movía a compasión y a lástima». De mil desmanes groseros usaron los conjurados con barbarie organizada, en la persona de los virreyes, aparte de lo que iban despedazando con furia de locos por todos los suntuosos salones y otros aposentos de Palacio, dizque en búsqueda ansiosa de pruebas irrecusables en contra de la supuesta infidelidad del Virrey hacia el menguado y mendaz Fernando VII Nada que hiciera fe encontró aquella canallesca gente, confusa y desordenada. ¿Qué había de hallar si no existía cosa alguna que, aunque levemente, indicara traición a ese soberano cínico y falaz? Sí encontraron abundantes joyas y dinero en oro y plata que se apropió bonitamente la activa turba de conjurados, no como robo indigno, ¡ah, eso no!, sino

únicamente se lo llevaron por castigar al virrey Iturrigaray. Nada más por eso.

Estos infelices mentecatos pusieron en una de las puertas de Palacio y en otros visibles lugares de la ciudad de mayor tránsito, una proclama, como para dar justicia y razón, a la perfidia de su injustificado proceder: Principiaba así: «Habitantes de México de todas clases y condiciones: La necesidad no está sujeta a las leyes comunes. El *pueblo* se ha apoderado de la persona del excelentísimo, señor virrey: *ha pedido imperiosamente su separación por razones de utilidad y de conveniencia general...*». Y terminaba poniendo en conocimiento del mismo *pueblo* que el mando de la Colonia lo tenía el mariscal don Pedro Garibay y al final del bando una graciosa mano desconocida escribió este agudo pasquín que ha tenido anónima eternidad:

*Sí el pueblo fue quien lo hizo
obrando de mala ley,
pregunta el señor Virrey:
¿A quién se le da el aviso?*

La Güera soltaba por todas partes, pues no tenía pelos en la lengua que le impidiesen decir su íntimo sentir, estos versillos al comentar con gracejo el contradictorio bando, sin que temiera iras ocultas, represalias o castigos visibles. Ella muy a las claras y a rostro descubierto, manifestaba lo que había en su pecho y el que se picaba, decía, ajos come.

Tampoco sin darle ninguna importancia al temido «qué dirán» de los contrarios, iba a diario a visitar a doña Inés de Jáuregui a su sosegado refugio de las bernardas. La iba a confortar cariñosamente en su desdicha, a ensacharle el negro apretamiento de su alma. La ayudaba a sentir. Le sabía templar con suaves y acertadas palabras el dolor que la tenía transida. La desolada Virreina recibía consuelo y alegría con las diarias visitas de la Güera Rodríguez. Era luz que le bañaba el pecho con sus rayos.

Meses después salió doña Inés de la embalsamada quietud de San Bernardo y partió a Veracruz, escoltada por soldados dragones y de los comedidos caballeros don Miguel Gil de la Torre, capitán que era de artillería, y de don José Ignacio Uricena, capitán de Voluntarios, quienes le hacían a la vez cortés acompañamiento y guarda. La Güera y la condesa de Regla fueron con ella hasta muchas leguas adelante de la ciudad, otras damas hasta menos distancia. En la despedida doña Inés vertió todas sus lágrimas.

Nota bene. Para no hacer tan extenso y más enfadosamente pesado este capítulo, lo aligero dividiéndolo en dos y con ello tendrá un descanso el que tenga el ínclito denuedo de leer este librete. Le daré el título de *Simpatías y diferencias de la Güera* para no tener el trabajo, dada mi ingénita pereza, de buscarle otro, pues este es el nombre que Alfonso Reyes le ha puesto a una serie famosa de sus libros. Con su franca y noble bondad me sabrá perdonar Alfonso esta rateril apropiación, pero para

disimularla le pongo de añadidura un elemento mío: *de la Güera* que es, como se ve, verdaderamente importante, y, a pesar de esto, no me costó mayor tortura, ¡bendito sea Dios!, sacarlo de mi caletre, a pesar que de ella no sale ni gracia, ni inventiva, pero ¡qué le vamos a hacer!, así es la rosa.

Jornada decimatercera

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS DE LA GÜERA RODRÍGUEZ

Íntimas relaciones de amistad tuvo la Güera Rodríguez con don Pedro Garibay desde mucho antes de que la indigna revuelta lo alzara hasta la altura del poder. También, claro está, era amiga suya la esposa de este Virrey, doña Francisca Xaviera Echegaray, cohermana del famosísimo abate don Francisco Xavier Clavijero, magnífico hombre de letras, expulsado de la Nueva España por el inconsulto mandato del enciclopedista Carlos III, al igual que otros muchos jesuitas, admirables por su ciencia, por sus letras y su patriotismo y a quienes la muerte alcanzó en país extranjero. Estos afables señores Garibay eran visita continua de la casa de la Güera, quien tenía con ambos brillantes pláticas ya en su estrado, ya en la modesta casa de ellos.

Don Pedro era la honradez conspicua, acrisolada; pobre subió al virreinato y pobre salió del Palacio después de manejar grandes caudales. Fue corona y luz y alteza de virtuosos. Siempre vivió engolfado en el mar de la perfección, añadiendo cada día a su vida nuevos resplandores. Ciñó don Pedro Garibay todas las cualidades sin temor de que se le apartara ninguna de ellas; en él todo lo perfecto resplandecía con eminencia. Dejaba de su sueldo una pequeña suma para sus gastos, lo demás siempre lo daba gustoso a los necesitados. Buscaba con afán cómo favorecer a todos los que se le acercaban, tan sólo veía por el bien de otros, jamás por el suyo propio, que muy contados son los que hacen esto, pues primero se enriquecen y luego derraman algunas migajas de los desperdicios del succulento festín, y aun muchos, los más, recogen esas sobras escrupulosamente sin dejar ni una sola barredura, pues poco se les hace para ellos mismos. Más tiene el que más roba, es su lema.

Don Pedro Garibay durante todo su gobierno se puso en la obligación de hacer beneficios, y así jamás tuvo las manos secas para con otros, jamás ordenó un daño a nadie. Sabía bien el arte de ser misericordioso. A todos recibía debajo de su amparo y cuando hubo que castigar usaba templanza en el castigo. Encantaba por su afabilidad, sencillez y lo humilde que era. Nunca dio fiestas, ni en cosas inútiles derrochó el dinero del Estado.

El señor llamó para sí a la buena doña Francisca Xaviera y quedóse sólo en el mundo don Pedro Garibay. Una hija tenía, monja profesa en el Real Monasterio de la Encarnación. Tarde con tarde este anciano, pulcro y cordial, iba a verla al apenumbado locutorio de esa santa casa monástica. Teresa de Belén era el nombre que llevó en religión esa doncella, parte del alma de don Pedro. Un encanto delicado y femenino había en ese viejo locutorio, tenía algo de grata y delicada intimidad

familiar y algo también de capilla doméstica. Mezcla amable en que se reunían la suavidad de los perfumes conventuales con los que emanaban de los trajes mundanos: el sándalo, el benjuí, la algalia y el almizcle, con el cedro, el lináloe, el estoraque, el incienso, el suave de la cera y el fresco de las rosas de los altares.

Allí la Güera iba a menudo, así como asistían otras muchas damas elegantes, ya a ver a monjas profesas o a novicias que eran parientas suyas, a hacer candorosas consultas a madres graves, o a que otras muy santas les consolaran cuitas, o simplemente a tejer pláticas entre sí o con las señoras sórores. En ese como estrado conversaban las viejas abadesas con los prelados de las religiones, con frailes y con obispos, presentándoles siempre sus eximios regalos de chocolate, panecillos dorados y frágiles, aguas frescas de todos los sabores y dulces que eran como joyas, envueltas en papelillos de china de variados colores o ya en papel blanco con versos, primorosos en su ingenuidad, caligrafiados entre una nimia orla de flores miniaturas con exquisita paciencia.

En ese locutorio de la Encarnación encontraba la Güera Rodríguez a don Pedro Garibay lleno de comedimiento y mesura, y con él compartía el delicado agasajo monjil, le oía su palabra sosegada con la que deliciosamente iba enhebrando recuerdos, pues el recreo de los viejos es rememorar, traer con nostalgia lo pasado a lo presente. Cuando hablaba don Pedro todos callaban en aquel aposento y en el silencio perfumado caía su voz con acompasada lentitud. Hablaba haciendo leves movimientos con los brazos, inclinando con suavidad la cabeza. De tiempo en tiempo tomaba su fresco rapé con elegante pulcritud de una esmaltada tabaquera de plata y lo sorbía complacido, entrecerrando los ojos con beata delicia, y después con su pañuelo perfumado, sacudíase minuciosamente la chupa, los encajes del pecho y proseguía con su apacible plática.

En esas penumbras olorosas todas las tardes sonaba la palabra comedida, mansa, suave, de don Pedro. La Güera Rodríguez sentía placentera felicidad al lado suyo, parece que le traspasaba algo de su dulzura bondadosa, de su paz, de su afectuosa indulgencia, y siempre conducíalo doña María Ignacia en su coche a la casa en que él habitaba, calle de los Ballesteros, casa humilde, con moblaje limpio y sencillo. Entre esas paredes blancas no se veían ningunas riquezas ostentosas. Allí, leyendo o meditando, se deslizaba mansamente hacia la muerte la vida de don Pedro Garibay, austera, simple, ejemplar. Cuando pasaba con la Güera Rodríguez en el carruaje todos inclinaban la cabeza y se bajaban los sombreros hasta la tierra en saludo profundo y ceremonioso. Mayor era la complacencia de doña María Ignacia de ir a su lado. Le satisfacían esos merecidos homenajes.

También al afable Lizana y Beaumont antes de que como virrey tuviese la dirección de los asuntos públicos, lo frecuentaba la Güera en su palacio arzobispal. Don Francisco Xavier de Lizana y Beaumont era gordo, de abultado abdomen, y, por

lo mismo, de natural pacífico. No había cosa que le alterase el genio al señor Arzobispo- virrey, ni menos aun que lo sacase de quicio. Nada en el mundo le desasosegaba su paz, siempre dulce e inalterable. Lento, apacible y cordial era Lizana y Beaumont. No había en él gesto duro de intransigente omnipotencia, sino la sonrisa acogedora y benévola. Hombre con espíritu de caridad y templanza. Una bondad perenne, inagotable, que siempre supo más de misericordia y perdón que de dureza en los castigos. Cuando éstos se hacían necesarios, eran no rigurosos sino blandos y llevaderos. Por eso al ir la Güera Rodríguez al Santo Oficio de la Inquisición acusada con fundamento irrefutable de que conspiraba a favor de los insurgentes, intervino la benevolencia del Arzobispo- virrey, y le aplicó como pena aquel destierro a Querétaro, donde doña María Ignacia soltó, alegremente, su humor alborotado.

En ese destierro no sufrió nunca la Güera la lejanía de su ciudad vernácula, nunca pensó en México con ojos turbios de nostalgia, sino que para ella fue breve y risueño el exilio. Un castigo quedo como todos los que imponía el bonísimo Lizana y Beaumont. Ella lo supo llevar con elegancia, con alegría y con el ímpetu que le era connatural, y así no paladeó la amargura de la soledad. De su obligada permanencia en Querétaro, siempre tuvo recuerdos entrañables que muchas veces le aromaron repentinas melancolías.

Cuando se le alzó el destierro y vino a México, fue a visitar, como si tal cosa, al tolerante arzobispo Lizana y Beaumont, quien la recibió con la dulce afabilidad que siempre había en su vida y la bañó con el encanto de su suave sonrisa. Lo siguió visitando y siempre recibía delicadas muestras de benignidad y cortesía, y ella reconociéndole sus altos méritos y gracias, celebrados por todos, conversaba con él con la mayor reverencia y respeto, aunque de vez en cuando metía en la plática los intencidos donaires de alguna malicia de la que no podía prescindir y que Su Excelencia Ilustrísima recibía con agrado, y aun le saltada de la boca una risa discreta.

No entró nunca en la amistad de doña María Ignacia el infernal don Félix María Calleja del Rey por los excesivos horrores que cometió en su campaña contra los insurgentes con la cruenta ayuda de otros menguados. Calleja ejecutaba en ellos y en sus familiares todas las crueldades del mundo: mutilaciones, fusilamientos, degüellos, incendios, saqueos, raptos, prisiones, azotes bárbaros. Todo esto eran grandes testimonios de su saña. No respetaba ningún fuero de justicia. Rastro de piedad no se hallaba en el pecho de don Félix María Calleja del Rey. Este hombre duro y violento bramaba por la venganza. Como que complacía en los sufrimientos ajenos. Había tomado sabor a la sangre de los patriotas insurgentes y en ésta como que apacentaba sus ojos con delicia. Para los realistas andaba Calleja con la pura justicia, sin apartarse de ella ni un ápice, para los contrarios, sólo estaba revestido ferozmente de Nerones. La Güera Rodríguez, partidaria decidida de los que anhelaban la

independencia de México, ¿cómo iba a admitir en su afecto personal a ese ser, grosero, déspota y cruel, que subió al virreinato teñido todo de sangre?

Su esposa doña Francisca de la Gándara, mexicana, de San Luis Potosí, era señora de muy bondadosa afabilidad, llena de cordial sencillez y caritativa a manos llenas. Doña Francisca de la Gándara no se daba reposo en hacer bienes. Era una simpatía acogedora que se derramaba por todas partes. Calleja prendóse de doña Francisca por quien perdió los pulsos de puro amor. Y ella, cosa extraña, también se enamoró de ese sujeto abominable que la hizo de su voluntad. Tuvo en su pecho muy hondas raíces este querer.

Cuando fue virreina, todas las señoras realistas la rodeaban con mil finos halagos, con las bocas transformadas en dulcísimos panales de miel. No reparaban en cosa a trueque de agradar. Iban a caza del agrado de doña Francisca con las redes de la lisonja. Pero doña María Ignacia Rodríguez de Velasco no se le acercó nunca porque chocaban en su fina sensibilidad los hechos injustos de Calleja. Una vez doña Francisca convidó a su mesa a la Güera, otra ocasión a su tertulia, pero con gentil fineza puso doña María Ignacia la excusa de una tenaz enfermedad que no la dejaba salir de la cama y menos de su casa.

Se encontraron muchas veces, entrambas señoras, era esto inevitable, moviéndose las dos en el mismo medio aristocrático, y nada extraño era que no estuvieran juntas en algún lugar, pero siempre doña María Ignacia trató a la Virreina con frío despeto, con ceremonioso desdén, que muchos le reprocharon y le tenían a mal. Esto lo notó, o se lo hicieron notar a Su Excelencia algunos aduladores y envidiosos malquerientes de la Güera, pero la bondadosa doña Francisca de la Gándara dijo que nadie estaba en México obligado a quererla, acercársele y rendirle cortesías. Y con esto ya retiró el chisme de su presencia.

Doña María Rosa Gastón era la mujer del virrey don Juan Ruiz de Apodaca. Entrambos señores estaban muy complacidos en el mundo de las amistades de la Güera Rodríguez. Doña María Rosa «era un perfecto modelo de virtud» y cuando el ataque de los insurgentes a la hacienda de los Virreyes trató a sus prisioneros, lo cuenta Bustamante, «con una caridad cristiana, pues a los heridos los asistió y curó personalmente en la Venta de Ojo de Agua que estaba inmediata, preguntándoles con una sencillez angelical por qué habían obrado de aquel modo, pues su marido ni su familia venían a hacerles mal ninguno, sino a mirarlos como a hijos».

La revolución en pro de la independencia de la Nueva España había bajado en entusiasmo por tanta y tanta derrota como sufrieron los que peleaban justamente por ella; solamente arriscados en agrias serranías del Sur, por los caminos asaltando convoyes, unos cuantos hombres no soltaban las armas. Le dio momentáneo ardimiento la expedición del desinteresado don Francisco Xavier Mina, General del Ejército Auxiliador de la República Mexicana, como él se hizo llamar. Pero a poco de

combatir cayó prisionero en el misérrimo rancho El Venadito y ya con esto menguó mucho el fervor revolucionario.

Para tener paz en la Nueva España, el virrey Apodaca usó de piedad. Abrió las puertas de su corazón a los rayos de la clemencia. Hizo paces entre enemistados. Los pocos que quedaban por ahí combatiendo se fueron indultando unos tras de otros. Logró más su clemente suavidad que el sangriento rigor del abominable Calleja.

Cuando el sinvergüenza de Fernando VII supo el lugar de la captura y el fusilamiento de Mina, el generoso caudillo español, dijo riéndose con su risa soez:

—Bueno haremos a Apodaca conde del Venadito.

No hay maldiciones ni palabras afrentosas fuera de la de cornudo, que no merezca, con sobrada justicia, ese oprobioso ser que se llamó en el mundo Fernando VII. Todas las indignidades y las más ruines y asquerosas abyecciones las tenía en sí ese marfuz y aun parece que se las cultivaba con esmerado cariño. Ni para premiar a quien bien le servía fue oportuno el muy bribón, pues tan sólo por burlarse de su fiel Apodaca, le dio ese título chabacano y logró perfectamente lo que se propuso, porque una gran carcajada llenó toda la Nueva España por lo chusco del favor de ese miserable, y nadie al hablar de don Juan Ruiz de Apodaca le decía el virrey, o el señor, o don Juan, o Su Excelencia, sino el Venadito, y sólo la Venadita se le llamaba a su mujer, doña María Rosa de Gastón, que se limpió más de una lágrima y rompió, rabiando por el apodo injusto, varios abanicos y pañolitos de encaje.

México se llenó de risa inacabable al saber que a su Virrey se le había hecho conde del Venadito. Mil chistes y epigramas llevaban constantemente en burla ese título ridículo. Los partidarios de los insurgentes eran los que más se mofaban y hacían escarnios del generoso don Juan Ruiz de Apodaca. Le ensartaban chanzas, le decían mil oprobios satíricos. Comprendían sus buenas dotes de gobierno, su prudencia, su honradez, su energía, pero como era contrario a la noble causa de la Independencia y no tenían ningún otro motivo para burlarse de él, sacaban agudezas y caricaturas en su contra, llevándolo con esto a la irrisión y al ludibrio de la gente, y así seguía la chacota con carcajadas por toda la ciudad.

Si se hablaba de los dos esposos se les decía los Venaditos, y muchas personas de México les llamaban los Venaditos mogones, porque no tenían cuernos. Si iban a la iglesia se murmuraba entre risas que los perros no hacían ninguna falta, pero que los venaditos, sí; si comían, que estaban pastando; si bailaba don Juan, que andaba de retozo por los topetones y patadas que dio a la revolución más justa del mundo; si montaba a caballo, pues que era un bruto sobre otro bruto, pero menos mal que siquiera concedían que era el venado el que mejor pensaba entre los dos animales. «¿Han visto unos venados más bien amaestrados? Los habrá, pero como estos dos venaditos, no, pues mírenlos caminando ágilmente en los pies, como si fuesen personas; mírenlos sentados, mírenlos ya sonándose las narices, y al Venadito mírenlo

tomando rapé y a la hembra, ¡qué primor!, abanicándose». Las cosas más íntimas, más privadas de su vida, se las comentaban con frases chocarreras o se las ponían en dibujos soeces que derramaban la alegría por todo México.

Apodaca dio al Rey las gracias por el favor de haberlo hecho conde, pero le rogaba que se dignase cambiarle la designación al título, mas Fernando, el chulapo, soez y engañoso se rió. Volvió Apodaca a hacerle otra nueva y respetuosa representación y ya no le hizo caso el falaz Borbón. Y se quedó Apodaca con su Venadito a cuestras, sirviendo a todos de irrisión cascabelera.

La Güera más de una vez fue a hablar con Apodaca al Palacio Virreinal para darle noticias secretas que le enviaba su amartelado amigo don Agustín de Iturbide, quien gracias a las hábiles intrigas de ella en aquellas juntas de la Profesa, en unión del prepósito don Matías Monteagudo, fue nombrado, con aquiescencia del Virrey, para ir a combatir a los surianos, pero, más bien, a ponerse de acuerdo con ellos, hacer paces y la anhelada independencia de México. Ruiz de Apodaca también le dio algunas instrucciones verbales muy delicadas y despachos privados para que por los escondidos y seguros conductos que ella sabía, los enviase a don Agustín al lugar por donde andaba.

También veía la Güera a doña María Rosa, la señora virreina, y graciosamente quitábale el mal humor a que dio motivo la chabacana gracejada del malvado manolo Fernando VII, y, le decía, que también echara a risa o al cómodo «no me importa» las festivas chacotas de los mexicanos por el nombre del título de condes con que los había regalado el bellaco soberano. Doña María Rosa hacía caso y buen aprecio a los consejos de la Güera, pero después tornaba a caer en indignación encendida y dejábase llevar del enojo. Venía a sus oídos un nuevo chiste adobado con el nombre del venadito o venadita y le flameaba en el corazón la mayor rabia del mundo.

Ya no le importó nada a la Virreina esta cosa baladí por los graves sucesos que vinieron. Como Apodaca visitaba en la Cárcel de Corte al caudillo don Nicolás Bravo, hacíale buenos regalos y decía: «Me parece ver en él a un monarca destronado», y por esto y otras cosas más, lo abominaban sinceramente los españoles que querían que fusilara en el acto a todo cuanto insurgente se rindiera. Los españoles de aquí tenían el furor de la intolerancia, tenían la exaltación de las pasiones, la crueldad bárbara.

Como en España se restableció la Constitución de 1812 motivó otro activo movimiento la insurrección en México, a cuyo frente se puso don Agustín de Iturbide, y como esta revolución iba aventajando y creciendo como la espuma, también en la misma proporción aumentaba el descontento de los realistas por sus desaciertos, la decadencia de la causa española, y en su contra comenzaron a tramar una sorda conspiración sus paisanos descontentos.

Los gachupines se hicieron a una en contra de él; excitaban tumultos, movían

gente armada en oposición a su persona y estado, y aun empezaron a hacer maquinaciones con algunos oficiales del ejército, prometiéndoles dinero, honores y otros buenos provechos. El oro y el moro que siempre se ofrece con toda formalidad a los milicianos porque se pronuncien en contra del régimen que están obligados a defender. Con todo esto hicieron en el ánimo de los militares lo que el viento en las ascuas y al fin, ante la completa indiferencia del pueblo, se atrevieron contra la autoridad del Virrey y lo depusieron la noche del 5 de julio de 1821.

Don Juan Ruiz de Apodaca, con serenidad y calma inalterable, apaciguó el formidable griterío con que se presentaron en tumulto los conjurados gachupines, y sin hacer ninguna violencia entregó el mando. ¿Por qué retenerlo más? Veía el triunfo inminente de la Independencia; también veía bien claro que los que le quitaron el gobierno no detendrían ya en la Corona a la Nueva España, y así se los dijo con serenas y concisas palabras, y después, sonriendo afectuoso, les hizo una reverencia gentil, y con paso reposado, fue tranquilamente a la estancia contigua, en donde estaba muriendo de zozobra su mujer, doña María Rosa, y tomándola suavemente de la mano, como si fuese a danzar una pavana o una gallarda en fiesta de corte, pasó, sin dejar él su delicada sonrisa, y ella, su mirar blando y acariciador, entre los conjurados, todos en silencio atónito.

Salió del salón, luego del Palacio, con sosiego, sin apresuramiento, y se fue al goce delicioso, imponderable, de la apacible vida privada, sin tener ya prisas ni cuidado en el alma, lejos del asqueroso fregado de la política, ya en completa libertad hasta para prescindir de sus libertades. Paz, suave paz del hogar.

La Güera Rodríguez seguía yendo, con más asiduidad que antes, a la casa de su amiga doña María Roca Gastón y ésta asistía al estrado de la Güera. Entrambas señoras estaban estrechadas en sí con vínculos de amistad. Afuera ladraba la canalla. Pero ya a doña María Rosa no la inquietaba el barullo que traían los gritadores gachupines, quienes le dieron el mando del gobierno al director de Artillería don Pedro Novella, y a poco este buen señor no fue ya del gusto de los españoles porque también les resultó honrado, con prudencia y una comprensión indulgente para todos, y, lo que era peor aún, con independencia de carácter. Lo empezaron a aborrecer porque no hacía ninguna de las mil cosas indignas que ellos deseaban que ejecutara para beneficiarlos y a las que creían tener perfecto derecho, porque a ellos y sólo a ellos, les debía el gobierno.

Una mañana en la puerta del Palacio apareció este pasquinillo, escrito, tal vez, por alguno de los amotinados:

*Tú, Virrey provisional,
¿eres tonto o animal?*

Y don Pedro Novella, después de que se lo dijeron y sin alterarse en lo mínimo,

mandó agregarle abajo estos cortos renglones a modo de respuesta:

*Si me quedo y no me voy,
pronto sabréis quien soy;
pero como estoy de paso,
no os hago caso.*

La Güera Rodríguez continuó sin apartarse de la amistad de los Apodaca. Iba de tertulia a su casa o a sacarlos de paseo en coche, siempre con la precavida prudencia de ir por los alrededores de la ciudad, para evitar cualquier exceso de la pasión del populacho, o de la plebe gachupina que era peor que la mexicana, que bajó del poder a don José Miguel, hombre honrado y muy cabal. Duró la Güera en este inalterable apego a sus amigos hasta que éstos en Veracruz se hicieron a la vela para España, surcando las ondas del mar en viaje feliz.

En la metrópoli Apodaca fue tratado con la respetuosa consideración que era debida a su honradez y fidelidad. Se le dio la honra que merecía. La Güera pregonaba por dondequiera estos homenajes y galardones tan bien merecidos, ya que es un gusto decir lo que enaltece y alegra a los amigos. También decía, por dondequiera, grandes bienes de los Apodaca y bañaba su memoria de encomiásticos elogios. Toda ella se convertía en aplausos recordando a sus amigos lejanos.

Con don Juan O'Donojú no tuvo ningún trato la Güera Rodríguez, pues a poco de llegar a México, la muerte, universal rasera, le cortó el hilo de la vida. Tampoco lo tuvo con la esposa, doña Josefa Sánchez Barriga y Blanco, quien apenas murió su marido, la desgracia la hizo suya hasta no llevarla al extremo de la pobreza. Gracia y bondad había en esta noble señora. Tenía un vago embeleso de melancolía; al hablar denunciaba hallarse llena de paz, de sosegada dulzura, de un gran bienestar interior, y aquel señorío suyo, aquel grave continente, sus ademanes, su voz, denotaban su alcurnia. Mucha raza había tras de esa dama, toda su persona lo manifestaba así con elegancia. Se recibía gusto mirándola tan delicada, con tan suave donaire, y con aquella invisible niebla de tristeza que la envolvía y aumentaba su fina idealidad. Llega a México doña Josefa y ya la desdicha no se aparta de su lado; se tiende, implacable, a lo largo de sus días. Don Juan O'Donojú no gobernó; se le fue el mando de las manos en virtud de los tratados de Córdoba y a poco de llegar a la Nueva España puso —ya lo dije— su vida en manos de la muerte y dejó a su esposa más tesoros de reputación que de dinero. Jamás cruzó esta señora Virreina por una fiesta en México. Los blindados cofres de su equipaje sólo se abrieron para sacar sus trajes negros; los de lujo allí quedaron, sus mejores galas.

Pronto empezó a agotarse su caudal, a hallarse con falta de dinero. Triste cosa es nadar en lo más alto del agua y luego hundirse. Vendió sus joyas que le dieron casa y sustento por algunos meses; luego fueron a la venta sus trajes magníficos. Se quedó

sin ninguno de sus atavíos de antes, de cuyo refinado esplendor gustaba mucho, y se encaminó a vivir una vida pobrísima, sin echar de menos sus regalados manjares y su vistosa servidumbre, atenta a sus deseos.

A España no podía regresar doña Josefa, porque Fernando VII, el rey felón, tenía alzada toda su cólera contra O'Donojú y su familia, pues lo envió, dijo, a conservar estos reinos, no a que los diese sin su real consentimiento a los enemigos de la Corona. También las Cortes no sólo habían reprobado los tratados de Córdoba, sino que declararon traidor y fuera de la ley a don Juan O'Donojú, que los firmó sin tener autorización para semejante cosa. Era estrecha la necesidad de doña Josefa Sánchez Barriga y Blanco; los cuidados y dolores la gastaban y consumían.

El Congreso Constituyente que se instaló en la antigua iglesia jesuita de San Pedro y San Pablo, le decretó una pensión suficiente, mil pesos mensuales, por los señalados servicios que su marido prestó a la causa de la Independencia de México. Gran consuelo entró en la vida de la infeliz señora, pero solamente recibió la primera mensualidad, y ya no se le dio cosa alguna porque, gran razón, no había fondos en la Tesorería de la que querían saliese más dinero del que entraba en sus arcas. El poco que caía en ellas empleábase en el pago de mil cosas inútiles y aun desastrosas.

Con todo esto ¿cómo se había de pagar la crecida pensión de mil pesos mensuales a la señora doña Josefa Sánchez Barriga de O'Donojú? A más, con aquellas revoluciones constantes, con aquellos pronunciamientos, luchas, cuarteladas, planes que unos secundaban, que otros combatían, y las tremendas intrigas de las logias masónicas que todo lo revolvían, la de los yorkinos, la de los escoceses, y que tanta y tanta sangre costaban al país, pues bien, con esos acontecimientos inusitados entonces ¿quiénes se acordaban ya de lo que hizo don Juan O'Donojú por la independencia de México? Se hallaba el Gobierno deudor al ejército de muchas pagas y con grosísimos gastos; al fiado compraba los materiales necesarios con grandes intereses a corto plazo; traía en largas de día en día a los acreedores. Ya no encontraba con qué pagar y hallarlo prestado.

Doña Josefa caminaba a toda prisa al menoscabo y al empeoramiento. Cayó rendida a las puertas de la necesidad. La infeliz señora estaba en grandes penurias. La pobreza en que vivía y las tribulaciones porque pasaba la tenían arrastrada por esos suelos. Hallábase alcanzada de hambre, y de las cajas de la Tesorería no salían nunca sus haberes, los que tenía el Gobierno obligación de suministrarle y deuda de ellos, y así como doña Josefa muchas otras personas había a cobrar que se veían despedidas como despiden al pobre mendigo.

Iba a vivir la infeliz señora a una casa y en breve tenía que dejarla por no poder pagar la renta, así fuese corta; por su antiguo rango y la desgracia en que estaba, le tenían alguna consideración los propietarios; pero como iba creciendo el adeudo, y al fin y al cabo, con muchos miramientos, le pedían que la desocupara e iba a dar a otra

de la que salía al poco tiempo.

Los golpes de la fortuna la hicieron apocada, medrosa y abatida. Se le ennegreció la fuerza de la vida y su belleza se apagó para nunca más lucir. Ella, que arrastró siempre ricas sedas y terciopelos, andaba ya de triste picote; de estameñas ásperas, verdeantes, eran sus vestidos de diario traer. Pedía y no sacaba más fruto que hambre y más hambre. Se contentaría con pajas y no se las daban. Vivía una vida con crecientes de penas, sin menguantes de dolor. Le ofrecieron formalmente pagarle quinientos pesos mensuales y con toda puntualidad en vez de los mil decretados, siempre y cuando consintiera en la rebaja. ¿Y cómo no había de consentir la sin ventura?

Ni esta cantidad logró nunca que le pagaran. A extrema necesidad llegó la triste señora. Daría vuelta a todo México y no hallara quien le diera bocado de pan. No se desayunaba la infeliz con otro manjar que de congojas y amarguras. Su corazón estaba lleno de dolor. Padecía sin linaje de alivio y no tenía consuelo su aflicción. Llegaron a tal punto las penas que le oscurecieron la luz de la salud, con lo que se le cortó fácilmente la trama del vivir. Murió el 20 de agosto de 1842 y le hicieron humildes exequias de pobre en la capilla de Santa Paula y en ese cementerio se le dio tierra a su cadáver.

Todo lo mucho que padeció la cuitada señora doña Josefa lo supo la Güera Rodríguez hasta que murió esa dama, por la boca parladora de su amigo don Carlos María Bustamante, que era curioso en saber vidas ajenas para ponerlas después en las historias que componía con incansable constancia o bien para meterlas en apostillas, glosas y notas de los libros de otros autores que sacaba de imprenta. Y hasta dijo a la Güera que él, aunque pobre, se movió varias veces en socorro de doña Josefa con algunos dineros y provisiones para su menguado sustento.

La Güera reprochó a don Carlos por qué no le había dicho antes de la miseria en que estaba sumida esa señora tan buena y desventurada. Ella, tanto por su caudal como porque O'Donojú ayudó a México a salir de la sujeción de España, la hubiese puesto debajo de su protección, mirando por su provecho con una buena mesada y en alimentos diarios, sin atormentarla con la dilación. Esto no era un vano prometer, pues doña María Ignacia Rodríguez de Velasco redimió bastantes penurias y dolores. Acudía con larga caridad al socorro de los pobres. A las congojas de muchos les daba alivio e iba con el remedio en la mano y no en la lengua.

Pero ya que no pudo ayudarla en vida, eficazmente, tal y como hubiese querido, haría algo por su alma y le mandó decir en Santo Domingo la misa de la Emperatriz, en San Francisco las de las Cinco Llagas, y las eficaces gregorianas en el privilegiado altar del Perdón de la Catedral, lleno de indulgencias. Le consagró en varios templos otras animalias. Hizo así un beneficio a la pobre señora, que fue esposa del Virrey que contribuyó a que México alcanzara la libertad, ya que la Güera Rodríguez

siempre fue entusiasta, decidida partidaria de la Independencia.

Jornada decimacuarta

SUPERVIVENCIAS INÁNIMES

¿Qué nos queda ahora de esta linda doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, la del perenne encanto, conocida más bien por la Güera Rodríguez? Cinco cosas. Es la primera, y muy preciosa, su retrato. La delicadeza de un pincel la trazó en una miniatura muy bien sacada, excelente y hermosa. Decora una bella cajuela de oro y carey. El artista anónimo que la hizo puso con sus colores en perfección el dibujo. Matizó la gracia y claridad de hermosura. Se ve allí a la Güera Rodríguez con el leve desdén de su sonrisa, con su pelo lacio y dorado, de un oro fluido, en fleco sobre la frente despejada. El pintor sacó a lo propio la viva gracia de sus claros ojos azules, pestañosos, pensativos, de mirar profundo. Su traje es también de un desvaído azul celeste y de subido talle a lo Imperio, los senos redonduelos campan a gran altura como los de las madonas de las áureas tablas primitivas. No se le ven las manos, aquellas sus manos blancas, finas, alargadas y con sortijas que sabía jugar con coquetería expresiva.

La segunda cosa, así en singular, es un mazo de cartas escritas de su puño y por las que pasó la intangible mano del tiempo amarillando los plieguecillos y haciendo un tanto cuanto borrosos los caracteres trazados con tinta negra, sin duda de la de huizache que era la que se estilaba en aquellos tiempos viejos. Todas esas misivas están dirigidas al señor don Manuel Romero de Terreros y de Villar Villamil a quien la Güera sacó de pila y se hallan datadas en la hacienda de la Escalera que fue de la propiedad de don Juan Manuel de Elizalde, su tercer marido. En esas epístolas no le trata a su ahijado de nada particular y concreto, son simples cartas familiares sin ninguna importancia, como cualquier señora de esa época pudiera escribir a una persona de confianza, pero se ve en esas letras buen sentido y clara sencillez, así como discreción y buen discurrir. Nada de frivolidades, de superfluo, sino todo en su punto y bien asentado.

Hay muchas otras cartas, todas extensas —llenan las cuatro carillas del pliego con letra firme y menudita—, dirigidas a su hijo don José Jerónimo. Están llenas de ternura y amor y le dan amplios consejos, maduros y prudentes, para comportarse en la vida y además, dice bellamente cosas que interesaban al alma del mancebo. Se ve en todas ellas su acendrado amor maternal, aparte de su claro talento y de la suelta facilidad de su pluma.

La tercera cosa es un rebozo de los que se llaman ametalados porque en su fina urdimbre de seda se traman múltiples hilos de oro y plata que le dan precioso brillo y lucimiento. Éste tiene bordadas cuatro franjas anchas de variados dibujos

multicolores. Una de éstas, respectivamente, se halla a lo largo de la orilla superior y en la inferior, y en los espacios que dejaron las otras dos, hay hechas con exquisito primor y con sedas chinas de colores, infinidad de lindas figuras de damas y caballeros con brillante vestimenta a estilo del siglo XVIII. Hay varios señores que danzan al son de los diversos instrumentos que unos músicos curiosos soplan o tañen; otros caballeros andan de paseo entre una extraña vegetación muy florecida; otros, ruando en muy bonitas carrozas o van de camino en negros y colorados carruajes; otros están puestos a la mesa en la que hay platos con manjares y andan criados sirviendo; unos señores, encumbran rabudos cometas en un cielo con nubes; otros, están atareados en ocupaciones venatorias, caza de volatería y de fieras animalias monteses, osos, tigres, leones y corzos esbeltos. Hay un obispo con capa magna y pajes caudatarios y uno muy airoso conduce alta mitra dorada; está tendido, en aparatoso catafalco, un personaje muerto, lujosamente vestido con casacón y calzones, ambas prendas azules y con candingas y arremueques, medias blancas y chinelas con hebilla dorada, yace entre cuatro torneados blandones de argento, tiene de fondo un gran cortinaje rojo muy delgado, encima del cual resalta vivamente un escudo con sus atributos simbólicos; más adelante lo llevan a sepultar puesto en unas andas plateadas que conducen señores lujosos y otros muchos le siguen en abigarrado cortejo, honrando al mortuorio. Hay un combate naval y otro en tierra muy reñido y tumultuoso; hay castillos y casas muy torreadas y tiendas de campaña con flotantes banderolas; hay barcos de velas desplegadas, llenas de viento, en un mar azul, fuentes que desde lo alto de sus diversas tazas descuelgan abundante agua de plata; por todas partes se ven, aparte de altos cipreses y de sauces muy verdes, árboles quiméricos cargados de flores raras y de grandes frutas extrañas, altivos pavos reales que posados en peñas, abren el pomposo abanico de sus grandes colas y vuelan águilas, loros y garzas, unas blancas, rosadas otras, y una multitud de pájaros versicolores completan aquella polícroma y cabal suntuosidad, regalo de los ojos.

También tiene bordado este rebozo singular tres escudos coloridos; el de España, que era grande el amor que le tenía la Güera, ¡siempre el amor!, el del Imperio y el particular de don Agustín de Iturbide y hay huellas visibles de otros escudos nobiliarios que el tiempo no se llevó, como se lo lleva todo, con evidentes señales de nombres propios que también se ve claro que fueron deshechos adrede, pues que ninguno de ellos quedó.

No puede decirse que los muchos años, porque hubiesen destruido allí otras cosas que están en su completa hechura, sin nada faltante. ¡Qué casualidad tan extraña que tan sólo en todos éstos se hubiesen ensañado los años destructores! Quedaban bien claros y distintos los múltiples agujerillos de los que quitaron las hebras de seda de las puntadas. ¿Qué nombres eran éstos? ¿La Güera mandó poner en la época de sus amoríos con Iturbide el blasón familiar que dizque tuvo este señor? ¿O, acaso, esta

lucida prenda fue uno de los tantos buenos regalos que ofreció el Emperador a su amiga y por eso él mandó poner allí sus armas? El color de este rebozo es ya un indefinible y suavísimo amarillo. Cortas y triangulares son sus puntas o rapacejos.

Esta linda prenda estuvo sobre los hombros, espalda y brazos mórbidos de la Güera Rodríguez, ciñó veces incontables su talle y le pasó a la tela el calor que la entibiaba; también, mezclado con los perfumes que tenía por uso rociar en sus ropas diariamente, le puso el capitoso olor natural de su cuerpo. Las manos de ella, blancas y leves, pasaron y repasaron por su seda joyante y como un halago deslizáronse sobre los numerosos personajes históricos que lo califican y decoran y sus claros ojos azules leerían siempre con delectación aquellos nombres queridos que lo ilustraban y que a la Güera, indudablemente, le traían remembranzas, gratas o adversas.

Era esta señora tan original en todas las cosas de su vida y también tan desdeñosamente desaprensiva, que le importaba muy poco o más bien nada, que dijeran o dejaran de decir, ella hacía ampliamente su antojo y después que hablase la gente primores o le echase improperios ¿qué más daba? Era cosa ésta que le despreocupaba y la tenía muy sin cuidado, así es que es casi seguro que ella fue quien mandó bordar con toda claridad los nombres esos para lucir visiblemente la cumplida y exacta lista de sus rendidos amadores y maridos, lo que era tanto como decorar con recuerdos su rebozo elegante.

En estos tiempos los ha desbaratado de propósito algún pariente suyo, escrupuloso, que con esto ha pretendido así como tapar el sol con un dedo. ¿Para qué esta inútil precaución, señor, si sabemos las preciosidades que hizo y con quién las hizo? ¿O es que, acaso, había algunos caballeros más de los que se enlistan en este libro y son de los que ahora se tiene conocimiento, que no convenía que se supiese quiénes eran? ¡Ay, caramba! Pero si ella no se avergonzó nunca de tenerlos y lucirlos con ufanía atados a su linda voluntad y andaba con ellos a la vista de todos por paseos, plazas y calles y fiestas, sin ocultamientos hipócritas, ni miedosas cautelas, como lo publicaba su despejo y confirmábalo su desgarró, y tuvo a gala el poner los nombres y apellidos de todos ellos ¿por qué los quitó su asustadizo descendiente?

Es indudable que este deudo suyo deliberadamente los desbarató para evitar así el recuerdo de la gente que los llevó y que estuvo allegada a la brillante doña María Ignacia, o bien los suprimió para no atraer con ellos suspicacias, pero dejó intacto el escudo particular de Iturbide que hace pensar en muchas cosas. Igualmente las hace imaginar a la malicia la supresión de esos letreros habladores de tanto y tanto...

Además, podría suceder, ¿por qué no?, que esos nombres que se quitaron fuesen de personas a las que esa dama, fuego vivo, les tuvo no amor sino señalada gratitud y tan sólo por eso quería llevarlos escritos claramente en su rebozo como tenía sus beneficios en la memoria, para demostrar con ello y de manera visible su devoción hacia ellos y pregonar que reconocía y amaba los favores. Si no lo hubiese

reconocido así sería una ingrata y ella nunca fue infiel a los amigos. Mostrando esos nombres en su rebozo satisfacía al beneficio recibido.

Hay otro rebozo —la cuarta cosa que de ella subsiste—, no de la suntuosidad brillante que el anterior que he descrito y comentado con sospechas y conjeturas, pero también magnífico de calidad. Es todo él a rayas angostas, verdes, rojas y amarillas, pero todos estos colores están ya tenuemente desvaídos en matices y esas franjas se encuentran entre filamentos brilladores de plata y de oro y su rapacejo no es agregado, sino está hecho de hilos del propio tejido, es corto y forma una serie de triángulos anudados en fino macramé.

Existe una cama. La quinta cosa que hay de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, linda cosa. La cama que usó durante toda su vida. Yo la he visto con mis ojos mortales, la he tocado, como también con encanto inacabable lo he hecho con las otras cosas que fueron de esa mujer de maravilla. Es una cama ancha de palo de cedro, pintada de oscuro verde olivo, con paisajes arcádicos, tanto en la elevada cabecera como en la piecera de retorcido borde en donde hay filetes dorados y carmesíes. Es una cama que gracias al primor de su fuerte hechura es discreta y muy callada, digo, silenciosa, pues no es como otras camas que hay por ahí, no se queja en largos rechinos por más peso en movimiento que tenga encima.

¡Ay, si las cosas hablaran e hicieran íntimas confidencias! Si nos dijeren lo que han visto, qué manos en suavidad cariciosa o violentas de enojo, han pasado por ellas; qué ojos las han mirado con indiferencia, furor o suave encanto, y les fueron adhiriendo como una ideal capa de cariño, como una pátina amable y constante del propio espíritu de sus dueños y en pago de tanta solicitud, como que aumentaban el brillo de sus barnices, subían el tono de sus colores o bien los amortecían con idealidad y lanzaba al aire la sutileza de su aroma.

Hacen lo que pueden, dan lo que poseen. Si las cosas nos dijeran las alborozadas alegrías que miraron, las tristezas que ante ellas se compungieron o las penas o dolores que lloraron a su lado, ¡ay!, lo que hubiesen dicho a la curiosa avidez de nuestros oídos estos lindos rebozos ametalados, esta vieja cama grandona y verde de la Güera Rodríguez. Viendo este mueble me nació la idea de conocer la historia, y de escribirla después, de esta magnífica y extraordinaria mujer que sobreponía la donosura a la malicia y llenó toda una época con su vida plena de gracia, de inquietud y brillo suntuoso.

Jornada decimaquinta

LAS TRES GRACIAS Y UN BREVE DISCURSO SOBRE LA NOBLEZA MEXICANA

Eufrosina, Aglae y Thalía eran las Tres Gracias. Representaban, respectivamente, la alegría, la belleza y el ardor en los festines. Júpiter y Eurimone son sus padres, otros dicen que Juno fue la madre. Eurimone era hija de Apolo. Estaban encargadas de presidir el contento de los festejos particulares, tales como el baile, la música, los banquetes, el ímpetu juvenil de los juegos, los cantos, las danzas y otros entretenimientos. Eran las tres hermanas fáciles dispensadoras del bienestar y el placer. Con sus canciones y bailes diéronle grato consuelo a doña Venus, madre de don Amor, cuando perdió a su amado Adonis, lo que la hizo muy desgraciada.

Las Tres Gracias arrinconaron las reglas del arte, frías y rígidas, y las reemplazaron por sólo la inspiración; el vino, cuando ellas querían, no producía ninguna alteración dañosa en los cerebros, sino sueños delicados, optimistas, una placentera euforia; al orador le ponían elocuencia vibrante y ternura al poeta. No sé cuántos primores más otorgaban las tres olímpicas hermanas a los pobres mortales de cuerpo corruptible. En Atenas sus estatuas se erguían a la entrada de la blanca ciudadela de mármol y en la ciudad de Elis estaban revestidas de oro reverberante. Una tenía una rosa entre las manos, un dado otra y la tercera, una rama de mirto.

Venus y las Tres Gracias le decían en México a la Güera Rodríguez y a sus hijas María Josefa, María de la Paz y María Antonia. El nombre de las Tres Gracias caía de manera perfecta, a maravilla, en esas doncellas por su deslumbrante hermosura y por deleitar con sus atractivos. Tenían el garbo, despejo y donaire de la madre y de ésta y del progenitor les venía la belleza. Los hijos retraen a sus padres en los semblantes. Don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo, era tonto él y mentecato, pero de sobresaliente gallardía, de buen aire y disposición de cuerpo. A la vista de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco no se veía más cosa; al lado suyo todo parecía feo, toda beldad se eclipsaba y toda hermosura se escondía.

También de esta vivísima señora les venía a las tres hijas atrayente simpatía, algo de su claro talento y elegancia espiritual y algo también de la agudeza y perspicacia de ingenio para prontos, respuestas y salidas. María Josefa, María de la Paz y María Antonia cautivaban con la atractiva finura de su gracia, suspendían y embelesaban las potencias y sentidos, totalmente parecíanse a las divinidades cuyo apodo les dieron y que ponían encanto en todo lo que estaba en relación con el agrado de la vida. Al oírlas hablar, discurrir y reírse se veía de modo patente la semejanza con la Güera,

pues resplandecían con el lustre de sus hechizos, ya que herederas fueron de todos aquellos bienes. Sucedióle con excelencia en todas sus carismas.

Las tres doncellas, como correspondían a su esclarecida alcurnia, casaron con señores también de prosapia y que no eran de cortos menesteres, sino muy pudientes y con su dinero le daban más relumbrante brillo a los cuarteles de sus escudos. Estos caballeros resplandecieron con el lustre de sus pasados. También estos señores representaban a los suyos con la hermosura de sus virtudes. Doña María Josefa fue esposa del conde de Regla, que era don Pedro José Romero de Terreros y Rodríguez Sáenz de Pedroso. Doña María de la Paz se unió en matrimonio con el señor don José María Rincón Gallardo y Santos del Valle, marqués de Guadalupe Gallardo y mayorazgo de Ciénega de Mata. Casó doña María Antonia con don José María Echeverz Espinal de Valdivieso y Vidal de Lorca, que llevaba el título de marqués de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya. Tres grandes señores. Señores cristianos, dóciles al bien, ajenos a la maldad.

El convento de la Enseñanza fue pía fundación de doña María Ignacia de Azlor Echeverz. De Coahuila era esta ejemplar señora, nació en Santa María de los Patos, villa que ahora lleva el nombre de General Cepeda, héroe local de la Reforma. Victoriano Cepeda se llamaba este valiente y patriota señor, pero sólo su apellido se le dio a este lugar de donde era oriundo. Don José de Azlor y Vito era el padre de doña María Ignacia Azlor Echeverz, segundo hijo del conde de Guara, y la madre doña Ignacia Javiera Echeverz Valdés, primogénita de los marqueses de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya, así es que doña María Ignacia era heredera legítima de este título nobiliario.

Desde muy moza quiso fundar casa de religión y cuando pudo, después de vencer miles de penosas dificultades que sin cesar le interpusieron sus parientes y allegados, se fue a España a profesar y a hacer el estudio, su principal propósito, de la organización del convento mariano de Tudela, del cual su señora madre le hacía continuas y grandes alabanzas, pues los más vivos deseos de doña María Ignacia de Azlor eran el implantar en México uno semejante para que fuera aquí de gran provecho. Pasados algunos años tornó a México con un selecto grupo de religiosas para fundar casa y la Nobilísima Ciudad las recibió con gran agasajo y las aposentó en el Convento de Regina Coeli.

Empezó desde luego doña María Ignacia a hacer habilísimos portentos, para conseguir dineros abundantes a fin de realizar su empeño, pues era de suyo muy despejada y hábil para lo más dificultoso, y muy pronto compró buenas casas en la céntrica calle de los Cordobanes y desde luego empezaron las ingentes obras para labrar el convento, 23 de junio de 1754. Corrió con la fábrica un fraile profeso en San Agustín, maestro en el arte de edificar. Tan de prisa fueron los trabajos que ya para finalizar el mes de noviembre del año dicho, estaba concluido un gran patio

porticado, los claustros, la enfermería, buen número de celdas, muy amplias salas para clases, capilla con su airoso torre llena de campanas y las demás oficinas necesarias para religiosas de vida común. El convento lo bendijo el arzobispo don Manuel Rubio y Salinas y pasados días lo consagró con gran solemnidad. Su nombre fue convento de Nuestra Señora del Pilar de Religiosas de la Enseñanza y Escuela de María, pero nadie en México lo llamaba así con esta larga designación, sino simplemente la Enseñanza.

Éste era su principal objeto, enseñar. Había en esa casa muchas niñas internas y también muchas niñas externas; éstas de balde y las otras pagaban sólo un corto estipendio, pues la institución no era para lucrar sino sólo para hacer el bien. Allí se aprendían letras y cuentas y, de modo principal, las útiles artes domésticas. Llegó a tener la Enseñanza buen número de alumnas, no sólo muchachas de la capital del virreinato, sino de todas partes del reino, pues su fama se había extendido en cada una de sus provincias, pues de ella salieron excelentes hijas, excelentes esposas y excelentes madres que sabían regir con muy buen pulso su casa. Era claro prestigio para una doncella decir que fue educada en la Enseñanza, más que para esta noble casa contar que habían estado en sus aulas tales o cuales damiselas de alcurniada estirpe. La honra es de quien la da, no de quien la recibe.

A esta casa fueron a dar, como era natural, las tres hijas de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco en donde demostraron su lucida capacidad para aprender todo cuando allí enseñaban las pacientes monjas mañanas. Duraron varios años sujetas a la disciplina que reglaba el convento y salieron al mundo diestras para todo lo que en aquella época era necesario a una doncella: habilidades de aguja, el sabroso arte culinario, escribir con limpia y redonda letra española, con sus gruesos y sus finos, hacer con sencilla facilidad todas las cuentas en uso y el gusto a la lectura en buenos libros.

Doña María Josefa contaba dieciséis años de su edad y provocó grandísima admiración su gracia femenina. Su hermosura aunó todas las miradas de aquella sociedad elegante. No se hablaba en estrados y paseos sino de la grácil belleza de esa doncella en la que reunía todas las perfecciones, tan pulida en sus maneras, de tan afable sencillez en su trato poblado de sonrisas y tan lujosa en su modo de vestir. En el marco luminoso de los salones se destacaba como la máxima actualidad cortesana; en torno de la finura de su silueta había un constante girar de exquisitos galanteos, llenos de ilusionada ansiedad.

Entre aquel círculo de luces y aquel revolar de danzas apareció muy gentil el joven conde de Santa María de Regla que acaparó íntegras las miradas de la hermosa damisela y a poco, de modo apasionado y total, tenía su corazón. Este joven conde de Regla era don Pedro José María Romero de Terreros y Rodríguez Sáenz de Pedroso.

En su bautizo —4 de noviembre de 1788— le impusieron todo este bonito

calendario: Pedro José María Ignacio Antonio Pascual Ramón Manuel. Este apuesto mancebo era nieto del dadivoso benefactor, el primer conde de ese dictado, don Pedro Romero de Terreros, quien instituyó el benéfico Monte de Piedad como se le llama ahora y que principió a funcionar con el nombre de Sacro y Real Monte de Piedad de Animas. Además de esta fundación derramó el conde de Regla mil cuantiosos beneficios por dondequiera e hizo al rey don Carlos III la fastuosa dádiva de un buque de guerra de alto porte, todo él de pura madera de caoba y con la dotación de más de ochenta cañones bien probados.

Ese navío se llamó «Nuestra Señora de Regla», habla de él el genial don Benito Pérez Galdós en su episodio *Trafalgar*. Alcanzó de costo ochocientos mil pesos y Su Majestad ordenó, en retorno de ese gran regalo, que siempre hubiese en la marina española un barco que llevase el nombre de «Conde de Regla, alias el Terreros».

Don Pedro Romero de Terreros como dio tantos miles y miles de pesos al rey, éste, en buena correspondencia, lo hizo hidalgo, caballero de Calatrava y hasta lo regaló con el título nobiliario de Conde de Regla. También se despacharon más títulos de marqueses y de condes a otros mineros afortunados y ostentosos que enviaron millonadas a las arcas de Su Majestad, siempre escasas y necesitadas.

En el libro del marqués de Saltillo, *Historia nobiliaria española (Contribución a su estudio)*, tomo I, impreso en Madrid el año de 1951, en la página 376, capítulo titulado *Mayorazgos de Indias*, está una nota, la número 2, que dice así: «Méjico, 7 de septiembre de 1775. El Conde de Regla había nacido en Cortejana, el 28 de junio de 1710, de una familia honrada; cuando se enriqueció y se le hizo merced de un hábito de Calatrava *necesitó dispensa de sus cuatro apellidos por no tener hidalguía*. Murió en su hacienda de San Miguel del Salto, jurisdicción del Real y minas de Pachuca, el 27 de noviembre de 1781. A.H.N. Col. Exp. 2.258.»

Y en esa misma obra del marqués del Saltillo, en las páginas 381, 82 y 83, se lee que «Al primer Conde de Regla, don Pedro Romero de Terreros, se le concedió real facultad el 3 de agosto de 1766, refrendada de don Tomás Mellor, para fundar tres mayorazgos y nueva facultad el 18 de mayo de 1775. Se verificó por escritura ante Bernardo de Rivera Butrón el 7 de septiembre siguiente, aprobada por real cédula en Madrid a 22 de diciembre de 1777. Lo dotó con las minas de plata de la veta Vizcaína y Santa Brígida en el Real del Monte, las haciendas de beneficiar metales situadas en el Partido de Tulancingo llamadas de Regla, San Miguel, San Antonio, San Juan, Ixtula y San Javier, y las de la jurisdicción de Pachuca llamadas San José, alias Sánchez, y la de la Furísima Concepción, dos casas en Pachuca, tres en el Real del Monte y las de la Alcaldía Mayor de Zimapán, la mina de San Diego, alias Lomo de Toro, y la casa de México, calle de San Felipe Neri. Atendiendo —decía— a que el laboreo de las minas vinculadas es importante a la común utilidad, a la Nación y a la del Real Erario y del mismo poseedor, y en consideración a una dependencia tan

cuantiosa necesitada para su corriente de un fondo o repuesto considerable de aquellos ingredientes o cosas que son precisas para el beneficio y laboreo. Es condición precisa que el poseedor ha de mantener siempre provisión considerable de fierro, acero, azogue, sal magistral, greta, cebada, pieles y demás que para el efecto requerido se necesita, de tal modo que en el principio de cada año se hallen en los almacenes cien mil pesos de estos efectos».

El segundo mayorazgo, fundado en México el 9 de febrero de 1779, ante el escribano Rivera Butrón, en favor de don José María Romero de Terreros Trebusto y Dávalos, se componía de las haciendas de Jalpa, Casablanca, Jiloncillo, los Párteles, Temohaya, el Panal, la Concepción, Xuchimanyas, Santa Inés, la Gavia y el Apostadero de Colima, con las tierras y aguas que les pertenecían cuyas *fincas fueron de los Regulares ex jesuitas y se le adjudicaron en pública subasta como era notorio*, y consta y constaban del documento o título que lo acreditaba. Aprobado por cédula en El Pardo de 4 de febrero de 1787.

El Tercer Mayorazgo se constituyó por escritura de 10 de febrero de 1779, ante el mismo escribano y se componía de las haciendas de San Cristóbal, y Paragüero con todas sus agregadas y de Cañada, con cien mil pesos que se convertirían en fincas para aumento del caudal, fue aprobado en favor de doña María Micaela Romero de Terreros Trebusto Dávalos y mereció la aprobación real por cédula de El Pardo de la misma fecha que la anterior. Archivo de Indias. Indiferente, 1609.

Nuestra nobleza es nueva y reluciente como un peso chinito porque es minera, es decir, viene de las minas. Escribe el ático don Victoriano Salado Álvarez con la gracia que le era peculiar, y larga será esta cita, pero no huera y ociosa: «... si bien creo en muchas cosas por la fe, no he podido encontrar manera de creer por la fe en la nobleza mexicana. Prescindamos... de si la nobleza es buena o mala, justa o injusta; no quiero meterme en tales reconditeces, porque difícilmente sabría salir de ellas. Pongámonos sólo en el caso de la nobleza mexicana, que es lo que niego, y veamos cómo es un ente de sin razón que han inventado los vanidosos. ¿Por qué son nobles y famosas las casas? Por el nacimiento y la fortuna poseída y mantenida por muchas generaciones. Ya se sabe, el *don* sin el *din* nada vale; y para tener el don es preciso tener algo: sin elevada alcurnia, se expone el noble improvisado a cometer barrabasadas y a deshonar el título, y sin dinero hacer lo que los príncipes italianos, que se ocupan en abrir las portezuelas de los carruajes y en cobrar *solditti* de todas las *eccelezas* que se encuentran al paso».

»¿Sangre? Es el mayor elemento de vida para los individuos y las sociedades. No me juzguen tan necio que llegue hasta pensar sea indiferente descender de don Pedro Terreros o de Antonio Rojas. Pero precisamente porque tengo idea muy alta de la nobleza, no creo en la mexicana: no hay en ella ramas del viejo árbol peninsular, y por un Cervantes, descendiente de la nobilísima casa de los Vélasco y emparentado

con lo mejor de España, hay quinientos títulos haitianos que nada valen ni significan.

»¿Dinero? Es también una gran fuerza; pero, desgraciadamente, entre nosotros no duran las fortunas en las manos de los descendientes de los primitivos poseedores, pues con el continuo trasiego de caudales se ha podido decir siempre con razón aquello de *padre minero, hijo caballero, nieto pordiosero*.

»Ya sabemos cuál era el procedimiento durante la época colonial; lo dice un viejo soneto, que es el primer vagido de la literatura española en México, la primera muestra de enemistad entre criollos y peninsulares, y la primera inyección contra los hidalgüelos sin blanca, a estilo de los del Lazarillo, que venían a suponer y darse pisto a estas Indias:

*Viene de España por la mar salobre
a nuestro mexicano domicilio,
un hombre tosco, sin ningún auxilio,
de salud falto y de dineros pobre.*

»Solía ser el recién llegado gente de nervio y de acción, producto de esa raza vigorosa que conquistó y colonizó el Nuevo Mundo mientras se batía en Italia y en Flandes; y ya vendiendo géneros, ya dedicándose a la agricultura, ya en trabajos mineros, prosperaba y se enriquecía en poco tiempo. Español había que después de errar por los caminos, descansaba una noche al raso, en un agrio peñón de cualquier monte; allí encendía lumbre para cocer su pobre pitanza, y al calor de la hoguera se derretía el metal que guardaban en sus entrañas los *tenamaztes* que servían de hogar a la luminaria. Entonces empezaban los trabajos y dolores, y sin saberse cómo ni cómo no, el desvalido caminante se encontraba, a vuelta de unos cuantos años, dueño de un caudal que quizá no había soñado nunca. Ya le cercaban la adulación y el boato, ya tenía cortesanos y adláteres que ponían en las nubes la ciencia del potentado, no su amor al trabajo; su habilidad, no su buena suerte; su talento, nunca su perseverancia. Ése era el tiempo que describe el satírico anónimo:

*Y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican en el bárbaro concilio,
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.*

»Pero no bastaba sentar plaza de discreto, de talentoso, de hábil o de rico; también había que ser noble, pues no se concebía excelencia ninguna si no se contaba con la mayor de todas, la limpieza de sangre y lo encumbrado del origen. Se daban dos o tres mil duros para las necesidades (que nunca faltaban) de la corte; se satisfacían los impuestos de lanzas y de medias annatas; se pagaba a un genealogista que hiciera

pintar un cuádrete lleno de grifos, leones, cascos y divisas; y azur por aquí, gules por allá, sinople por tal parte y a veces hasta losanges y barras atravesadas, venía a constituir lo mejor de la obra. El resto lo completaba una voluminosa información en la que se probaba con el dicho de media docena de infelices, que el donante no sólo no tenía mezcla de moro ni de hebreo, sino que descendía, si era preciso, del Cid Campeador, de don Pelayo o del mismísimo padre Adán.

»Si el agraciado tenía entre sus parientes próximos o remotos a algún Guzmán, por más que éste fuera el de Alfarache, ya se le declaraba pariente inmediato del propio héroe de Tarifa; si tenía un apellido capaz de inspirar recuerdos de cosas viejas, como Guerra, Machuca, Matamoros o Matajudíos, sin falta se le hacía descender de algún *capitán que acompañó a don Fernando el Santo a la toma de Sevilla*, capitanes, que, a la cuenta, deben de haber sido millones, pues casi en ninguna ejecutoria de nobleza local falta este comodín.

»Pero cuando no había capitán a qué recurrir, los linajes vizcaínos, montañeses y asturianos le hinchaban las medidas al más exigente. De este modo en unos cuantos días, el que ayer era un pobre nacido en el arroyo, se convertía en bajá de tres colas a quien había que hablar por memorial. Y el anónimo glosaba:

*Y esotro que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un conde
en calidad, en cantidad un Fúcar.*

*Y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y honores,
y tiraba la jábaga en San Lúcar.*

»Todos los títulos mexicanos (y digo todos porque dos o tres ejemplos en contrario no prueban nada) proceden del siglo pasado o del actual, todos se compraron con dinero, y si hay entre ellos alguno de servicios al rey o a la humanidad, la inmensa mayoría fue dada a tenderos enriquecidos, a mineros afortunados, que tenían tanto de nobles como el diablo de obispo».

Había también en México los títulos que concedió la Corona a los que cooperaron a la caída del virrey don José de Iturrigaray. Cuatro o cinco casos de esos existen que yo no daría por ellos un maravedí. Por seguir a don Gabriel de Yermo y haber contribuido a acogotar a don Francisco Primo Verdad y Ramos y a la verdadera libertad mexicana, llevan el «señor don» algunas gentes. Por ejemplo los marqueses de Agreda, cuyo origen contaba graciosamente el sabio bibliófilo don José María de Agreda Sánchez, se debió ni más ni menos, a que su abuelo compuso una larga disertación demostrando a por b, que «los criollos no eran sino unos monos changos», no precisó de qué especie, pero esta sabia afirmación la reforzó

macizamente enviando a Su Majestad no sé cuántos miles de pesos. Con esto y su sabiduría le llegó el flamante título de marqués. Y así hay otros que yo me sé.

Nuestra reluciente nobleza, repito, procede de las minas. Con las bonanzas de éstas coincide la expedición de flamantes títulos nobiliarios.

Don Jesús Salado, conde de Matehuapile y marqués de Guadiana, su título lo debió a la mina de Matehuapile. La Veta Grande de Zacatecas produjo tres títulos debidos a las bonanzas de Urista, Milanesa, San Acasio y Quebradilla: los condes de San Mateo Valparaíso, condes de Santiago de la Laguna y marqueses del Jaral del Berrio, pagaron «por cuanto voz» el derecho de hombrearse con los nobles peninsulares. De la misma Veta Grande salieron las riquezas de Laborde, de los Campa y Cos y de otros muchos llamados nobles distinguidos.

El condado de Valenciana, que concedió el virrey Bucareli a don Antonio Obregón, tuvo por origen la mina de Valenciana que dio doscientos cincuenta y cinco millones de pesos. El condado de Rayas que se acordó a don José Tardaneta, lo produjo la mina de Rayas; el vizcondado de Duarte y marquesado de San Clemente, nacieron de la mina de Santa Anita; el condado de Rul vino de las minas de Cata y de Mellado y se otorgó al coronel don Diego Rul; la mina de La Luz le dio a doña María Rul, con qué pagar el condado de Pérez Gálvez.

Los sesenta y cuatro millones de pesos que extrajo Fagoaga de Pabellón y Veta Negra, le concedieron el derecho de llevar el título de marqués de San Miguel de Aguayo, por su mina de Albarradón; los Gordoas obtuvieron el marquesado de Mal Paso por sus minas de la Luz y del Refugio; don Pedro Romero de Terreros comenzó de minero y ganó el condado de Regla; los Vivanco y Fagoaga fueron marqueses de Vivanco por sus minas de Bolaños, en Jalisco; el condado de Contramina tuvo su nacimiento en el mineral de Tepantitlán de Guerrero; don Ángel de Bustamante ostentó el título de marqués de Batopilas a causa de la bonanza de la mina Pastrana; trabajando en las minas de Panuco pudo aspirar don Luis Portilla al título de marqués de Panuco.

¿Acaso esos mineros, sin duda hombres fuertes y avezados al trabajo, pero en muchas ocasiones favorecidos por la casualidad, tenían más méritos, más talento, sangre mejor, que el último de sus barreteros?

Cierro aquí este paréntesis que hace largo rato abrí para poner en él este discurso sobre la presuntuosa nobleza mexicana. Vuelvo a mi relato. Hablaba del joven Pedro Romero con su retahíla de apellidos que se enamoró de la bella María Josefa Villamil y Rodríguez. Pues bien, se pusieron en apasionadas relaciones amorosas. Creía firmemente el mancebo que a su madre le parecería muy de perlas aquel noviazgo y que no opondría nada a sus buenas pretensiones de casamiento en vista de que ella al hablar de María Josefa no abría la boca sino con encarecidas palabras de elogio. Constantemente le cantaba himnos y alabanzas y subía hasta el cielo su belleza

singular y su ingenio, la gracia elegante para ataviarse, la modesta compostura de su conversación.

Pero de todo a todo se equivocó el joven Pedro José María y no fue a topar con esos amores más que con inconvenientes. Entre madre e hijo hubo grandes diferencias y contrariedades. La dominante señora procuró apartarlo de aquella idea para ella despropositada y no lo hacía volver atrás de su intento. El jovenzuelo era el heredero de una fortuna muy cuantiosa y saneada a la que le echaban ojos codiciosos mil doncellas de la ciudad, además, el muchacho era gallardo, de buen parecer, muy buen mozo, y por eso deseaban meterse con él en el matrimonio. Pero si porque María Josefa quería sólo cazar esa herencia abundante, o porque temían a la otra herencia, a la loquesca que con la sangre le heredaba su madre, la singular Güera, el caso es que la condesa viuda de Regla empeñábase en llevar a su hijo agua arriba de su inclinación. Se opuso de punta en blanco al amor con esa damisela.

Doña María Josefa Rodríguez Sáenz de Pedroso de la Cotería y Rivas Cacho, condesa viuda de Regla, que por sus propios títulos lo era también condesa de San Bartolomé de Xala y marquesa de Villahermosa de Alfaro, era de genio altivo, intransigente y duro. Tenía por fueros sus antojos y por pragmáticas sólo su voluntad. Quería que marchasen las cosas por la senda que ella deseaba, sin concederles ni una mínima desviación, se habían de hacer como deseaba y nada más.

Así es que con la tozuda pertinencia de su hijo estaba sofoquinada la Condesa y no hacía transigir al mancebo con la enhiesta firmeza de su orgullo. Ni tampoco el muchacho quería ceder, estaba con entereza clavado, en su tesón, sin dejarse dominar ni abatir. Ambos se hallaban obstinados en su porfía. La rigidez contra el amor. La terca negativa le aumentó el deseo al doncel. Armó la Condesa la gran pelotera. Fue aquello como una comedia divertida de enredos, de entradas y salidas, de las que andaban en el escenario del Coliseo solazando a la gente.

Mandó la señora con orden rigurosa y el pecho roto de coraje, a Pedro José, que no saliese para nada de la casa, pues como menor de edad que era debería de cumplir estrictamente y sin vacilar todo aquello que ella le ordenase que hiciera o que no hiciera, tendría que vivir colgado de su voluntad y caminar por donde lo guiara. El mancebo hizo con humildad sumisa ostentación de acatamiento. Bajó la cabeza a ejecutar. Veíase que no sacudía el yugo de la obediencia. Pero el uncioso capellán de la casa lo sorprendió más de una vez que muy a la chita callando y lentamente, paso sobre paso, salía del caserón en las madrugadas, cuando todos estaban sumidos en lo más hondo del sueño. Lo siguió a la distancia e iba a dar el mozo a la morada de la novia, calle de la Profesa, donde tras la reja de una ventana del piso bajo, tramaba con María Josefa larga conversación de enamorados. Después, con cuidadoso sigilo, se dirigía a gran prisa a su residencia, calle de San Felipe Neri, y también con el mayor silencio, ladronamente, se metía en ella y luego en su cama, creyendo que no hubo

nadie que se diese cuenta de su furtiva escapatoria atraído por el ardor de su pasión juvenil.

El clérigo echó esta noticia en el oído de la Condesa que se sulfuró toda, la hacía hervir la ira y puso alto grito en el cielo porque el hijo se apartó de su mandato y no estaba su juicio rendido a la obediencia que le debía. Cometió contra ella un caso punible de mal respeto. Por sólo su bien mil veces le había dicho: «En manera alguna puedo convenir en un matrimonio que va a constituirte desgraciado e infeliz a tu posteridad; me faltaría a mí misma, haría traición a la verdad y sería el oprobio de la gente sensata». Buenas razones de la orgullosa señora, que claro, presentía lo que iba a hacer su linda nuera.^[5] Entonces dijo con el rostro encendido y echando como llamas de furor: Tú te lo quieres, frailes mostén, tú te lo quieres, tú te lo ten, y extremó rigores.

Con más entono y enérgica firmeza ordenó a Pedro José con duras palabras engastonadas de enojo, que permaneciera en la casa sin dar ni un solo paso a la calle y como si no fuese suficiente esa disposición la reforzó con un terminante mandamiento del virrey don Francisco Javier Venegas, quien mandó que Pedro José quedara detenido en su morada bajo el cuidado y vigilancia de su señora madre, que lo puso como se dice, bajo siete llaves y se constituyó en alcaide y guarda del hijo rebelde.

El muchacho protestó de la temeraria disposición dictada por Su Excelencia, alegando que en asuntos de familia no tenía ninguna jurisdicción su autoridad, pero viendo el taimado Condesito que no se le hacía ningún caso y continuaba estrechamente vigilado entre las cuatro paredes de su casa, pidió, para tener una mayor libertad, que lo mudasen a la morada de su tío el maestrante de Ronda, el señor don Juan Vicente Gómez de Pedroso, cosa que de manera terminante le fue denegada y continuó en su reclusorio muchos días hasta que el Virrey levantándole el castigo del arresto, dispuso que fuese a verlo al Palacio, aun en contra de la efervescente indignación de la Villahermosa, toda sulfurada como una euménide, pues quería muy a pie firme que no se disminuyese en nada su autoridad maternal y que permaneciera fiel a sus mandatos aquel hijo inexorable y obstinado, que no había remedio para reducirlo.

Expuso el muchacho ante el benévolo y comprensivo virrey Venegas cuan grande era la dicha de sus amores con María Josefa López de Peralta de Villar Villamil y Rodríguez a los que su autoritaria madre se oponía sin razón alguna, ya que su novia era de lo más encumbrado de la ciudad y nada tenía en su límpida conducta de que se le pudiese tildar, ni un pelo, ni una piedrecita, ni la más mínima cosa. Era limpia como la más reluciente patena.

El amigable componedor requirió a la Condesa para que expresase por qué negaba el consentimiento para aquel enlace, y contestó muy en breve la soberbia

dama con un altisonante escrito en el cual a la vuelta de muchas razones, que no lo eran por superfluas y vanas, alegaba los pocos e inexpertos años de su hijo Pedro José María y que necesitaba el real permiso que era necesario para contraer matrimonio a los que tenían como él un título de Castilla, de solariega nobleza española. Además, la señora Condesa alegaba no sé qué cosas de herencia y de dineros. Enfiló también veladas ironías hacia la Güera Rodríguez.

No pareció bien alegado lo que manifestó la emberrenchinada señora y se habilitó de edad a Pedro José para que pudiese casarse cuando quisiera hacerlo. En un instante llega lo que nos conviene y pasa lo que nos daña. El enfogesido Condesito, ni tardo ni perezoso, aceleró los pasos con exorbitante prisa, temiendo, con razón, que su madre le interpusiera otros estorbos y dispuso en un cerrar y abrir de ojos la boda, que se verificó con sencillez y muy en familia en la amplia y elegante mansión de la tía de la novia, doña María Josefa Rodríguez de Velasco, marquesa de Uluapa.

Esta casa es la que hace esquina con la Avenida Uruguay y la 6a. de Bolívar — antes, respectivamente, calles de Ortega y las Damas—, y que fue en la que estuvo hospedado Simón Bolívar. Hizo el desposorio don José Mariano Beristáin de Sousa, a la sazón arcediano de la Catedral, fueron los testigos el maestrante de la Real de Ronda, don Juan Vicente Gómez Rodríguez de Pedroso y el señor don Silvestre Díaz de la Vega, individuo del Consejo de hacienda y que llevaba el apodo de Bandalón, señor alto, tostadillo de color, de bellos ojos pestañosos y acompañado de carnes. María Josefa, o doña Pepa, como se le llamó después, casó a los diecisiete años que eran los que contaban en 1812 en que fueron sus nupcias. Nació en 1795.

Muy pronto —escribe don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, muy bien enterado de estas cosas de sus ascendientes—, se reconcilió la de Villahermosa con su nuera, como lo prueba un párrafo de su carta del 4 de julio de 1812, a su grande y querida amiga la ex virreina, doña Inés de Jáuregui y Arístegui.

Dice así:

Pedrito se puso en estado con doña Josefa de Villamil Rodríguez de Velasco el día 14 de enero del presente año. La niña es hija de la Güera, hermosa, de buen personal, muy bien educada, mucho juicio y recogimiento; prendas todas con que endulzó el sinsabor que tuve al principio y me precisó a resistir el enlace hasta ocurrir a la autoridad judicial, pues, por las circunstancias actuales en que se halla la casa de mi hijo, me parecía no era tiempo de que pensara en casarse, sino que debería demorarlo para mejor tiempo; pero te repito, estoy contenta con mi nueva hija, que me respeta y ama con la mayor ternura.

Este matrimonio se propagó en larga descendencia. Tuvieron siete hijos, de ellos dos mujeres y cinco varones.

Esta Gracia parece ser que no resultó tan sosegada como las otras dos Gracias sus esplendentes hermanas, sino un tanto cuanto bulliciosa, punto menos que su ardorosa mamá. Hizo sus gracias doña María Josefa. Tuvo sus íntimos dares y tomares nada menos que con el presidente de la República don Guadalupe Victoria y, además, la utilizó en sus malévolas intrigas el representante de los Estados Unidos Joel Robert Poinsett, de resonante impopularidad. A iniciativa de este hombre insidioso se fundaron las logias masónicas de los *Yorquinos* para enfrentarlas a las ya establecidas de los *Escoceses* y en ambas con la pérfida sutileza de sus manejos, fomentaba bien entre los insalubres políticos mexicanos mil odios y abría divisiones infranqueables que lo llenaban de gusto y que era lo que se proponía el pícaro señor, «agente constituido para la explotación de virtudes republicanas».

Ese yanqui de buen porte, inteligente y bribón, que todo lo hacía con astucia y ocultamente para conseguir sus fines, que siempre lograba, entra en la Historia muy enhiesto y serio con una roja flor en la mano. Esta bella flor de bráctea escarlata, *euphorbia pulcherrima*, como elegantemente la designan los botánicos, o flor de Noche Buena como la llamamos nosotros, porque luce en el mes de diciembre sus encendidos sépalos, o Poinsettia como se le nombra en los Estados Unidos y otras partes, en merecido homenaje al intrigante Ministro, viajero inquieto, que la descubrió en sus andanzas por nuestro país, o bien le fue regalada por un oficioso con la que le quiso hacer un halago, sin que él saliese a herborizar por esos campos y embreñadas sierras, sino cómodamente instalado en su posada confortable, pero, de todas maneras, él fue quien la introdujo y propagó en su patria, y por eso, para perpetuar su memoria, se le dio el apellido suyo, el cual procedía por parte de padre y por parte de madre de calvinistas franceses.

Pero dejó a don Joel con esa rara y encendida flor mexicana llameándole en la mano y diré que J. Fred. Rippy, puntual biógrafo de ese sujeto embrollón, pone en la página 56 de su bien documentado y minucioso libro *Joel Poinsett, versatile American*, editado por Durham, N. Carolina Duke University Press, 1935, que la linda condesa de Regla doña María Josefa, fue favorita del general don Guadalupe Victoria, presidente de la República, y que Poinsett la aprovechó bien para sus embrollos políticos. Fred Rippy emplea la palabra «favorita» para expresar con suavidad y decoro las ilícitas relaciones que había entre ellos y no decirlo con el término exacto que resultaría duro y mal sonante.

Favorita es pulido vocablo de corte, no de tertulia de arrabal, piquera o pulquería. Nadie entre la gente de bronce llama con tal delicadeza a la amante de un individuo, pues que hay en el bajo léxico mexicano como en el español, voces muy castizas y adecuadas con las que se nombra a las elegantes y refinadas señoras, pero locas de su

cuerpo, que mantenían relaciones ilegales con los señores reyes de Francia, Maintenones, Pompadoures, Montespanes, las Fontanges, las La Valieres... También fue *favorito* el apuesto *Choricero*, don Manuel Godoy, de la reina española doña María Luisa de Parma, esposa del sufrido corniveleto don Carlos IV, cuyos hijos tenían escandaloso parecido con el gallardo guarda de Corps, quien por esas secretas —¿secretas?— intimidades fue todo poderoso en la corte del calmado Borbón.

Pues bien, Mr. J. Fred Rippey, exacto biógrafo de Poinsett, pone en la página 111 de su citado libro: «Pero la lucha siguió. El Poinsett quiso adelantar sus negociaciones con ayuda de una especie de alianza con los liberales, Ward, con más precaución y delicadeza, continuó logrando sus fines, asociándose con los grupos en pugna, Ward acusó a Poinsett de descender hasta la calumnia para destruir la influencia de una bella favorita (la condesa de Regla), del presidente Victoria, pero sí confesó que él mismo la había empleado para lograr sus propósitos».

Poinsett no dice nada sobre el particular, o bien porque no lo supo o no lo quiso escribir; más bien sería esto digo yo, pues los enredos amorosos de los que están arriba, no los ignora nadie, siempre salen por más ocultos que se tengan y se hacen sabrosa comidilla de ellos. ¿Que en cuáles de sus muchos manejos cautelosos ayudó a Poinsett eficazmente la bella condesa de Regla? Averígüelo Vargas, pues tampoco lo refiere el funesto señor, solamente escribe en la página 56 de sus *Notes on México*, sacadas a luz en Filadelfia el año de 1824 por *Curey and L. Lea*:

«En seguida visitamos a la familia del conde de Regla, tan frecuentemente citada por el barón de Humboldt por sus grandes posesiones, sus ricas minas y sus vastas haciendas Su casa es semejante a aquellas que ya he descrito, las habitaciones muy espaciales y bien amuebladas. Fuimos recibidos amablemente por la Condesa, que es muy hermosa y cordial. Parece muy joven, pero tiene cinco años que viven con ella. Supe por la misma Condesa que entre los nobles y los ricos es cosa común el casarse muy jóvenes. No tiene ella más de veinte años de edad. Su hermana menor cuenta dieciséis y ya tienen dos hijos. No es nada raro que las doncellas contraigan matrimonio a los trece años, pues esta costumbre existe siempre que hay herencias cuantiosas y se practica también para asegurar los grandes mayorazgos o títulos y para unir entre sí a las familias pudientes. Lady Russel, en sus muy interesantes cartas menciona varios de estos tempranos matrimonios, verificados en su propia familia e insiste mucho en las negociaciones que los precedían».

»Gasté algún tiempo en la conversación con la Condesa y la encontré muy inteligente y opuesta decididamente al presente orden de cosas, que según ella me asegura, es contrario a los deseos de la Nación y en oposición a todo lo que es virtud e ilustración en el país».

Con fecha 10 de marzo de 1829 le informaba Poinsett al Secretario de Estado, Van Buren, que «La nobleza y la clase acomodada, entonces como ahora, habita

espaciosos caserones contruidos a imitación de los de la metrópoli, sólidos y durables, pero carentes de comodidad. Su estilo de vivir no es generoso ni hospitalario, aunque algunas veces dan fiestas costosas y llenas de ostentación. Por sus absurdas pretensiones al rango y por sus pequeñas envidias, nunca cultivan el trato, el cual en otros países forma el encanto de la vida... No puede asombrar, por lo tanto, que los hijos de esos hombres tan poco educados como ellos, huyan de las sombrías mansiones de sus padres, al teatro, a los cafés o a las casas de juego. Estas circunstancias unidas a la ausencia de todo interés por el trabajo (puesto que el Consejo de Indias daba preferencia a los europeos para todos los nombramientos), hace de la aristocracia mexicana una clase ignorante e inmoral...». Y sigue por este orden diciendo lindezas de México y de su gente, el señor Poinsett.

Se disgustó doña María Josefa con su amigo el presidente don Guadalupe Victoria y doña María Josefa se dirigía dizque a Europa con permiso de su marido, pero de Veracruz a Nueva York fue penosísima la navegación por lo pésimo del tiempo que se desató con toda furia y trajo a muy mal traer aquel barco viejo en que viajaba, que mil veces se vio sumergido debajo de las olas. Se conjuraron los vientos contra él. Hasta por varios días faltaron los víveres, no había cosa que llevarse a la boca. A consecuencias de tan largas penalidades, agravadas con antiguos achaques de la señora, la muerte la hizo suya, muy de prisa. Precisamente iba a Europa —contó su marido—, para que algún médico famoso de allá, la sacara de la enfermedad y le diera entera y cumplida salud y así le sería suave y fácil la vida.

Fue a vivir doña María Josefa en el suburbio de Brooklyn. Había en sus días un constante echar de menos, terca nostalgia por su México lejano. Traía siempre en la memoria cosas y gente de su tierra, y sus hijos no se le caían del corazón. Como presentía la pobre señora que la muerte ya la andaba rondando muy de cerca, al fin la tomó de sobresalto y partióse de este mundo el 7 de junio de 1828. Supo su fallecimiento el obispo de Nueva York, doctor Jean du Bois, y enterado, igualmente, del alto rango de la difunta señora, dispuso que se le hicieran honras fúnebres en la catedral de San Patricio y en ellas él mismo ofició de pontifical. En el entretanto de lo que disponía el viudo, se depositó el cadáver, también por disposición de Su Ilustrísima, en la cripta de ese templo en la que están los restos de los obispos de la diócesis.

Grandes dificultades se atravesaron al conde de Regla para traer a México los restos de su cara esposa y en la misma catedral neoyorkina los sepultaron definitivamente y en la tumba se puso una placa de mármol con elegante inscripción latina en el que se expresaba el nombre y título de la señora. Allí descansó hasta bien corrido el año de 1860.

El conde de Regla, después de doce años de triste viudez, se unió en matrimonio con doña Ana Pedemonte. Murió el Conde en 1846.

Copio en seguida lo que escribe don Manuel Romero de Terreros y Vinent, de su antepasado el conde de Santa María de Regla en el fascículo *La Corte de Agustín I, Emperador de México*: «Para “Caballerizo Mayor” fue nombrado el tercer Conde de Regla, don Pedro José María Romero de Terreros y Rodríguez de Pedroso, maestrante de Sevilla, gentil hombre de Cámara del Rey Católico y Alguacil del Santo Oficio, quien había tomado parte en algunos sucesos a la sazón recientes. En 1818 había sido nombrado Capitán de la Guardia de Alabarderos del Virrey, puesto que él fue el último en ocupar. Cuando, el 5 de septiembre de 1821, llegó Iturbide a Azcapotzalco y estableció allí su cuartel general, muchos jefes realistas, cuya opinión era que O'Donojú debía ser reconocido como virrey, se pasaron a los independientes, y entre ellos el Conde de Regla, quien manifestó que pasaba a continuar su servicio como Capitán de Alabarderos de la guardia del virrey, cerca de la persona del que lo era. Fue nombrado ayudante del Generalísimo en compañía del Marqués de Salvatierra y del Conde del Peñasco y al día siguiente firmaron él y don Eugenio Cortés el armisticio que se pactó en la Hacienda de los Morales, con los representantes de Novella. Contribuyó con la suma de mil pesos para los uniformes del ejército trigarante. El Conde de Regla era concuño del Marqués de San Miguel de Aguayo, estando casado con la hija mayor de la Güera, doña Josefa de Villar Villamil».

Su hermana María de la Paz era altonaza de cuerpo, vasta, fornida, de ademán brioso, su hermosura magnífica y poseedora de una fuerza hercúlea que para sí hubiera querido jayán más brioso y alentado. Movía a pulso las cosas de mayor peso como si tuviesen la ligera levedad de una pluma. Era de ímpetu denodado y resolución vigorosa.

Cierta mañana salía doña María de la Paz de una iglesia en la que hubo gran fiesta al titular e iba radiante de hermosura entre el amplio susurro de las profusas sedas de su traje color amaranto. Al verla tan donosa y desenvuelta un sujeto que estaba en el atrio embobado con el desfile del señorío elegante, le dijo un requiebro que no le pareció nada adecuado a la dama, quien se detuvo muy de repente y encolerizada, echando chispas por los ojos lo miró despacio de arriba abajo una y otra vez, como buena respuesta del desastrado piropo, luego le soltó, con lindo denuedo, una tremenda bofetada con que casi echó volteando por el aire al infeliz galanteador, quien cayó en el suelo con gran retumbo, polvareda y muy patas arriba. Casi lo volvió de revés con el soberbio guantazo, le desabotonó toda una quijada, y lo hizo echar por la boca, entre una gran efusión de sangre, algunos dientes y muelas, y la forzuda doña María de la Paz siguió adelante tan fresca y tranquila como si de un papirotazo a garnucho como decimos en México, se hubiese quitado de la ropa la leve molestia de un insecto.

En el año de 1815 se unió en feliz matrimonio con el señor don José María

Rincón Gallardo y Santos del Valle, que era el segundo marqués de Guadalupe Gallardo, y, además, mayorazgo de Ciénaga de Mata. El Gallardo no fue nunca un apellido de familia sino un apodo elogioso que se dio a un don Pedro Rincón Ortega, por su gentileza y buena disposición, y fue de tan su gusto este sobrenombre que lo tomó por apelativo en lugar del segundo que tenía. Consta esto así en la página 437 de la *Historia del Estado de Aguascalientes* escrita por don Agustín R González: «Los grandes propietarios y el clero, tenían entre sí graves cuestiones, de las que no se apercebían los pueblos oprimidos, cuestiones que decidían la privanza, la astucia y la intriga. En 1618 estuvo en peligro de desaparecer la inmensa propiedad territorial de la familia Rincón, de la cual sólo quedaba un vástago, D. Pedro Rincón de Ortega, Cura de Aguascalientes. Siendo niño éste, fue arrebatado del hogar y educado por los jesuitas, quienes esperaban por este medio adquirir cuanto aquél poseía. Don Pedro no quiso la sotana de jesuita, sino la del clérigo, y aunque le obligaron a hacer voto de pobreza, encontró una parienta a quien constituyó heredera de sus bienes».

»De esa señora desciende un hombre que se hizo célebre por su gentil apostura y su valor personal a quien por esto llamaron *gallardo*, sobrenombre que hizo el segundo apellido de Rincón, cuya familia olvidó el de Ortega. Como entonces la Nueva España no sostenía la guerra con nación alguna, es lógico suponer que las campañas caballerescas dieron nombradla al primer Rincón Gallardo».

Tan peregrina era la belleza de la forzuda doña María de la Paz, esposa de este señor Rincón Gallardo, que ahincadamente solicitó su licencia un afamado pintor para que le sirviera de modelo para una Virgen de los Dolores, encargo que le habían hecho para su iglesia los padres de la Casa Profesa. El artista, con la preciosa delicadeza de su pincel, dejó el retrato perfectamente sacado. Tan al vivo salió la imagen que no le faltaba sino hablar. Este cuadro se conserva aún con mucho culto y veneración en un altar de este templo. El deceso de la bella doña María de la Paz acaeció el 15 de septiembre y año de 1828.

Al caballero santiaguista y gentilhomme de cámara del rey, don Pedro Ignacio Echeverz Espinal de Valdivieso y Azlor, que era marqués de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya, como cabeza de la familia de la ilustre madre fundadora del convento de la Enseñanza, le pertenecía de juro el patronazgo de esa casa, que iba a visitar frecuentemente tanto por gusto como por la obligación de su encargo para enterarse bien y poner pronto remedio a las necesidades de ese plantel y reclusorio de monjas.

Una ocasión fue acompañado de su hijo don José María, viudo de una dama tapatía de alto linaje, doña María Teresa Lagarzurrieta, y al atravesar entrambos señores por el gran patio porticado en el que estaban en bulliciosa recreación muchas educandas, sus ojos fueron a dar como flechas certeras a una jovenzuela preciosa que se señalaba en hermosura adelantadamente.

Don José preguntó curioso quién era esa muchachuela que se hallaba en la

esplendente lozanía de la mocedad y supo que llamábase María Antonia, que era hija de la Güera Rodríguez y que allí hacía buenos estudios y aprendía labores manuales con notable aprovechamiento, siendo pronta y fácil para cualquier cosa, sin que tuvieran que reñirle falta alguna.

Ya con frecuencia repetida fueron las visitas del señor don José María Echeverz a la Enseñanza. María Antonia estaba en el centro de sus sueños si dormía, y si despierto, su grácil imagen andaba en un pasar continuo y brillante por su imaginación. Cuando hallábase frente a ella anegaba las miradas en la fija transparencia de sus grandes ojos azules y como enarenados de oro. En éstos tenía puñales como dice en la copla de Lola Montes:

*Tiene en sus ojos puñales
y va matando con ellos
a los hombres más cabales.*

Al fin este hombre formal y cabal, la pidió en matrimonio y a pesar de contar María Antonia solamente quince años de su edad, se celebró la boda, la que fue con grandes fiestas colmadas de esplendente suntuosidad como cumplía a familias tan ricas, de vieja prosapia y amigas de lucir. Don José Mariano Beristáin de Suosa fue el que los unió el 6 de junio de 1812 en la iglesia de San Francisco, con el indisoluble lazo que sólo rompería la helada mano de la muerte.

Los testigos fueron, uno el popular y morenazo Bandolón, el de los buenos ojos, alias, como se ha dicho atrás, que llevaba don Silvestre Díaz de la Vega; y el otro, el conde de Regla, cuñado de María Antonia. Como fruto de ese enlace tuvieron tres hijas, generación sana y hermosa, que al andar del tiempo indetenible llegaron a ser buenas mozas, muy garridas, que no desmentían en nada la ascendencia materna y a quienes todo el mundo llamaba las Aguayo por el nominativo del título del padre.

María Antonia de no sé qué mal se vio enferma y sin remedio. Fenecieron sus días en un instante. El terrestre cuerpo pagó el censo natural. Su deceso fue en el año de 1860. Con ella se terminaron las famosas y deslumbrantes Tres Gracias. En breve se acaba lo que se ha de extinguir.

LAVS DEO SEMPER
O.S.C.M.E.C.A.R.

Bibliografía

- AGUILAR DE BUSTAMANTE, doctor Javier, *Ensayo Poético Literario Teológico, dogmático*. México, 1863.
- ALAMÁN, Lucas, *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808, hasta la época presente*. México. 1849-1852.
- ARRANGOIZ, Francisco de Paula. *México desde 1808 hasta 1867*. Madrid, 1871-1872.
- Archivo General y Público de la Nación, Ramo Inquisición, Tomo 1453, folios 197-98.
- Archivo General y Público de la Nación, Ramo Criminal, Tomo 582.
- Archivo Histórico Nacional de Madrid, Ramo Consejos. Juicios de Residencia del II Conde de Revilla Gigedo.
- Boletín del Archivo General de la Nación*, Tomo III número 3, julio, agosto y septiembre de 1832, México.
- BUSTAMANTE, Carlos María de, *Diario Histórico de México*. Zacatecas, 1896.
- CAVO, Andrés, *Los tres Siglos de México durante el Gobierno Español, hasta la entrada del Ejército Trigarante*. Publicada con notas y suplementos por el Lic. Carlos María Bustamante y la dedica a los Sres. Subscriptores de ella y protectores de la Literatura Mexicana. México. 1836.
- CASTILLO LEDÓN, Luis, *Hidalgo: La vida del héroe*. México, 1948-1949.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Mme, *Life in México during a residence of two years in that country*. London. 1843.
- CUEVAS, P. Mariano S. J., *El Libertador. Documentos selectos de Don Agustín Iturbide*. México. 1947.
- CUÉLLAR, José T. de, *La Linterna Mágica. Asuntos ligeros sobre asuntos trascendentales*. Santander, 1891.
- FERNÁNDEZ DE RECIAS, Guillermo, S., *Aspirantes americanos a cargos del Santo Oficio México*, 1956.
- FOSSEY, Mathieu de, *Le Mexique*. París, 1857.
- Gaceta Imperial de México*. México, 1822.
- GALINDO Y VILLA, Jesús, *Las reliquias del General Apnd. Polvo de Historia*. México, 1954.
- GARCÍA, General Rubén, «La Güera Rodríguez y el coronel Iturbide», «La influencia de la Güera Rodríguez sobre Iturbide y la Independencia» y «¿Por qué hizo la Independencia Iturbide?». Artículos publicados en la revista *Todo*, respectivamente, el 30 de diciembre de 1948, el 13 y el 21 de enero de 1949. México.

- GONZÁLEZ, Agustín R., *Historia del Estado de Aguascalientes*. México, 1881.
- GGONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, «La plazuela y calle del Puente de Villamil», *apud. Las Calles de México* Tomo II. México, 1927.
- El Noticiero General*. México, 1821-1822.
- ORTEGA Y PÉREZ GALLARDO, Ricardo, *Historia Genealógica de las familias más antiguas de México*. México, 1908-1910.
- POINSETT, J. R., *Notes on México*. Philadelphia, 1824.
- PRIETO, Guillermo, *Memorias de mis Tiempos*. México, 1906.
- RIPPY, J. Fred, *Joel R. Poinsett, Versatile American*. N. Carolina, 1935.
- ROCAFUERTE, D. Vicente, *Bosquejo ligerísimo de la Revolución de México*. Philadelphia, 1822.
- ROMERO DE TERREROS Y VINENT, D, *Marqués de San Francisco. Los Condes de Regla, Apuntes biográficos*. México, 1909.
- ROMERO DE TERREROS Y VINENT, Manuel, *La Corte de Agustín de Iturbide*. México, 1921.
- ROMERO DE TERREROS Y VINENT, Manuel, «Venus y las Tres Gracias» *apud. Ex Antiquis, Boceto de la vida social de la Nueva España*. Guadalajara, MCMXIX.
- SALTILLO, Marqués de, *Historia Nobiliaria Española, Contribución a su estudio*. Madrid, 1959.
- SALADO ALVAREZ, Victoriano, *La Intervención y el Imperio*. México, 1903.
- TORRENTE, Mariano, *Historia de La Independencia de México*, Madrid, 1918.
- VALLE, Heliodoro Rafael, *Cómo era Iturbide*. México. 1922.
- VALLE, Heliodoro Rafael, «Redescubriendo a Iturbide», *Excélsior*, 19-27 de enero de 1951. México.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de, *Virreyes y Virreinos de la Nueva España. Primera Serie y Segunda Serie*. Madrid, 1903.
- WARD, H. E, *México in 1827*. Londres, 1828.

Notas

[1] Los coqueteos continuos de estas dos locas damiselas y lo que el Virrey dijo, «con tono muy severo», a su padre: que rezara en su casa y «velara por el honor de sus hijas» y lo que este rezandero tontarrón le respondió a Su Excelencia, lo refiere con muchos pormenores don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, en su libro *Ex antiquis*, páginas 225 y 226, y cuyas son las frases que pongo entre comillas. Critica el señor Romero de Terreros, con sobrada razón «la conducta de las niñas» y comenta entre admiraciones: «Si semejante conducta fuera reprochable en nuestros días ¡cuánto más sería en aquellos tiempos en que las damas no acostumbraban salir a la calle, si no era acompañadas de sus padres, maridos o dueñas!».

Y añade en líneas más abajo: que el noviazgo de «las niñas» y los oficiales, «con los que *era preciso casarlas*», «que a la vez que escandalizaba a algunos vecinos, servía de diversión a otros» y que los respectivos padres de los militarillos «ofrecieron no poca oposición a esas bodas». Algo tendrá el agua para que la bendigan. <<

[2] Este inusitado episodio que tantas risas y escándalo suscitó en la ciudad, lo refiere circunstancialmente, con sus detalles picantes, don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, en las páginas 229 y 230 de su obra *Ex antiquis. Bocetos de la vida social de la Nueva España*. En la hoja 227 de ese libro, pone que las cosas que se referían de la Güera Rodríguez «algunas son auténticas» y otras no, pero que «sea esto lo que fuere, lo cierto es que fue partidaria de la Independencia». Éstas son dos cosas antitéticas, bien distintas, y una no tapa a la otra. Con esto don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, pretende justificar su «conducta (la de la Güera), que, como él ha dicho bien era mucho más ligera que la que había que corresponder a una gran dama de la corte virreinal».

Con la frase «sea de esto lo que fuere», no niega en lo absoluto don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, dizque lo falso que corría de boca en boca, que era mucho, no lo desmiente, no, sino que admite la posibilidad de su certeza.

Don Luis González Obregón en el prólogo que puso al libro mencionado de don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, va enumerando las diversas cosas que le evoca cada uno de los distintos capítulos que componen el *Ex antiquis* y termina con el que se rotula *Venus y las tres gracias*, «que no es, dice don Luis, sino la famosa Güera Rodríguez y sus tres hijas, refiriéndome los detalles picarescos y las murmuraciones embozadas a que dieron margen ella y ellas por sus hechos y dichos». Ya ha contado algunos de estos y más adelante referiré otros.

También don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, en su libro *La corte de Agustín I emperador de México*, en el que se pone además de marqués, caballero de Malta, cosa para la República muy interesante de saber, no deja a la Güera Rodríguez en muy buena opinión y fama que digamos. No sale nada bien parada esta señora en el libro de su descendiente como se verá más adelante cuando llegue el caso en la jornada décima primera. <<

[3] Esta frase es de don Manuel Romero de Terreros Vinent, marqués de San Francisco. Está en la página 227 de su *Ex antiquis*. <<

[4] Don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, en su libro *Ex antiquis*, páginas 227 y 228, dice que la Güera «tuvo gran amistad con Iturbide», y ¡tanta! digo yo, y cuenta lo que es bien sabido de que don Agustín desvió el desfile del Ejército Trigarante de las calles de San Andrés y Tacuba por donde iba a parar, para que fuera por las de San Francisco «con el objeto de que ella pudiera admirarlo desde su casa de la calle de la Profesa» y cuenta, además, «que detuvo la marcha y, desprendiendo de su sombrero una de las plumas tricolores que en él llevaba, la envió con uno de sus ayudantes a la hermosa Güera».

A propósito de esta pluma quiero poner aquí, ya que viene a pelo, lo que don Jesús Galindo y Villa escribe en el capítulo titulado *Las reliquias del General*, que es uno de los de su ameno libro *Polvo de historia*. El general don Vicente Riva Palacio era poseedor de muchos curiosos objetos históricos entre los que estaba una silla que fue del cura Hidalgo, una espada de Mina, una parte del uniforme militar de su abuelo, el general don Vicente Guerrero, etc., etc. y el «penacho o plumaje tricolor, que Iturbide usaba en su gran sombrero de empanada, cuando en medio de las aclamaciones de un pueblo delirante de gozo, entró en la ciudad de México el venturoso 27 de septiembre de 1821, al frente del Ejército Trigarante. Dicen que se lo regaló la famosa Güera Rodríguez». <<

[5] Estas frases que pongo entre comillas son de don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco; las he tomado de su libro *Ex antiquis*, página 232.

<<